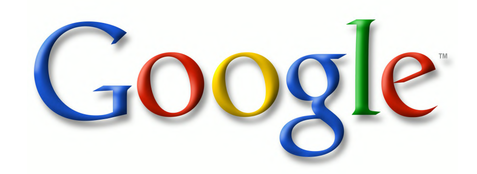
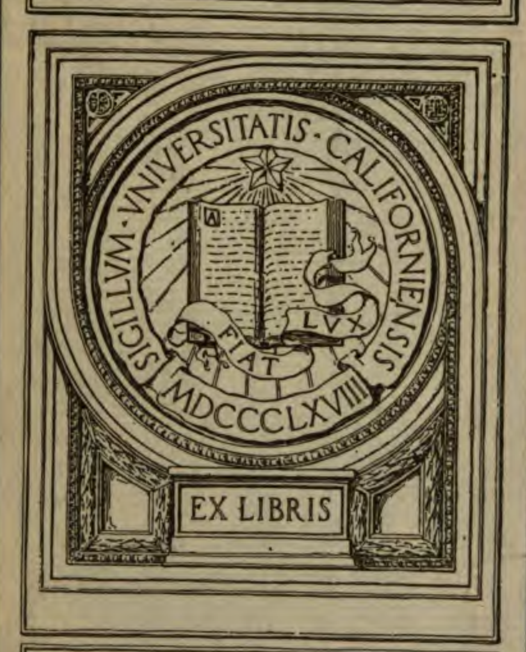
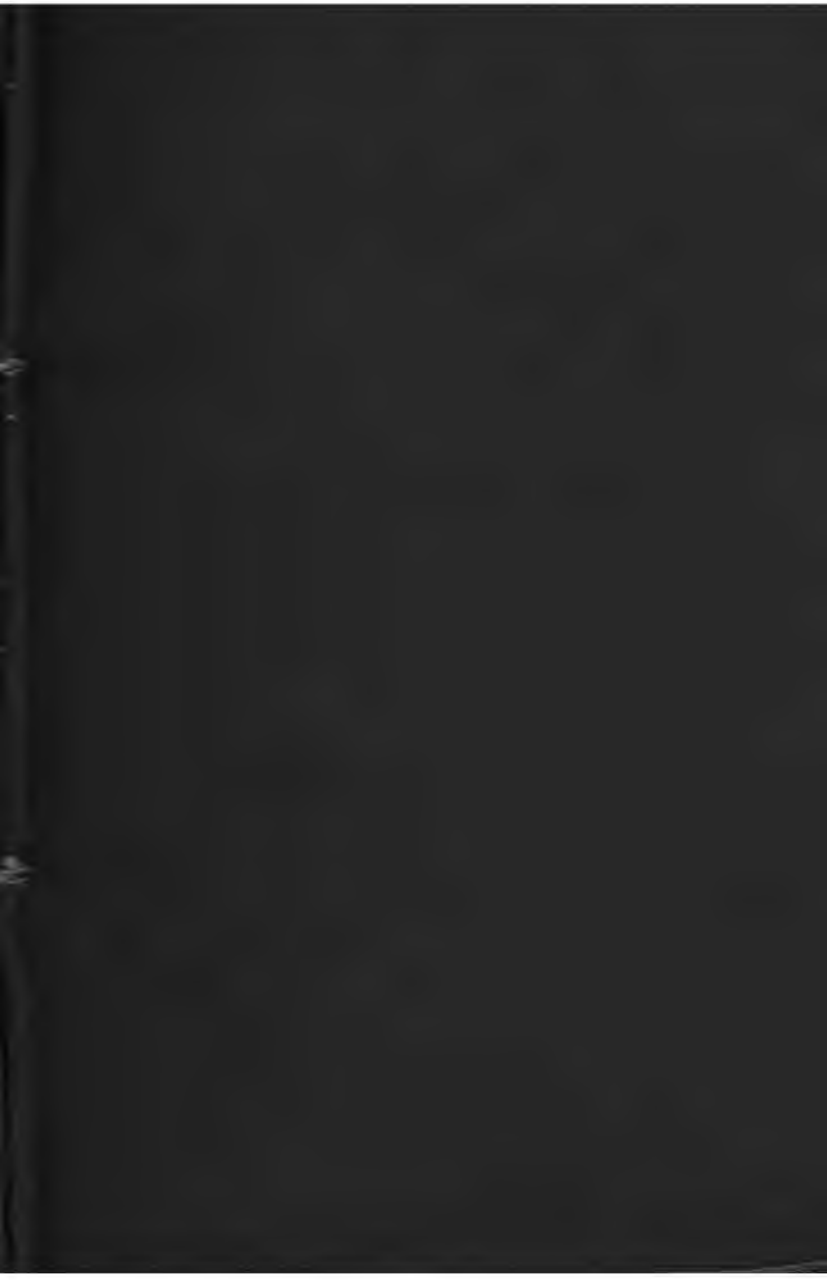





SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS





EL DIARIO DE UNA DAMA

EL DIARIO

DE

UNA DAMA

NOVELA DE

OCTAVIO FEUILLET

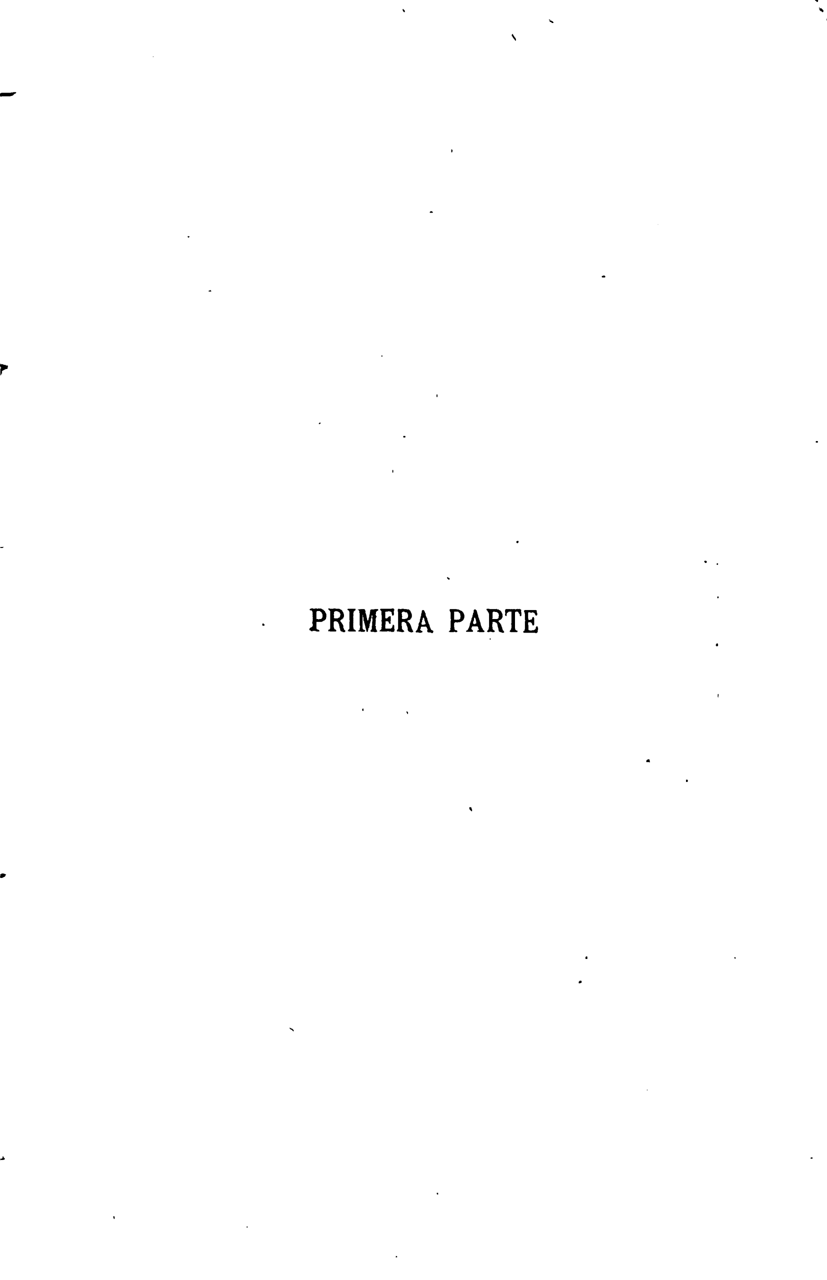
traducida de la vigésimacuarta edición francesa

MADRID
EDUARDO MENGÍBAR, EDITOR
Caballero de Gracia, 23, bajo
1882

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

El que firma estas páginas, no es en realidad más que el editor. Cómo han llegado á su poder, quién le ha autorizado para publicarlas, y las modificaciones de detalle que en ellas ha introducido, son otras tantas cuestiones que preocuparán poco al lector si esta autobiografía le interesa, y ménos aún en caso contrario.

O. F.



PRIMERA PARTE

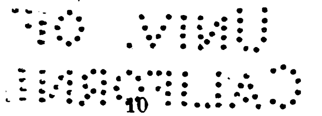
EL DIARIO DE UNA DAMA

I

Mayo de 1872.

Cuando me hallaba en el convento, mis notas trimestrales terminaban casi siempre con la siguiente descripción de mi fisonomía moral: «Carácter apacible; espíritu prudente; gravedad superior á sus años; carácter bien equilibrado, pero de conciencia algo inquieta.»

«De conciencia algo inquieta,» no digo que no. En cuanto á lo demás, dicho sea con perdón de mis queridas profesoras, es precisamente todo lo contrario. Si ellas se han engañado conmigo, no es extraño



que el mundo se engañe también. Abrigo la convicción de que mi aspecto exterior es la causa de estos juicios equivocados. Mi tez es pálida y de un moreno acentuado; mi rostro de una corrección enojosa: es tan severo como puede serlo el de una joven; una miopía asaz pronunciada presta una expresión de pasiva indiferencia á mis ojos negros, cuyo brillo, á no ser por esta desfavorable circunstancia, sería irresistible. Por último, mi manera tranquila de hablar, de andar, de sentarme, evitando el menor ruído, completan en el observador la ilusión de una serenidad impasible. Ni puedo, ni deseo rectificar sobre este punto la opinión pública extraviada, y hasta nueva orden mi libro de memorias con su broche de metal será el único que sepa que esta Carlota de naturaleza tan grave, prudente y bien equilibrada, es en el fondo una joven en extremo romántica y apasionada.

Y he aquí por qué inauguro tan tarde este magnífico libro de memorias, comprado con

entusiasmo tres días después de mi salida del convento, y que aguarda hace tres años mis primeras confidencias. Veinte veces me he sentado delante de estas páginas en blanco, deseando con ardor, como el barbero del rey Midas, depositar en ellas mi secreto; pero veinte veces mi «conciencia inquieta» me ha hecho abandonar la pluma, advirtiéndome que iba á cometer una imprudencia; que la costumbre de llevar un registro de mis impresiones, de refinar mis sentimientos, de acariciar mis sueños prestándoles forma y color, produciría la consecuencia inevitable de exaltar mis instintos románticos y apasionados, peligrosos siempre en una mujer, que podrían ser fatales al reposo y á la dignidad de mi existencia, y que debía, por lo contrario, esforzarme sin cesar en amortiguarlos y extinguirlos.

Por fortuna, algunas palabras pronunciadas hoy por la buena de mi abuela han desvanecido mis escrúpulos. Teníamos algunos

convidados á comer: empleamos parte de la velada en jugar al secretario, pasatiempo que consiste en escribir preguntas sueltas en algunas tiras de papel, doblar las papeletas y barajarlas en un canastillo, debiendo cada uno de los concurrentes sacar una pregunta al acaso é improvisar una respuesta. Uno de nuestros huéspedes, un joven diputado que se precia de un talento profundo, hacía de manera que se reservaba siempre su propia pregunta á fin de responder con mayor éxito. Su pregunta era: «¿Cuál es la mujer que cumple con sus deberes?» Yo estaba encargada de desdoblar las papeletas, y leí al mismo tiempo su pregunta y su respuesta, concebida en los siguientes términos:—«La mujer que cumple con sus deberes, es aquella que no busca la novela en la vida ordinaria, porque, si existe, es perniciosa; ni la poesía, porque el deber no es poético; ni la pasión, porque la pasión es el nombre culto del vicio.»

Un coro de murmullos lisonjeros, á que

tuve la debilidad de unirme, acogió esta hermosa sentencia, mientras el autor descubría su incógnito con una modesta sonrisa. Sin embargo, vióse molestado en su triunfo por una exclamación de mi abuela, que suspendió bruscamente su crochet.

— ¡ Perdonad ! — exclamó — ¡ pero no puedo permitir que se digan sin protesta semejantes herejías en presencia de señoras! ¿No véis que, con el pretexto de instruir á las mujeres en sus deberes, pretendéis convertirlas en criaturas estúpidas y necias, jóven puritano? No comprendo la manía que existe en oponer siempre la pasión al deber... de un lado la pasión; el deber en el opuesto, como si fueran necesariamente dos cosas contrarias. Creo que puede haber pasión en el deber; y no sólo es posible, sino que hay la obligación moral de hacerlo así, y hasta os diré, caballero, que en esto consiste el secreto de las mujeres honradas, porque no dudéis que el deber por sí solo es harto árido!... ¿Decís que no es poético?... es-

tamos conformes; pero es necesario que llegue á serlo para que encontremos placer en practicarlo, y precisamente para poetizar los deberes vulgares necesitamos de esas disposiciones románticas, contra las cuales lanzáis vuestro anatema. ¡Si alguna vez os casáis, uníos á una mujer desprovista por completo de romanticismo, y entonces tocaréis las consecuencias!

—¿Qué consecuencias?—preguntó el joven diputado.

—Sucederá que á vuestra esposa le parecerá todo insulso é insípido en la vida, empezando por su marido, dicho sea con perdón vuestro; después su hogar, sus hijos, hasta su misma religión... ¡Ah! Estad seguro, caballero, de que no es contra las ideas románticas contra las cuales debemos poner en guardia á la generación presente; el peligro no está aquí por el momento... No perecemos por sobra de entusiasmo, sino por exceso de prosaismo. Pero volviendo á nuestro humilde sexo, ved las mujeres de quienes

se habla en París; me refiero á aquellas de quienes se habla demasiado; ¿las pierden acaso sus imaginaciones poéticas? ¿las extravía su aspiración al ideal? No, ¡santo Dios! en su mayoría son los cerebros más hueros y las imaginaciones más estériles del mundo!.. Creedme, señoras y señoritas, no os alarméis!.. sed todo lo entusiastas y románticas que queráis; tratad de conservar un destello de poesía en vuestras almas, y de esta suerte cumpliréis más fácilmente con vuestros deberes y lograréis ser felices... El sentimiento poético en el hogar de una mujer, es lo que la música y el incienso en la iglesia... ¡lo bello en lo bueno!

Así habló mi abuela, á quien Dios bendiga, y he aquí por qué abro al fin á las altas horas de la noche, y en medio de la más profunda paz de mi conciencia, mi precioso libro de memorias; he aquí por qué me atrevo á exclamar frente á frente de mí misma:

—¡Buenas noches, romántica y apasionada Carlota!

II

20 de Mayo.

Me encontraba ayer en mi gabinete atormentando mi piano y vocalizando, cuando Cecilia de Stele, mi amiga de la infancia y mi compañera predilecta en el convento, entró como un torbellino, según se costumbre, me cogió de la mano, me presentó sus dos mejillas sonrosadas con sus dos graciosos hoyuelos, y me dijo con voz breve y jadeante:

—Carlota, ¿eres todavía mi hermana querida, mi guía, mi sostén, mi madre espiritual, mi todo en fin?

—¿A qué viene esa letanía, atolondrada?

—Porque voy á pedirte un favor inmenso... Figúrate que mi padre parte.

—¿Abandona el general á París?

—Sí, pero sólo por algunas semanas. Va á hacer un viaje de inspección por provincias; durante este tiempo me envía al campo, al Eure... á casa de mi tía de Louvercy... en el fondo de los bosques... Mi tía es la mejor de las mujeres, pero vive aislada en su viejo castillo con su hijo... ya sabes, mi primo Roger, que está medio loco desde que quedó tan horriblemente mutilado en la última guerra. No tiene brazos, ni piernas, ni siquiera figura humana. ¡Pobre muchacho... es una lástima! En fin, yo he dicho á mi padre: —Bien, papá, iré; pero este viaje es para mí el destierro, la desesperación, la muerte, á menos que consintáis en que me lleve á Carlota d'Erra... —Sea, llévate á Carlota d'Erra, me respondió mi padre... Y... aquí me tienes.

—Pero, querida...

—¡Oh, por favor, no digas que no, ó

caigo muerta á tus plantas!.. Haz por mí este sacrificio. Además, ¿quién sabe? quizá no nos aburramos... las dos juntas, procuraremos divertirnos; montaremos á caballo, jugaremos mucho... y en fin, no faltarán por los alrededores algunos vecinos á quienes trastornar el cerebro, tú con tu insolente belleza, yo con mis travesuras y con ese no sé qué que me es propio, y que algunos califican *de canino.*

Frunci el ceño, y exclamé con mi más grave voz de contralto:

—*¡Canino!..* ¿qué quieres decir?

Cecilia se empinó sobre las puntas de sus piés con aire de desafío, y enseñándome sus dientes blancos y agudos, repitió:

—Sí, *¡canino!*

—¿Quién te enseña esa gerga?

—Mi padre—dijo.

—Si viviera tu madre, le reprendería á buen seguro.

Miróme fijamente con sus grandes ojos claros, que se bañaron de lágrimas; besóme

las manos, y repuso á media voz y con tono suplicante:

—Vendrás, ¿no es cierto?

—Pero, querida, ¡me es imposible abandonar á mi abuela!

—¿Tu abuela? ¡vendrá también con nosotros! He pensado en todo; he escrito á mi tía, y aquí traigo de su puño y letra una invitación de las más apremiantes para tu abuela:

Condúceme á su presencia.

Dos minutos después, Cecilia se precipitaba en el salón, empujando bruscamente la puerta; mi abuela, que se asusta del menor ruído, y que á la sazón se hallaba parapetada entre sus tres inseparables biombos, se estremeció.

—¡Ah! ¡Dios mío! alguna desgracia... ¡alguna desgracia!.. ¡apuesto que ocurre alguna desgracia!.. Vamos, decid pronto... ¿qué pasa?

—Mi tía, la señora de Louvercy, me ha entregado esta carta para vos.

—¡Ah! ¡pobre señora Louvercy! ¡pobre señora!... ¿cómo está?... ¡cuán desgraciada es!.. ¡y su pobre hijo!.. ¡Dios mío! ¡pobres gentes!.. Veamos, ¿qué me quiere?

—Si tenéis la bondad de leer...

Mi abuela leyó la carta, y apareció preocupada; al levantar la vista, vió á Cecilia arrodillada á sus piés con las manos juntas, y presentándola su lindo rostro con sus dos hoyuelos.

—¡Habráse visto la picaruela!—exclamó.

—¿Verdad que consentís?—preguntó Cecilia.

—Hablemos claro, loquilla—repuso mi abuela besándola en la frente—os diré que, en tesis general, los cambios de nido bruscos y caprichosos, no sólo no me agradan, sino que me inspiran grande aversión. Pero, por una parte, veo en esto un plan concertado de antemano entre vos y Carlota; por otra, la señora de Louvercy me dirige una invitación tan tierna, tan calurosa... ¡me inspira además tanta compasión la buena señora!..

Sin embargo, entendámonos: de decidirme á partir, me gustaría hacer una instalación un poco seria. Ir de una parte á otra para no hacer más que entrar y salir, deshacer los equipajes para empaquetar de nuevo sin tener tiempo de respirar... ¡lo que es eso, no!.. No trato en manera alguna de imponerme á vuestra tía, pero, veamos... ¿por cuánto tiempo es la invitación?

—Por el tiempo que gustéis... seis semanas... dos meses.

—Bien, bien... ¡es ya demasiado!—dijo mi abuela.

En suma, se ha convenido que la condesa d'Erra y yo partiríamos dentro de diez días á unirnos en Louvercy á mi amiga Cecilia, que partió ayer. Diez días bastaron apenas para efectuar nuestros preparativos, que son considerables; pues se juzgará por el simple detalle de que mi abuela lleva consigo los tres biombos á fin de conjurar las corrientes de aire, que, según dice, deben ser peligrosas en el viejo castillo. Yo vigilo con mi

calma engañadora estos embalajes monstruosos, soñando en secreto con la atalaya, la torre del Norte, las galerías pobladas de antepasados y fantasmas, sin olvidar al pobre inválido, á los gemidos del viento en los largos corredores de la mansión feudal.— Todo esto, ¿por qué negarlo? ¡me entusiasma!

III

28 de Mayo.

Esta mañana he recibido una carta de Cecilia, en que me pinta la residencia en Louvercy con nuevos colores, menos sombríos sin duda, pero quizá menos interesante para mí.

Héla aquí textualmente:

«CASTILLO DE LOUVERCY, 27 de Mayo.

»Querida mía: Vas á estremecerte... ¡qué lazo tan horrible! ¿De quién me fiaré en adelante?... ¡mi padre!... ¡mi tía!... ambos tan generalmente estimados, de conducta tan irrepochable, ¡unirse en un complot tenebroso contra una pobre niña!

»El lunes á las cinco de la tarde llego á la estación (donde, entre paréntesis, encontrarás un ciego con un flajolé tocando la *Marsellesa*—detalle que te doy para que te apees en esta estación y no en otra); llego, pues, como te iba diciendo, y me precipito en los brazos de mi tía:

—»Buenos días, tía

—»Buenos días, sobrina.

»Subimos al coche... No habíamos cambiado cuatro palabras, cuando percibo ciertos miasmas en la atmósfera... confusión de mi tía, lenguaje misterioso, palabras embozadas... Me participan que hay huéspedes en el castillo para evitar que me fastidie mientras llega mi amiga Carlota...

—»¡Ah, tía! ¿temíais que me aburriera?...

—»Una pequeña sociedad en armonía con mis años... dos jóvenes parientas del difunto señor de Louvercy, las señoras de Sauves y de Chagres...

—»Gracias, tía.

—»Sus dos maridos...

—»Bravo, tía.

—»Los dos hermanos de las susodichas señoras... dos jóvenes distinguidos... muy distinguidos...

»A parte, con turbación:

—»¡Hem! ¡hem!

»Alto con indiferencia:

—¿De veras, tía?

—»Y decidme, sobrina, supongo que traeréis una *toilette* elegante y variada.

—Mediana, tía, muy mediana... ¡estaba tan ajena de encontrar huéspedes en el castillo!

—»A vuestra edad, hija mía, es preciso prevenirlo todo...

»¿Empiezas á comprender, querida Carlota? ¿Adivinas ya el complot?

»En fin, llegamos al patio del castillo, en cuyo centro hay un estanque con cisnes; en la orilla las señoras de Sauves y de Chagres, con sus esposos y sus distinguidos hermanos, forman un interesante grupo de

familia. Saludo, me ruborizo, salto á tierra, abrazo á las señoras de Sauves y de Chagres, y corro á cambiar de traje, mientras el eco repite á mis espaldas:

—»¡Es encantadora!.. ¡encantadora!.. ¡encantadora!

»Mis sospechas, despiertas ya desde este primer momento, se confirmaron por la noche, al día siguiente y en los sucesivos. El siniestro castillo de mi tía se ha trasformado súbitamente en una mansión de placer, en una residencia encantada, en un teatro de fiestas galantes y de torneos caballerescos. Paseos á pié por la mañana, cabalgatas durante el día, baile y charadas por la noche. Me veo mimada, agasajada, idolatrada. Mis gustos, mis menores deseos son comprendidos, adivinados, satisfechos antes de darme tiempo para formularlos. Es una solicitud conmovedora... ¿Deseo secretamente un ramo de camelias? ¡el ramo! ¿una cotorra? ¡la cotorra! ¿una jaula dorada en que encerrarla? ¡la jaula! ¿la luna? ¡pues la luna!

»Como ves, querida, las circunstancias son gravísimas: no existe la menor sombra de duda. Mi pérfida tía y el culpable autor de mis días, han resuelto casarme á toda prisa. Hay dos pretendientes, entre los cuales se me obliga á elegir. Permíteme que te los presente. Las señoras de Sauves y de Chagres tienen cada una un hermano, y estos dos jóvenes, que son primos, llevan el mismo apellido: los señores Renato y Enrique de Valnesse. Aquí cuadraría bien uno de esos paralelos históricos en que tanto sobresalías en el colegio (el paralelo entre Carlos V y Francisco I, por ejemplo; ¿te acuerdas? «Si el uno más hábil político, el otro más valiente guerrero, etc.» Aplicando á los señores de Valnesse este procedimiento de retórica, te diré que si el uno es moreno, el otro es rubio; que si el uno gasta quevedos, el otro usa un solo lente; que el uno canta romanzas sentimentales que me hacen llorar, y el otro canciones cómicas que me hacen reir; que ambos tienen buen porte á pié y

á caballo; que ambos son bailarines consumados, de amena conversación, perfectamente educados, de fortuna con corta diferencia igual, y que ambos, si he de juzgar por las apariencias, están igualmente dispuestos á poner esa fortuna á los piés de la inocente que te escribe estas líneas.

»Me preguntarás: ¿Has elegido ya? No, querida mía, aún no. Me agradan con corta diferencia lo mismo; y como no puedo casarme con los dos, espero á que llegue la prudente Carlota para pedirla consejo y decidir. Tu elección será la mía, ¡tu dios mi dios! Ven, pues, sin tardanza, porque esto es intolerable, y ya comprenderás que no es humanitario el dejar por mucho tiempo en tan violenta situación á la mejor de las amigas.

CECILIA DE STELE.

Postdata. »Mi pobre primo Roger, tan sombrío y huraño como siempre, permanece confinado en su torre, que sólo abandona para hacer alguna breve excursión por la

campiña en su carretón tirado por dos caballos resabiados, que, según pretende mi tía, ha escogido con el propósito de estrellarse... ¿Verdad que esto es muy triste? ¡Adiós, querida Carlota, ven pronto! »

Esta carta me ha afectado lo que no es decible. Cecilia es para mí casi una hermana, y aunque de la misma edad, hay en el cariño que la profeso algo de maternal. El gran acontecimiento que se prepara para ella me llena de emoción, de júbilo, y también de inquietud. ¡Deseo tanto que sea dichosa! Además, ¡la pobre niña es tan digna de la felicidad! ¡Es un alma tan adorable, tan sincera! Una cabeza algo atolondrada, pero un corazón sano y puro, dispuesto siempre al sacrificio y siempre pronto al arrepentimiento. Hay en Cecilia, como ella misma se complace en repetirlo, algo de ángel y de diablo, de ángel sobre todo. Esta criatura delicada, sensible y afectuosa, tiene necesidad, más que ninguna otra mujer, de hallar un marido que sepa amarla y dirigirla.

Me asusta la responsabilidad que me impone su cándida confianza. Soy harto joven é inexperta para dirigir la elección de que pende su destino; pero al ménos pondré en la tarea todo mi celo y mi conciencia, y me mostraré más exigente en su causa que lo sería en la mía propia. Los señores de Valnesse deben ponerse en guardia... Soy el ángel con la espada de fuego que vela á las puertas del paraíso.

IV

Castillo de Louvercy, 6 de Junio.

Mi sueño se ha realizado; Louvercy tiene una torre al Norte, en la que me encuentro instalada. ¿No es esto admirable?

Procedamos con orden. Mi abuela y yo llegamos esta tarde. Al descender del tren, divisé al instante al ciego del flajolé, en seguida á la señora de Louvercy y Cecilia en un landó descubierto, y poco después á dos jóvenes á caballo, caracoleando en el patio de la estación, y tratando de calmar con la voz y las manos sus cabalgaduras, espantadas por el silbido de la locomotora. A una mirada furtiva de Cecilia reconocí á los dos

pretendientes, y no perdí un momento en hacer una detenida inspección de sus personas, mientras por su parte, según me pareció observar, me devolvían el cumplido. Mi primera impresión me ha sido favorable: son dos fisonomías francas, alegres, tranquilizadoras; dos tipos de hombres de bien.

Emprendimos el camino de la carretera envueltos en una nube de polvo, y escoltados por los dos ginetes á ambos lados del coche. Los manzanos de Normandía con sus floridos botones, desfilaban á derecha é izquierda á nuestro paso. El cielo ostentaba un ligero tinte de ópalo. Cecilia, con un vestido azul celeste, estaba radiante; me estrechaba las manos, lanzaba una sonrisa aquí, otra acullá, para mantener el equilibrio, y rebosaba de alegría... Dios mío, ¡hay en la vida momentos tan felices!

Hacía muchos años que no veía á la señora de Louvercy, pero no he podido menos de admirarme de la rapidez con que ha envejecido. Sus cabellos, enteramente blancos,

cuadran bien con la expresión melancólica de su rostro, realzada por los dos círculos azulados que rodean sus ojos, y en los que parecen descubrirse las huellas de las lágrimas. Habla poco de sus infortunios, y á menudo por medio de alusiones. Durante el trayecto la oí referir á mi abuela la influencia exclusiva que había ejercido en ella el triste estado de su hijo; pero á la cual se había visto obligada á sustraerse en parte, en atención á que tenía también deberes que cumplir con Cecilia, que carecía de madre. Hablaba con un tono de extremada reserva, sin afectación, y con una sonrisa benévola, que contrastaba con su expresión de inconsolable tristeza. La buena señora es tanto más digna de lástima, cuanto que, según dicen las gentes, su hijo era una arrogante figura antes de la tremenda desgracia que lo ha dejado tan horriblemente mutilado.

Cesó el ruido de las ruedas al rodar el coche sobre el césped y el musgo; penetramos en la avenida, flanqueada de verdura, y

en el fondo de la cual se divisa la elegante y severa fachada del castillo, de estilo del Renacimiento, si no me equivoco. Hénos ya en el patio, que es al mismo tiempo un jardín delicioso; á la orilla del estanque, los cisnes baten las alas al aproximarnos; las señoras de Sauves y de Chagres saludan con sus pañuelos, y sus maridos arrojan los cigarros y agitan sus sombreros. Es un verdadero triunfo.

Un momento después, Cecilia nos instaló en nuestras habitaciones. Mientras me sacudía el polvo del camino, me preguntó con ansiedad:

—¡Vamos... pronto! A vista de pájaro, ¿qué te parecen?

—A vista de pájaro te diré que me agradan. Tienen un porte muy distinguido.

—¿De veras? ¡Déjame que te abrace!.. pero, ¡pronto!.. ¿á cual prefieres?.. ¿al rubio ó al moreno?.. ¿A Renato ó á Enrique?

—Hasta ahora, ni al uno ni al otro. ¿Y tú?

—¿Pues no te he dicho que te esperaba para decidirme?.. Dime el que más te agrada, y ése tomo.

—Te aseguro, Cecilia, que tu confianza me confunde.

—Oye, voy á hacer que te sientes á la mesa en medio de los dos... vas á estudiarlos, pero á estudiarlos á fondo; ¿me entiendes?.. Voy á decirte lo que deseo saber, y los puntos sobre los cuales has de insistir muy especialmente en tus investigaciones, y después de comer me darás cuenta del resultado. Deseo saber, en primer lugar, cuál de los dos me profesa un afecto más sólido y verdadero; en seguida—y esto es muy importante—el que tiene mejor carácter; después, el más inteligente é instruído... por que quiero un marido que me honre; después, el más generoso y caritativo... éste es un punto muy esencial; luego, el más aficionado á viajar... no olvides este detalle; luego... Pero no te rías, Carlota; !la cosa es bastante seria!

—Me río, Cecilia, porque exiges dema siado en una sola sesión... En fin, haré cuanto esté de mi parte.

Cecilia me deja con mi doncella, y me visto para comer. Me pongo un traje muy sencillo: colores oscuros, jubón partido, y en el tocado una redecilla de encajes á la española, con una rosa encarnada: lo bastante para no asustar.

Antes del segundo toque de la campana tengo tiempo para echar una ojeada á mi alojamiento, que supera á mis esperanzas. Es una estancia de princesa cautiva, cubierta de antiguos tapices, grande, sombría, misteriosa, y cuyas ventanas tienen pretiles profundos como los de las capillas góticas. Repito que me encuentro instalada en plena torre del Norte, que es un pabellón cuadrado de gran elevación, de cierto sabor feudal, y de fecha muy anterior al resto del castillo, del que forma el ala derecha. Este pabellón está destinado á la residencia exclusiva de Roger de Louvercy, á fin de que

pueda entregarse sin obstáculos á sus instintos de reclusión y aislamiento. Recientemente han elevado una empalizada con un enrejado trasversal, que sirve, por decirlo así, de frontera entre la torre y el castillo, y que permite á este desgraciado vivir aislado cuando le conviene, lo que sucede siempre que hay huéspedes, porque tiene la manía de creerse para todo el mundo, á excepción de su madre, un objeto de horror y repulsión. Algunas nuevas construcciones forman un patio particular, donde tiene sus caballerizas y perreras, con una salida al campo, pudiendo de esta suerte ir y venir sin atravesar por el patio principal.

Roger ocupa las habitaciones del piso bajo, y mi abuela y yo las del principal; habiendo sido admitidas á este lugar sagrado, según me ha dicho Cecilia, por considerársenos las personas más pacíficas de la sociedad. Estamos además en comunicación con el castillo por medio de corredores que conducen á todos los pisos, y podemos cir-

cular libremente sin peligro de encontrar al señor de Louvercy. Sin embargo, Cecilia nos ha prevenido que de vez en cuando sube al segundo piso para trabajar en la biblioteca; pero añadió que nada nos sería más fácil que evitar su encuentro, porque los golpes de su muleta anuncian su presencia.

A pesar de esta advertencia, debo confesar que me propuse secretamente desde luego aprovechar la primera ocasión para sorprender á este inválido misántropo: mi curiosidad se ha visto pronto satisfecha y aun castigada, porque la compasión y simpatía que me inspiraba su gran infortunio han recibido un rudo golpe después de lo que he visto, y oído sobre todo. La ventana de mi tocador da al pequeño patio donde están las caballerizas del señor de Louvercy. Acababa de colocar en mi peinado la rosa encarnada, cuando oí de repente en el patio un tumulto confuso de pisadas, ladridos, voces, gritos de cólera, y preciso es decirlo,

espantosos juramentos. Levanté ligeramente la cortina, y ví dos enormes perros de Terranova saltando al hocico de un caballo cubierto de espuma y sudor, y una especie de carretón ó *dog-cart,* en el que se hallaba el señor de Louvercy, fácil de reconocer por sus piernas y brazos mutilados; en cuanto al rostro, sólo distinguí dos largos bigotes rubios retorcidos á la tártara. El señor de Louvercy, que estaba hecho una verdadera furia, llamaba á gritos á dos criados, que sin duda no le esperaban tan pronto, y que corrían azorados á su encuentro, saludándoles con una nueva salva de injurias mientras le ayudaban á bajar del carretón. Corrí apresuradamente la cortina, y no quise ver más. Estaba horrorizada. ¡Ah, vecino, no me agrada mucho la vecindad!

Nos sentamos á la mesa. Cecilia me coloca, según su programa, entre ambos rivales; á mi derecha el señor de Valnesse moreno, á mi izquierda el señor de Valnesse rubio; colocación que, entre paréntesis, choca

algún tanto á la señora de Louvercy. Cecilia se sienta enfrente para vigilar mejor mis operaciones, al lado del cura de Louvercy, á quien se complace en hacer reir cuando bebe. Por su parte rie de todo corazón siempre que me excita con la mirada á que desempeñe mi cometido. Me cree sin duda algo reacia, pero la verdad es que encuentro dificultades imprevistas: los señores de Valnesse son ambos muy galantes, pero no se prestan con facilidad á mi inquisición: me responden apenas; noto en ellos algo que los paraliza. Me miran con cierto estupor inquieto, y parecen muy preocupados de la rosa encarnada que adorna mis cabellos.— ¡Ah, caballeritos, no es de eso de lo que se trata!

Al salir del comedor, Cecilia me coge aparte.

—Veamos, ¿qué has descubierto?

—Que ambos son muy tímidos... lo que ya es algo.

—¡Tímidos!..—exclama Cecilia—porque

no los alientas bastante... ¡si quieres que se franqueen y familiaricen, debes animarlos!

Esta observación me ha parecido razonable. Los he alentado poco á poco, y en efecto, con ayuda del café he observado que empezaban á adquirir confianza. Los dos han cantado á instancia mía, y ambos han bailado conmigo varias veces, reteniéndolos á mi lado después del baile para gozar un momento de su conversación. Entre tanto, Cecilia vagaba por el salón conduciéndose de una manera extraña, ora soltando la carcajada sin motivo, ora trastornando bruscamente los papeles de música colocados sobre el atril del piano. De repente desapareció, y á los pocos minutos, temiendo que se hubiera indispuesto, salí en su busca.

La divisé en el patio del castillo á través de la escasa claridad del crepúsculo: iba y venía con pasos precipitados, como el que desea entrar en reacción después del baño. Me adelanté: fingió no verme, y continuó su paseo, volviéndome la espalda.

—¡Cecilia!—grité.

—¿Qué ocurre?

—¿Te sientes mala?

—No.

—¿Qué te pasa, pues?

—¡Nada!

La miré fijamente, y repuso:

—Sí, ¡nada!.. ¡nada al menos que no estuviera en mi mano prever si fuera ménos cándida é inocente!.. Desde el momento en que llegaste con tu figura de diosa, era evidente que me encontraba perdida sin remedio. Después de todo, no es culpa tuya si eres como Dios te ha hecho... no te dirijo ningún reproche... es decir... dispénsame que te diga que podrías dejar la coquetería á un lado; cuando una mujer es hermosa como tú, si además se pone á coquetear... entonces, ¡buenas noches!.. no hay partido posible para las demás.

—A la verdad, Cecilia, no sé si debo reirme ó enfadarme... ¡Cómo! me ruegas una y otra vez que estudie á tus pretendientes...

—Es que les estudias demasiado, y que ellos, por su parte, te estudian demasiado también.

—En fin... ¿quieres que parta?

—¡Oh, no!...—dijo estrechándome la mano.

Y después de una pausa, añadió con acento conmovido:

—¿Verdad que soy una tonta?

Y apoyando su cabeza en mi seno, rompió á llorar.

La consolé como se consuela á una niña, recobrando á poco su vivacidad y ternura habituales.

—Oye—dijo—se me ocurre una idea soberbia... tú elegirás el que más te guste, y yo me quedaré con el otro... Seremos primas, casi hermanas... ¿no te parece delicioso?.. Por lo demás, es justo que elijas antes que yo, porque eres mi superior en todo. Sí, es justo... ¡muy justo!

—Querida mía, eres la criatura más angelical del mundo; pero permíteme que

decline tu proposición, y persuádete bien de lo siguiente: los señores de Valnesse no son ni pueden ser para mí más que pretendientes á tu mano, y este título les da á mis ojos un carácter absolutamente sagrado, é impide que abrigue la menor sombra de pretensión personal, que me parecería un insulto grosero á tu delicadeza y amistad. ¿Me crees ahora? ¿estás ya tranquila?

—¡Sí, te creo y te adoro!.. Ven á continuar tus estudios.

Regresamos al salón, donde continué mis estudios, aunque con mayor prudencia y moderación, puesto que el celo excesivo tiene también sus peligros.

Suena la campana de la torre... ¡qué encanto tan misterioso en el silencio de la noche y en la soledad del bosque!..

—¡Dios mío, las dos de la madrugada! ¿No os da vergüenza, señorita?

V

12 de Junio.

¿Es el movimiento sinónimo del placer? ¿basta agitarse para gozar? Si así es, debo confesar que medivierto demasiado — ¿qué haremos hoy por la mañana? ¿qué haremos esta tarde? ¿qué haremos esta noche? — éste es el estribillo de todos los días... y hénos corriendo á pié, á caballo, en coche, sin reparar en nada, trastornándolo todo, y acompañadas de los genios bulliciosos, de las risas y los juegos que nos siguen al regreso, se sientan á la mesa con nosotras, cantan y bailan con nosotras, y no nos abandonan ni aun en los corredores del castillo.

Esta mañana temprano, quise procurarme el placer de un paseo solitario por el parque. Bajaba saltando la escalera de la torre, cuando, al llegar á la mitad, percibí de pronto golpes secos sobre las escaleras del piso de abajo, que me anunciaron la presencia del señor de Louvercy, que al parecer se dirigía á la biblioteca. Me detuve sobresaltada; iba valientemente á volver la espalda y á refugiarme en mi cuarto... ¡pero ya era tarde! Roger y yo nos encontrábamos frente á frente. Al verme de pronto, palideció como si se hallara delante de un espectro: hizo un torpe ademán como para saludar, y en su confusion dejó escarpar su muleta, que rodó por la escalera. Me es imposible describir la expresión de angustia profunda que se pintó en su semblante: era una mezcla de dolor, de humillación y de cólera. Con la mano derecha se apoyaba con fuerza en el pasamano de la escalera, mientras su brazo izquierdo mutilado y su pierna encogida permanecían sin apoyo en

el aire. Descendí apresuradamente algunos escalones, recogí la muleta, volví á subir con la misma celeridad, colocándosela debajo del brazo. Fijó en mí sus ojos de un azul oscuro, y murmuró en voz baja y con acento grave:

—¡Gracias!.. ¡mil gracias!

Y ambos continuamos nuestro camino.

Esta escena me ha reconciliado algún tanto con él. Sobre todo, le agradezco infinito el que no me haya lanzado una de esas andanadas soldadescas de que parece tan pródigo; y por otro lado, á pesar de la antipatía involuntaria que me inspiran en general los seres disformes, estoy lejos de encontrarle tan repulsivo como me lo pintó Cecilia. Es manco, y tiene una pierna encogida y paralizada; pero el rostro es de una belleza correcta, sin que lo desfigure la ligera cicatriz que ostenta en la frente. Tiene, es verdad, un aire salvaje y huraño, debido en gran parte al estado inculto de su cabellera, y á sus bigotes, largos en demasía.

Apenas entré en el parque, me divisó Cecilia desde su ventana; algunos minutos después, se hallaba á mi lado brincado sobre el césped como un pájaro. Le referí mi encuentro con su primo.

—¡Dios mío, cuánto habrá jurado!

—Ni una sola vez.

—Me sorprendes; aunque ahora recuerdo que hoy está de buen humor porque espera á su amigo.

—¿A su amigo?

—Sí, el comandante de Eblis, ya sabes...

—No sé nada. ¿Quién es?

—Creía que te había contado... el que salvó á Roger en Coulmiers... Eran antiguos amigos, desde que estudiaban en Saint-Cyr... En el momento en que el pobre Roger caía acribillado por la fatal descarga de obús, Eblis lo arrebató en sus brazos como un niño, en medio del fuego, y bajo los piés de los caballos... ¡fué un rasgo heroico! desde entonces su conducta para con él es admirable. Ha hallado medio de reconciliar-

le con la vida, persuadiéndole á que escriba la historia de aquella espantosa guerra... De ella se ocupan juntos; el señor de Eblis viene á verle á menudo, y le trae todos los documentos que pueden serle útiles... es muy instruido é ilustrado... ¡ya ves; comandante de Estado mayor á los treinta años, es una bonita carrera!

—Dime con franqueza: ese comandante tan ilustrado é instruído, ¿no es tal vez un tercero en discordia?

—¿Quién, Eblis?—exclamó Cecilia.—¡Bah... es tan severo, tan terrible!.. Le aprecio bastante, sin embargo, á causa de su conducta con Roger. Por lo demás, apenas nos hemos visto dos ó tres veces... Me mira como á una criatura, y yo por mi parte lo miro como á un padre. Pero hablemos seriamente, Carlota: ¿no crees que es ya tiempo de que me decida entre los señores de Valnesse?

—No urge todavía.

—¿Lo crees así?

— Tu situación respecto á esos señores no tiene nada de desagradable.

—¿De veras... pero y mi corazón, mi pobrecito corazón?..

—¿Ha hablado ya?

—Todavía no; pero está impaciente por hablar... estallará si no habla... no lo dudes.

Ví, sin embargo, que no insistió demasiado; respondí con un chiste, y volvimos al castillo, donde la campana nos llamaba para el desayuno.

La verdad es que la elección entre los dos candidatos me parece muy difícil. El resultado de mis informes y observaciones continúa siendo satisfactorio y embarazoso á la vez; satisfactorio, porque ambos están dotados de cualidades preciosas; embarazoso, porque estas cualidades me parecen, con corta diferencia, iguales en los dos. Hay en la índole de sus genios, en el tono general de sus caracteres, y hasta en sus mismas personas, rasgos de semejanza que, por lo demás, se explican suficientemente por la

proximidad del parentesco. En suma, creo que son dos jóvenes excelentes; tienen gustos distinguidos, dotes de carácter estimables, inteligencia un tanto vulgar, pero sana, sentimientos elevados y una delicadeza exquisita. Soportan su rivalidad y sus pretensiones mútuas con una cortesía caballeresca que encanta.

¡Dios mío! amo tanto á Cecilia, que desearía para ella un marido perfecto, una excepción. ¿Pero será prudente perseguir un ideal que quizá no exista, cuando tenemos á la mano ejemplares ya tan raros, y que tal vez no sea fácil volver á encontrar? ¿Un hombre superior no tiene casi siempre defectos de carácter iguales á sus facultades, y que son como el reverso de sus méritos? ¿No hay en realidad más garantías de dicha para una mujer en la honrada medianía que los señores de Valnesse representan con tanta gracia y distinción?

Mi conciencia inquieta se atormenta por resolver estos problemas, que interesan tan

de cerca al destino de una persona para mí tan querida. Pero me admira en alto grado la singular tranquilidad de espíritu con que Cecilia, diga lo que quiera, aguarda mi sentencia para pronunciar la suya. No me he encontrado nunca en un caso semejante; pero estoy segura que, si así sucediera, mostraría menos calma y más resolución personal... ¡en fin, veremos!

VI

El mismo día á las doce de la noche.

La velada ha sido menos bulliciosa y frívola que las precedentes. La presencia del comandante Eblis ha producido el hielo, dice Cecilia. Creo que no ha hecho más que elevar un poco el diapasón ordinario de nuestro reducido círculo. He notado á menudo en sociedad la influencia extraña que ejerce con su sola presencia un hombre verdaderamente distinguido. Sin quererlo y sin saberlo presta nueva animación á las cosas; hable ó calle, poco importa: está presente y basta. Todos se elevan más ó menos hasta él; se siente circular una nueva vida; establece una corriente más activa y un

nivel superior. Los menores incidentes adquieren más interés; los placeres más sabor. Estamos inquietos y á gusto cuando se encuentra entre nosotros... nos sentimos aliviados de un gran peso cuando parte; pero su ausencia nos empequeñece; no se da ya importancia á lo que se habla, porque él no lo oye, ni á lo que se hace, porque él lo ignora.

El señor de Louvercy se dirigió esta tarde en su carretón al camino de hierro á esperar al comandante Eblis; me hallaba casualmente y parte también por curiosidad en mi tocador cuando llegaron ambos al patio de las caballerizas; al ruido de las ruedas levanté la cortina; el señor de Eblis acababa de saltar del carretón y tendía sonriendo los brazos al señor de Louvercy, que, sonriendo también, se había deslizado hasta el suelo, apoyado en el pecho de su amigo. Me pareció ver en aquella ceremonia afectuosa un simulacro conmovedor de la escena terrible de Coulmiers, y me complací en representarme las emociones violentas de

la batalla, y la fiebre del heroísmo en aquellos rostros entonces risueños y tranquilos.

El señor de Eblis bajó á comer con nosotros. Es un hombre de mediana estatura y de apariencia un tanto austera, con esa elegancia sombría y correcta que caracteriza á los oficiales en traje de paisano. A primera vista se percibe, en efecto, algo de excesivamente severo y duro en su semblante, facciones regulares, pero frías; tez sombreada, espesos bigotes, ojos muy negros y reposados, rasgos en verdad poco tranquilizadores. Pero la más leve sonrisa que aparezca en su rostro, esparce en él una expresión da bondad que devuelve la confianza. Se cobra valor apenas pronuncia algunas palabras, porque su voz es en extremo dulce y sonora. Es una sorpresa y un encanto el oir aquella música agradable saliendo de aquellos bigotes terribles.

Durante la comida gocé varias veces de este placer por hallarme sentada á su lado. Empezamos ambos por guardar silencio; me

encontraba acobardada, y quizá por su parte no se mostraba él mucho más valiente, porque al fin y al cabo, si él tiene su aspecto severo, yo tengo también el mío, que, según he observado con frecuencia, produce al principio un efecto de terror.

—Señorita—dijo de pronto rompiendo el silencio—he oído hablar mucho de vos hoy mismo.

—¿De veras, caballero?

—Sé que sois compasiva con los desgraciados.

—Caballero...

—Y que habéis hecho una buena acción con mi amigo Roger esta mañana... Yo sé...

—¡Dios mio! creo que cualquiera en mi caso hubiera obrado lo mismo.

—Sin duda... cualquiera hace limosna... pero la manera de hacerla...

Le respondí que me lisonjeaba de su cumplimiento, porque le tenía por juez competente en materia de buenas obras por haber prestado á Roger servicios mejores que el

que yo le había prestado y pudiera prestarle.

Se inclinó y replicó con acento triste y reposado:

—Después de todo, no sé si en realidad le presté un gran servicio.

Una vez en marcha, no había razón para detenernos; continuamos cambiando galanterías é informándonos mutua y discretamente de nuestros gustos y antipatías sobre todo en general, y en particular sobre la música de Wagner, que á él le gusta y á mí no.

Por desgracia nos vimos interrumpidos por una extraña travesura de Cecilia. Preocupada siempre en hacer reir al cura cuando bebe, tuvo la idea de coger dos cerezas y de montarlas á caballo sobre su nariz, estirando al propio tiempo los labios para mantenerlas en equilibrio. Rióse, como es natural, y los señores de Valnesse aplaudieron con entusiasmo. Cecilia llamó entonces á un criado, separó las dos cerezas y colocando cada una en un plato, dijo:

—Llevad este plato al señor Enrique de Valnesse, y este otro al señor Renato.

Mientras estos señores prendían con orgullo las cerezas en los ojales de sus levitas, el comandante Eblis miraba la escena con ojos desmesuradamente abiertos. Cecilia se apercibió y exclamó con candor temerario

—¿Os sorprende, comandante?

—Nada de eso, señorita.

—Perdonad, creo notar en vos cierta extrañeza... Vamos, sed franco; la broma os parece de pésimo gusto, ¿no es cierto?

—Todo cuanto hacéis me parece encantador.

—Sí, tenéis razón, es de pésimo gusto... pero voy á explicaros mi carácter, comandante. Es algo complicado y en cierto modo mixto, y vais á comprender el por qué es que hay en mí un angel y un diablo.

—¡Ah, señorita!.. en ese punto tenéis muchos que os asemejan... todos llevamos en nosotros un angel que tratamos más ó menos de escuchar, y un diablo que trata-

mos más ó menos de acallar... Por lo demás, el diablo que os ha sugerido la idea de montar las cerezas sobre la nariz, no me parece un diablo muy maligno.

—Os doy las gracias por la lección, que no es muy dura—replicó Cecilia.—Como decía esta mañana á vuestra hermosa vecina, sois para mí un verdadero padre.

Eblis saludó sonriendo, y reanudamos el hilo de nuestra conversación. A juzgar por ciertos indicios, este valiente soldado es, como dicen los epitafios, tan buen hijo como amigo. Tiene una manera grave y tierna de decir «mi madre,» que me parece toda una revelación. Esta palabra viene con insistencia á sus labios «á causa de mi madre... mi madre lo prefiere... á mi madre le gusta así...» En un momento de distracción dejó escapar la palabra «mamá.» Se sonrojó ligeramente y se repuso en seguida; pero este nombre infantil pronunciado por aquella voz sonora y aquel semblante varonil, no carecía de encanto.

Después de comer, Cecilia, con su gracia sin igual, vino á tender la mano al comandante para hacer las paces. Conversaron largo rato en un rincón mirándome á intervalos, por lo que comprendí que se ocupaban de mí. A poco Cecilia, al pasar por mi lado, me dijo á media voz:

—¡Ay, amiguita! ¡Haces estragos en el Estado mayor!

—No quisiera hacer estragos; pero si esto significa que mi persona le es simpática, confieso de buena fe que me agrada.

Poco después me pidieron que cantara algo. Tengo una voz de mezzo-soprano bastante extensa y bien cultivada, pero no me gusta producirla en público, por lo que en general me dejan en paz. Sin embargo, me senté al piano, y comencé el aria de *Norma: Casta diva*. Mi sorpresa fué grande y mi mortificación no menor cuando ví que á los primeros compases el comandante Eblis abrió discretamente la puerta del salón y desapareció. Encontré el procedimiento un

tanto brusco, pero continué emitiendo mis notas con el cuidado concienzudo que pongo en cuanto hago. Acababa de terminar en medio de un murmullo lisonjero, cuando Eblis volvió á entrar, y dirigiéndose á mí:

—Señorita—dijo señalando á una de las ventanas, entreabierta á causa del calor excesivo del salón—Roger está sentado en un banco en el patio, y os agradecería infinito el que tuvierais la amabilidad de repetir el aria de *Norma*.

—Con mucho gusto.

Y repetí el ària con el mayor esmero.

Me ví recompensada por mi trabajo. La señora de Louvercy, que, radiante de júbilo, había permanecido cerca de la ventana mientras cantaba, se asomó en el momento en que me levantaba del piano y cambió algunas palabras con su hijo. Después se adelantó hacia mí; me estrechó las manos, y me abrazó, exclamando con voz conmovida:

—¡Gracias por él y por mí! Es la primera

desde hace mucho tiempo que he visto brillar un rayo de felicidad en sus ojos.

Es en verdad un triunfo haber hecho salir á este salvaje de su antro; estoy orgullosa de ello, y voy por lo mismo á dormir como una bienaventurada.

VII

25 de Junio.

Desde hace ocho ó diez días he interrumpido mis memorias; me habían vuelto á asaltar mis escrúpulos; temía dar cuerpo á quimeras estampándolas sobre estas páginas, y fortificar impresiones que sería preferible dejar desvanecerse. Pero de nuevo mi abuela me alienta sin saberlo á seguir mi instinto fatal y á continuar mis narraciones confidenciales con mi libro y conmigo misma.

Cuando entré esta mañana en su cuarto á darle los buenos días, me abrazó con más efusión que de costumbre, y reteniendo una de mis manos entre las suyas, me dijo:

—¿No tienes nada que decirme, hija mía?

—Creo que sí, abuela.

—¡Ah!.. El señor de Eblis te hace la corte ¿no es verdad?

—Ignoro si el señor de Eblis me hace la corte, querida abuela, porque no me dice ni una sola palabra que se asemeje en lo más remoto á una declaración. Pero parece que se encuentra á gusto en mi compañía; me habla con una especie de respeto, de confianza y al propio tiempo de timidez que no le observo con los demás. Me dirige personalmente cuanto dice, y recoge mis menores expresiones, como si todas mis palabras fueran perlas. Si esto se llama hacer la corte á una mujer, creo, en efecto, que me hace un poco la corte.

—Lo había advertido—dijo con tono grave mi abuela.

—Y esto no te disgusta, ¿verdad?

—No.

—No... es claro... pero en fin, no hay fuego en la casa, ¿eh? ¿No estás enamorada?

—¿Enamorada?.. no...

—¿Te agrada simplemente?

—Algo...

—Sí... es natural, ¡y á mí también! Escucha, hija mía, no hemos venido aquí á buscar marido; pero, en fin, si se presenta, tanto vale encontrarle aquí como en otra parte; ¿no es cierto?.. Sin embargo, ya comprenderás que un asunto de esta índole es de inmensa trascendencia y merece madura reflexión. Por mi parte, desde el momento en que observé la conducta del señor de Eblis no he perdido tiempo en informarme de la señora de Louvercy; además he escrito á París, y he recogido informes de todos lados... Pues bien; de estas investigaciones no parecen resultar objeciones graves que oponer; al contrario... Pero voy á hablarte con franqueza. Ni mi opinión ni la de los demás debe influir en lo más mínimo en tus sentimientos personales. ¡No hay objeciones graves que oponer, esto es todo: familia, reputación, fortuna; todo es aceptable, muy aceptable; pero, créeme, no cedas con

demasiada ligereza á tu primera impresión! Tómate tiempo para reflexionar... ¡Te conozco tanto, hija mía!.. ¡serías tan desgraciada si no fueras feliz!.. Eres de aquellas que no aman dos veces, y es necesario que ésas no se equivoquen en la elección... ¡Cuando abras tu corazón á un sentimiento tierno, cuando el amor, para decirlo todo, penetre en él, en él se asentará como en un trono real, que sólo se abandona con la vida!

El angel que llevo dentro de mí, como dice Cecilia, hacía mucho tiempo que me había murmurado en voz baja, aunque en términos menos benévolos, las verdades que mi abuela me ha repetido en voz alta. Me había puesto en guardia; me había advertido que mi primer amor sería un amor único, irresistible, eterno, y que era preciso elegir bien ó morir.

¡Amar á un hombre digno de mi afecto, mi estimación y mi respeto, y ser amada de él... hé aquí mi sueño! ¿Será cierto que estoy á punto de realizarlo? Vamos despacio.

Que un hombre como Eblis, de exterior á la vez agradable y severo, de maneras distinguidas, de mérito excepcional, de carácter heroico al pár que apacible; que un hombre tal, casi perfecto, responda á la ambición de un corazón femenino; nada más natural. Que una jóven que se cree objeto de las atenciones particulares de este sér privilegiado se sienta halagada y desvanecida; que halle un placer singular en su trato cuotidianio con esta inteligencia superior y esta alma noble; que experimente una secreta embriaguez ante la idea de convertir esta intimidad de algunos días en una unión eterna... nada más natural tampoco!

Pero lo que por desgracia me parece menos natural y más dudoso, es que un hombre como el señor Eblis, que puede elegir por toda la tierra una compañera digna de él, se haya fijado en tan breve tiempo en la pálida y romántica Carlota. ¡Estamos siempre tan dispuestos á creer aquello que deseamos! ¿No me hago ilusiones? ¿No soy

juguete de algunas galanterías superficiales, que se dirigen á mí no pudiendo dirigirse á otra persona?.. ¡Nos encontramos en el campo... el fastidio es natural... se ve á Cecilia agasajada, cortejada, y á mí en el abandono... se considera esto algo injusto, y se me dirigen algunas atenciones por caridad!..

¿Por caridad no más?.. ¡No; ó mucho me engaño, ó Eblis es incapaz por mero pasatiempo de turbar el reposo de una mujer!

Pero ¿cómo he podido agradarle? ¿Cuáles son mis méritos? Si algunos tengo, él no puede conocerlos: no soy de aquellas que se revelan con facilidad; no le confío mis secretos, ni le digo más de lo que debo decirle: frivolidades.

No ignoro que soy bastante bella, y que esta circunstancia es á primera vista un atractivo aun para un hombre como él. Pero si no fuera más que por eso, ¡cuántas mujeres más bellas que yo no habrá encontrado en su camino!

Reflexionándolo bien, creo que mi principal virtud á sus ojos, y la que me conquista quizá sus simpatías, es mi compasión hacia su amigo Roger. Es evidente que su amistad por Louvercy es en él una pasión dominante, y que se siente atraído hacia todo aquello que la halaga. Desde el día de su llegada acaricié sin advertirlo esta debilidad, y desde entonces he tenido oportunidad de apreciar esta fibra delicada de su corazón. Conviene saber que Roger, gracias á la influencia afectuosa del señor de Eblis, es nuestro comensal desde hace algunos días. La primera vez que consintió, á instancias del comandante, en ocupar su puesto en la mesa, la sorpresa fué general y grande el regocijo, sobre todo para su madre, que estaba ebria de alegría. Louvercy se había hecho cortar los cabellos y había puesto cierto cuidado en su persona, de ordinario muy desaliñada. Su pálido y adusto semblante se ha despejado y dulcificado poco á poco en nuestra compañía, aunque

aún se nubla y se contrae con expresión terrible siempre que el menor incidente le recuerda su desgracia; por ejemplo, cuando tiene necesidad de socorro extraño para servirse á la mesa, sentarse ó levantarse. Entonces hallo siempre medio de atestiguarle la profunda lástima que me inspira. Generalmente, después de comer se sienta algunos instantes en uno de los bancos del jardín, colocado debajo de las ventanas del piso bajo. La otra noche, Cecilia y yo, viéndole inquieto sobre el banco, nos hicimos una seña: Cecilia corrió á buscar al salón algunos cogines, que me alargó por la ventana: Eblis, á quién se los entregué, intentó colocarlos de manera que sirvieran de apoyo al brazo y á la pierna del inválido. Como no se daba muy buenas trazas, le reproché sonriendo su torpeza, y dije á Louvercy:

— Permitidme, caballero.

Y ajusté los cogines con la destreza superior de una mujer. Como Louvercy me daba

las gracias con visible confusión, Eblis le dijo con tono jovial:

—¿Verdad que es una asistenta excelente, Roger?

Estoy convencida de que el señor de Eblis se muestra más agradecido de estas atenciones que aquel á quien se dirigen. Me mira entonces con ojos pensativos y con expresión profunda y afectuosa. Por lo demás, los sentimientos que pueda experimentar por mí, se descubren sólo en estos ligeros movimientos de gratitud y en la especie de placer con que busca mi presencia y mi conversación...

¿Y basta esto ¡Dios mio! para abrir mi corazón, y alimentar en él mi predilección, que no es aún más que un desvarío pasajero, pero que mañana, si me abandono á ella, se trocará quizá en una pasión infinita?..

VIII

5 de Julio.

Esta mañana, después de una noche en su mayor parte de insomnio, me levanté temprano, es decir, á las siete, y resolví hacer una cosa extraordinaria. Cogí bajo el brazo mi precioso libro de memorias, y con mi sombrilla en una mano y en la otra mi estuche de bambú con todo lo necesario para escribir, salí sigilosamente de la torre del Norte por la puerta del Sur. Enfrente de esta puerta se extiende una gran avenida, y á la izquierda una alameda en curva, que conduce á un bosquecillo con una estatua de Flora, de Ceres ó de Pomona, una mesa rústica y tres sillas. Es un sitio delicioso,

sobre todo en una hermosa mañana de estío: reina en él una dulce lobreguez; el follaje se cruza y entrelaza en una red tupida, que deja ver apenas algunos claros del azul del cielo. El sol penetra aquí y allí por entre el espeso ramaje, lanzando sobre la arena, las sillas y el dorso de la diosa franjas luminosas que parecen tamizadas por los vidrios de colores de una iglesia. Un vago aroma de acacias y flor de naranjo se exhala con el rocío, y para completar el cuadro se oye á lo lejos, en una oculta cañada, el susurro argentino de un arroyuelo que desagua en el estanque de los cisnes.

Es difícil averiguar por qué se le ha ocurrido á la señorita Carlota de Erra la idea de escoger este sitio para escribir el recuerdo de la última velada. Tal vez deseaba trasladar el misterioso encanto de la luz y los perfumes á la pintura de un sencillo episodio de su vida de soltera, que puede convertirse, si Dios lo permite en su bondad, en la primera página de su vida de mujer.

Ayer, después de comer, estábamos, según costumbre, en el patio del castillo respirando el fresco ambiente de la noche, saturado del perfume embriagador de las rosas. Louvercy fumaba arrellanado sobre su banco favorito. Cecilia, inquieta siempre como una sabandija, tuvo de repente la desdichada ocurrencia de ponerse á jugar con la muleta de su primo. La examinó al principio con timidez; pero pronto se familiarizó con ella, y la empleó en hacer su aprendizaje de cazadora. Su padre le ha enviado hace dos días una linda carabina, con la que se propone destruir todos los conejos del parque. Entre tanto se ensayaba en el manejo de las armas, echándose al hombro la muleta, y apuntando á los conejos imaginarios, representados por los señores Enrique y Renato de Valnesse. Veía á Roger fruncir el ceño y al comandante Eblis morderse el bigote; lancé á Cecilia miradas severas, pero sin fruto. Alentada por la admiración expansiva de sus dos galanes, agravó cruel-

mente su aturdimiento colocándose la muleta debajo del brazo, é intentando caminar con un pié en el aire como su pobre primo. Dió algunos pasos en esta posición, con aire serio y sin la menor sombra de malicia, con el solo objeto de ver, según decía, si la postura era incómoda. Roger afectaba sonreir, pero su frente estaba preñada de cólera. Lo comprendí así, é iba á advertir á Cecilia de su imprudencia; pero Eblis me lo impidió; dirigióse precipidamente hacia ella y le dijo á media voz y con vivacidad algunas palabras que me fué imposible percibir. Oí, sin embargo, á Cecilia responder distintamente:

—¡Siempre con lecciones!

—Esta vez muy merecida—replicó Eblis.

Cecilia pareció anonadada, y vaciló por un momento entre su angel y su diablo; volvió después con precipitación hacia la casa, apoyó cuidadosamente la muleta contra el banco, y arrancando una rama de jazmines de la enredadera que rodea la

ventana, se disponía á prenderla en la levita de Louvercy, diciendo con zalamería:

—Tomad, primo.

Roger le arrebató la rama de las manos y la tiró al suelo, murmurando con rabia:

—¡Sois una aturdida!

Y se levantó agitado; me saludó con una ligera inclinación, y se retiró.

Apenas hubo desaparecido, Cecilia juntó las manos y exclamó bajando la cabeza:

—¡Tengo momentos en que desearía morirme!

Y dejándose caer sobre el banco, ocultó el rostro entre sus manos y la oímos sollozar. Eblis cambió conmigo una mirada de inteligencia y una sonrisa; volviéndose luego á Cecilia:

—¡Cómo, señorita!—le dijo—no comprendo esa excesiva desesperación... Por tan poca cosa... ¡Por una niñería!.. Vamos—añadió recogiendo la rama de jazmines—¿quereis que lleve yo vuestro ramo en el ojal de mi levita?

Cecilia hizo llorando una señal de asentimiento; después, irguiendo un poco la cabeza, dijo sonriendo al señor de Eblis con los ojos bañados de lágrimas:

—¡Siempre un padre!

Nos alejamos algunos pasos para darla tiempo á que se repusiera. Los huéspedes de la señora de Louvercy paseaban formando grupos y conversando en voz baja, cual si estuvieran penetrados de la solemnidad del espectáculo que se extendía ante su vista. La noche era tibia y serena; la luna brillaba resplandeciente en el diáfano azul del firmamento, inundando el espacio con su tenue y misteriosa claridad, y sus rayos argentados rielaban sobre las tranquilas ondas del estanque, en cuyo centro los dos cisnes, blancos como la nieve, dormían inmóviles. El señor de Eblis y yo íbamos y veníamos, cambiando algunas palabras indiferentes, de la extremidad del estanque á los primeros árboles de la avenida, cuya frondosa enramada, en medio de tanta luz,

se elevaba sombría é imponente como una catedral á las altas horas de la noche.

—Una escena tan bella y apacible—dije al señor de Eblis después de un momento de silencio—debe formar un contraste singular con vuestros recuerdos de la vida de campaña.

Se detuvo sorprendido.

—¿Teneis, por ventura, el don de la doble vista, señorita?

—Apenas si tengo el don de la simple vista—le respondí riendo—porque soy míope... Pero ¿por qué me hacéis esa pregunta?

—Porque en este mismo instante mis recuerdos me trasportaban á una escena de mi vida militar, en una noche como ésta, menos bella, pero apacible también.

—¿Podría saber?..

Vaciló, suspiró é inclinándose ligeramente:

—Sí, por cierto—exclamó.—Me hallaba en Metz... La noche de que hablo, el 27 de

Octubre me confiaron la misión de comunicar algunas órdenes, cuyo sentido no me dejaba duda alguna respecto á la gravedad de nuestra situación... Debía, á toda costa, detener en su marcha á uno de nuestros regimientos, cuyo número he olvidado. Lo encontré, en efecto, y lo detuve... Me disponía á regresar, esperando sólo á que mi caballo se repusiera un tanto de la fatiga de la carrera... Nos encontrábamos entónces en una llanura, cerca de la aldea de Colombey, si no me equivoco; las terribles tormentas que se desencadenaron en estos días siniestros, habian cesado por algunas horas; la luna brillaba tranquila sobre las aguas que cubría la campiña. La imaginación tiene caprichos extraños. Hay, en verdad, poca analogía entre la escena risueña que nos rodea y aquellos pantanos desolados, y sin embargo, la luz de la luna, reflejándose sobre el agua, me los recordaba hace un instante... y esos hermosos cisnes que duermen en el estanque, me traían á la memoria los

dragones de mi escolta, inmóviles como ellos, con sus mantos blancos... El regimiento, esperando órdenes se mantenía en filas. Habían encendido una gran hoguera, en torno de la cual algunos oficiales hablaban en voz baja con aire triste... Rumores de capitulación corrían desde la víspera por el campamento... El coronel, hombre ya de edad madura y con el bigote blanco, paseaba á alguna distancia con visibles señales de agitación, y estrujando en su mano la órden que yo le había trasmitido. De repente se acercó á mí, y asiéndome de un brazo:

—«Capitan—me dijo con el acento de un hombre resuelto á provocar á otro mortalmente—¡dos palabras!... Venís del cuartel general... debéis saber mejor que yo lo que pasa... ¿Ha llegado, pues, el fin?

—«Así lo creo, mi coronel.»

—«¿Así lo creeis?.. ¿Cómo podéis creer semejante cosa?»

Soltó mi brazo con cierta violencia, dió

algunos pasos, y volviéndose bruscamente hacia mí, me miró con fijeza.

—«Prisioneros, ¿no es cierto?

—»Mucho me lo temo, mi coronel.»

Hubo un momento de silencio: permaneció inmóvil delante de mí en actitud de profunda reflexión; luego, irguiendo la cabeza, preguntó con voz temblorosa por la emoción:

—«¿Y las banderas?

—»Lo ignoro, mi coronel.

—»¡Ah! ¿Lo ignorais?»

Se alejó de nuevo, paseando solitario durante algunos minutos; después adelantándose hacia sus soldados, gritó con voz de mando:

—«¡La bandera!»

El alférez abanderado avanzó algunos pasos. El coronel empuñó la enseña con una mano, y levantando la otra en dirección á la banda de tambores:

—«¡Abran filas!»—gritó.

Los tambores batieron.

El coronel se acercó á la fogata con la bandera en alto: apoyó el asta en tierra, paseó una mirada por el grupo de los oficiales y se descubrió: todos le imitaron en medio de un religioso silencio. Tuvo entonces un momento de vacilación: ví temblar sus labios mientras sus ojos se hallaban fijos con expresión de mortal angustia en el glorioso y rasgado estandarte de seda, triste imagen de la patria. Decidióse al fin: hincó una rodilla en tierra, y depositó lentamente el águila en el fondo de la hoguera. Una llama brillante se elevó de repente, é iluminó con su vivo resplandor los pálidos semblantes de los oficiales. Algunos lloraban.

—«¡ Cierren filas!»—gritó el coronel.

Y por segunda vez resonó el lúgubre redoble de los tambores.

Volvió á ponerse su képis, y dirigiéndose á mí:

—«Capitán—me dijo con voz firme—cuando volváis al cuartel general no ten-

gáis el menor escrúpulo en referir lo que habeis visto!.. Adiós.

—»Mi coronel—le dije—¿me permitís que os abrace?»

Me abrió los brazos, y oprimiéndome con fuerza contra su pecho:

—«¡Hijo mío!—murmuró.—¡Hijo mío!»

Al llegar á ese punto de su relato, Eblis volvió el rostro, y creí oirle sollozar. No pude resistir al impulso de tenderle mi mano. Pareció sorprendido; la tomó entre las suyas y la estrechó con efusión.

—¿No es verdad, señorita, que comprendeis todo cuanto se sufre en momentos tales?

—Sí, comandante.

Y al querer retirar mi mano, la retuvo dulcemente.

—Si algo—añadió—pudiera hacerlos olvidar, sería un momento de felicidad como éste!

Callé, y retiré mi mano.

Caminábamos ambos en silencio.

—¿Queréis que regresemos?—dije al fin.

—Como gustéis, señorita.

Y regresamos.

Esto es todo lo ocurrido. Pero tratándose de un hombre tan reservado y tan leal, ¿esto sólo no es ya bastante? ¿No es mucho? ¿No lo es todo, en fin? Al recordar sus palabras, al leerlas escritas en estas páginas, me parecen insignificantes; pero el tono con que las pronunció, su acento profundo, tierno, apasionado, ¿nó era el de un corazón que se ofrece y se consagra? Así al menos lo creo; y si he de juzgar por mí misma, basta un momento semejante, uno solo, en que dos almas se tocan y se confunden en unión tan íntima, para que se pertenezcan por siempre la una á la otra en la tierra y en el cielo... ¡Dios mío, por piedad!.. ¡No permitáis que me equivoque!

IX

13 de Julio.

Desde hace algunos días, me ha faltado valor para tomar de nuevo la pluma. No acierto á explicarme lo que sucede; sin duda algún genio maléfico ha tocado el castillo con su varita mágica, turbando súbitamente todos los ánimos, agriando todos los caracteres y tastornando todos los corazones. Todos ¡ay! excepto el mío.

Los primeros síntomas de este brusco trastorno se manifestaron la noche misma que dejó en mí una impresión tan grata, y á juzgar por mis temores tan engañosa. Cuando me reuní á Cecilia debajo de las ventanas del salón después de separarme del señor de

Eblis, creí notar en ella cierto enfado, y la progunté la causa. Se hizo, como siempre, de rogar; pero viendo que yo insistía, me llevó bajo las lilas y me declaró con un tono de seriedad y amargura muy extraño en su boca que yo era una mala amiga, que desatendía por completo sus intereses, que hacía traición á su confianza, que me divertía á su costa, mientras ella permanecía suspensa entre sus dos pretendientes, en una situación penosa y ridícula á la vez. Bajé la cabeza ante el chubasco, reconociendo en mi interior que había merecido en parte sus reconvenciones por haberme ocupado, en efecto, de mis intereses más que de los suyos. Procuré calmarla lo mejor que pude, pretextando siempre la dificultad de la elección, y prometiéndola tener pronto con ella una conversación decisiva en la que trataría de fijar nuestra común irresolución.

Parece que en este mismo momento una querella mucho más grave estallaba entre el comandante Eblis y el señor de Louvercy.

¿Con qué motivo? Nadie ha podido decírmelo. Lo único que he logrado averiguar de la señora de Chagres, es que Louvercy, que se había retirado á sus habitaciones después de la escena con Cecilia, volvió á poco al patio y se unió á Eblis en el instante en que se separaba de mí, internándose ambos en la bóveda sombría de la avenida. Allí se empeñaron en una animada conversación, y según me dijo la señora de Chagres, la voz de Louvercy daba muestras de una cólera y un dolor casi insensatos. Se les vió en seguida atravesar el patio en silencio, sosteniendo Eblis á Louvercy, que caminaba con más dificultad que de costumbre. Pocos minutos después, llamaron apresuradamente á la señora de Louvercy para que asistiera á su hijo, acometido de un violento ataque de nervios, á consecuencia del cual ha estado dos ó tres días sin aparecer.

Eblis, por su parte, nos ha abandonado también durante el mismo intervalo: permanecía todo el día encerrado con su amigo,

ó paseando por el campo en su compañía, sin dejarse ver más que á las horas de comer. Se mostraba triste y silencioso; su actitud conmigo era de extremada reserva, su lenguaje de una frialdad excesiva y aun afectada. Si fuera posible imaginar que en la querella entre los dos amigos se habían ocupado de mí, y que Roger me había calumniado á los ojos de Eblis, me inclinaría á creerlo; pero semejante suposición es á todas luces inadmisible. Por lo demás, sea lo que quiera la causa de su altercado, ha desaparecido por completo sin dejar la menor huella. Su amistad es más íntima que nunca, hasta parece robustecida por algún nuevo vínculo; cambio sensible, sobre todo en la conducta de Roger, que en su trato con Eblis exhibe una cordialidad y complacencia desusadas, como si tuviera algo de que acusarse. Es, pues, evidente que la culpa es suya. Cuál sea ésta, me ha sido imposible averiguarlo.

Sospecho que la señora de Louvercy tiene

conocimiento de todo, porque está más pensativa que de ordinario. Por contagio, sin duda, mi abuela se muestra preocupada también, y hasta los mismos señores de Valnesse y sus hermanas meditan solitarios por los rincones.

Por lo que á mí toca, es difícil que me engañe respecto á la naturaleza de mis sentimientos.—Volé al cielo, me remonté á los astros; pero de repente me han cortado las alas, y he caído desplomada en tierra. Me esfuerzo por olvidar la radiante aparición de un momento; pero no puedo conseguirlo, y temo que no lo conseguiré jamás.

X

22 de Julio.

¡ Dios mío ! ¿sería infundada mi desesperación? Después de la borrasca misteriosa de estos últimos días, todo vuelve á su cauce natural. Eblis debió experimentar una viva contrariedad, á la que no le fué dado al principio hacerse superior, y á cuya influencia ha logrado al fin sustraerse no sin dificultad. Desvanecida la nube, ha recobrado poco á poco su libertad de acción, reanudando al propio tiempo conmigo sus conferencias íntimas, aunque le noto siempre que se encuentra á mi lado cierta tristeza y circunspección. Bajo su exterior grave oculta, sin embargo, un gran fondo de jovialidad, que

sólo Cecilia posee el secreto de excitar. Su carácter fantástico y bullicioso, arrebatado y aturdido, le interesa y le divierte, complaciéndose en los caprichos, las extravagancias y las travesuras llenas de gracia y buen humor á que se entrega tan á menudo, y que á veces merecen su desaprobación.

Ayer mañana, por ejemplo, Cecilia resolvió probar su escopeta y ensayar su destreza en la caza en el bosque que se extiende á continuación del parque. La acompañamos todos, y Eblis se encargó de dirigir esta expedición peligrosa. Los conejos corrían por el bosque como ratones en un granero. Creo excusado decir que Cecilia no mató ninguno, pero que en cambio estuvo á punto de estropear á los señores de Valnesse, que se apresuraban á trepar á los árboles en cuanto la veían apuntar.

Al regresar de esta batida infructuosa, siguiendo un estrecho sendero que costea el bosque, Cecilia divisó de pronto en medio

del camino, y delante de la empalizada de una majada, un cántaro de greda de los que sirven para ordeñar las vacas.

—¡Mirad—dijo—un cántaro paseándose solo por allá abajo!

Despechada por el mal éxito de su expedición contra los conejos, tuvo de repente la triunfante idea de tomarse la revancha en aquel desdichado cántaro: se echó la escopeta á la cara, y disparó.

—¡Muerto!—gritó.

Y en efecto, el cántaro rodó hecho pedazos, dejando escapar á borbotones un arroyo de leche. En el mismo instante, la lechera, que no habíamos visto al principio por hallarse ocupada en cerrar la empalizada, apareció bruscamente en medio del camino. Era una aldeana de unos diez años, cuyos cabellos dorados estaban cubiertos por una especie de gorra blanca. Al ver el desastre del cántaro, la pobre muchacha agitó los brazos con un movimiento de profunda consternación, y después de una pausa de mudo

estupor, rompió en gritos y en lágrimas, murmurando con voz entrecortada por los sollozos, que su madre la castigaría por la pérdida del cántaro.

—¡Eso no, hija mía, no te apures!—le dijo Cecilia—voy á pagarte la leche.

Y diciendo esto, se adelantó con paso precipitado; y observando entonces que el fondo del cántaro roto contenía aún bastante cantidad de leche:

—¡Magnífico!—dijo.—¡Tengo una sed devoradora!

Se inclinó, levantó con precaución el fondo del cántaro, lo acercó á sus labios y bebió con avidez; después se detuvo algunos instantes para cobrar aliento, y notando el aire de admiración con que la mirábamos todos, porque estaba encantadora con su fragmento de cántaro en la mano, exclamo sonriendo:

—¡Delicioso!

Y se puso á beber de nuevo. Saciada su sed, quedaba todavía leche en el tejo.

—¿Quién quiere?—preguntó.

El señor de Valnesse, moreno, asió el tejo con entusiasmo y humedeció sus labios.

—¡Veinte francos!—dijo Cecilia.

El jóven sacó riendo su porta-monedas, y le entregó un luis. El señor de Valnesse, rubio, bebió á su vez.

—¡Veinte francos!—repitió Cecilia.—¡Ahora vos, comandate!—dijo en seguida á Eblis, que no parecía dispuesto á beber.

—Perdonad, señorita—dijo—no me gusta la leche... pero tomad mis veinte francos.

Cecilia puso en seguida los tres luises en la mano de la rubia lechera.

—Toma, angel mío—la dijo—no llores más...

Y la besó con estrépito en los carrillos.

Continuamos nuestro camino. Cecilia estaba un tanto pensativa.

—Vamos, comandante—dijo al cabo de algunos minutos—¿por qué no habéis querido beber?

—Señorita, ya he tenido el honor de de-

ciros hace un momento que no me gusta la leche.

—¡No mintáis! Decid que habéis querido darme una nueva lección. Por lo demás, no os guardo rencor alguno... no, de veras... estoy convencida de que gano mucho en vuestra compañía, comandante... ¡Algún tiempo más de este régimen disciplinario, y saldré hecha una alhaja!

Había en esta chanza más verdad de lo que ella sospechaba. Profesa un respeto particular al señor de Eblis, y se mira mucho cuando se encuentra en su presencia. A pesar suyo le consulta con la vista sobre cuanto hace, y con frecuencia se detiene aturdida en medio de sus travesuras cuando descubre en su semblante la más leve señal de desaprobación; al tascar el freno, reconoce y obedece la mano de su señor. En suma, sufre como los demás, aunque en mayor grado, la autoridad de este carácter firme y dulce, de esta alma elevada y algo desdeñosa. El trato de Eblis, si Cecilia su-

piera aprovecharse de él con fruto, sería para ella en extremo saludable. Fuera del comandante y yo, no conozco á nadie en el mundo que ejerza semejante imperio sobre ella. ¡Ah! Si alguna vez el sueño que he acariciado por un momento se realizara, esta criatura adorable, rodeada sin cesar de los cuidados de nuestra amistad y de nuestra mutua influencia, llegaría á ser, en efecto, como ella misma ha dicho, una verdadera alhaja... ¡la más preciosa de las alhajas!

XI

26 de Julio.

Estoy aún trémula, consternada, por la conversación que acabo de tener con Cecilia. Sensible á las reconvenciones que me dirigió el otro día, reanudé con nuevo celo mis estudios y observaciones sobre los méritos relativos de los señores de Valnesse. Después de madura reflexión, fijé mi preferencia en Renato, que me parece de carácter menos frívolo y de inteligencia más cultivada que su primo Enrique. Terminado el almuerzo, dije con misterio á Cecilia que tenía que hablarla.

—¿De veras?—me respondió con sequedad.—¿Y de qué?

—De lo que tanto te interesa.

—Te aseguro que nada me interesa demasiado... Pero en fin, veamos.

Algo sorprendida de este brusco principio, la conduje bajo los abetos del parque.

—¡Mi querida Cecilia—la dije—al fin he hecho mi elección!

—¡Pues no te has tomado tiempo que digamos!

—Tanto mejor, porque la elección será más acertada.

Le referí entonces mis largas vacilaciones, y le enumeré los argumentos que, en mi opinión, inclinaban la balanza en favor de Renato.

Me escuchó sin interrumpirme con una expresión singular, con los labios contraídos, la mirada vaga y errante, y golpeando los troncos de los árboles con el extremo de su sombrilla.

—Es una desgracia—me dijo cuando hube concluido—pero yo prefiero al otro.

—¿A qué otro?

—La cosa es clara... á Enrique.

—La desgracia no es grande, querida... porque, como te he dicho varias veces, no veo entre estos señores más que diferencias apénas perceptibles, matices insignificantes, y es evidente que en esta igualdad de cualidades y de méritos tu gusto personal es el único que debe pronunciar y decidir.

—En ese caso—repuso Cecilia—¿te casarás con Renato?

—No se trata de mí.

—Pero en fin, ¿te casarías con él si fueras libre?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no le amo.

—¡Es decir que no le consideras digno de tí, aunque bastante bueno para mí!

—Querida mía—repliqué con calma—aplazaremos, si gustas, nuestra conversación hasta que te encuentres de mejor temple.

—¡No... no!—exclamó agitando su som-

brilla—pero es verdaderamente una cosa increíble, ofensiva, irritante, el furor que os ha entrado á todos por desembarazaros de mí... mi padre... mi tía.... ¡tú, en fin!.. Pero no soy vuestra esclava; no se casa á las gentes á la fuerza... y te lo digo claro, muy claro, como se lo repetiré á mi padre y á mi tía: ¡no quiero casarme!

—La cosa es muy fácil—le respondí.

—¡Preferiría mil veces volver al convento!

—Perdóname; pero no es en el convento donde deberías entrar, sino en una casa de locos...

E hice un movimiento para alejarme; porque mi paciencia, aunque grande, tocaba á su fin. Cecilia me detuvo por un brazo.

—¡Carlota... no me abandones... soy tan desgraciada!

Y con su ternura habitual, se abrazó á mi cuello llorando.

Yo era presa de una consternación profunda, porque la exclamación de Cecilia,

«¡soy tan desgraciada!» había arrojado en mi espíritu un rayo de luz siniestra.

—Vamos—murmuré entre las caricias que le prodigaba—¿qué te pasa?.. ¿qué tienes?

Me respondió sacudiendo la cabeza y balbuceando palabras entrecortadas:

—Nada... no es nada... no sé... no sé...

Cuando la ví un tanto repuesta, la apremié de nuevo con preguntas; me miraba por intervalos fijamente, como si estuviera á punto de confiarme algún secreto; después, suspiraba y guardaba silencio.

Por último, me explicó lo mejor que pudo su desorden y emoción. Según me declaró, mientras había contemplado el matrimonio en lontananza, lo había mirado con la indiferencia de una niña; pero á medida que se le ofrecía en una perspectiva cada vez más próxima, comenzaba á comprender toda su gravedad, y retrocedía ante una resolución de que dependería la felicidad ó la desgracia de su vida. Concluyó suplicándome

que la concediera aún algunos días para reflexionar.

La hice presente que sometía á los señores de Valnesse á una prueba demasiado larga, y que si permanecía por más tiempo indecisa, era de temer que sus dos pretendientes, desalentados, partieran el mejor día.

—Si parten, ¡buen viaje!—dijo Cecilia.

Regresamos al castillo, y corrí á encerrarme en mi cuarto; deseaba estar sola para calmar mi agitación é introducir el orden en mis ideas.—No acierto á conseguirlo: mi frente arde, y mi corazón parece próximo á estallar... No puedo hacerme ilusiones respecto á los sentimientos de Cecilia; sólo hay una manera de interpretar su indiferencia con los señores de Valnesse; sus palabras, su silencio, sus lágrimas... Ama, ó cree amar á Eblis. ¡Hé aquí su secreto!.. ¡Dios mío!.. ¿Será posible? De todos los dolores que pueden afligirme, de todas las desgracias que mi imaginación puede con-

cebir, ésta sería sin duda la más acerba. ¡Una rivalidad del corazón; una lucha de celos entre Cecilia y yo!.. ¡Un combate que tendría que sacrificar á la más tierna amistad, ó el amor más querido!.. ¡Qué prueba! ¡Y no me queda siquiera el recurso de rogar á Dios que me evite este tormento cruel... es inevitable... existe ya!

En vano me esfuerzo por elevar mis pensamientos; no me es posible abrigar el deseo de que otra persona comparta conmigo su amor... ¡No, no es posible!.. Todo cuanto me es dado hacer y lo que estoy resuelta á llevar á cabo, recurriendo para ello á toda la energía de mi voluntad, es emplear en esta triste lucha una rectitud y una lealtad irreprochables: no pronunciar ni una sola palabra que pueda rebajar á Cecilia, ni ninguna tampoco que pueda realzarme á los ojos del hombre que amo; aguardar, en fin, con el corazón desgarrado, pero con la conciencia tranquila, á que él elija entre las dos... Si me eligiera á mí, Cecilia sufriría

sin duda cruelmente; pero la conozco lo bastante para estar envanecida de que con su carácter afectuoso, pero frívolo, llegaría por último á consolarse... ¡Yo no me consolaría jamás!

Desde el primer momento, Eblis me atestiguó su preferencia. Una mujer no se equivoca fácilmente en estas cosas: mi abuela se apercibió también, y además, sin tratar en lo más mínimo de lisonjearme, estoy persuadida de que hay entre nuestros dos caracteres más semejanza y armonía. Después de aquella noche memorable en que nos comprendimos tan bien, lo he encontrado más frío, más reservado conmigo, es verdad; pero parecía hallarse bajo el dominio de una influencia extraña. Ha mostrado también mayor solicitud, ó mejor dicho, mayor curiosidad por Cecilia; pero creo que le divierte más que le interesa... Sin embargo, ¿quién sabe?.. ¡Ah! ¡Mi querida Cecilia! ¡Si supieras el daño que me has hecho!

Me llaman para el acostumbrado paseo de la tarde. Eblis nos acompaña. Ahora que mis ojos están abiertos á la luz, la menor circunstancia, el detalle más insignificante, pueden ser una revelación decisiva...

XII

El mismo día por la noche.

Durante el paseo ha ocurrido una aventura singular á Cecilia.

A las dos subimos al coche para hacer una visita al cura de Louvercy, que tenía preparada una partida de pesca. Su presbiterio, contiguo á la iglesia, está situado á algunos kilómetros del castillo, á orillas de un riachuelo que es, si no me engaño, un afluente del Eure. La mitad de la banda se instaló en el jardín del presbiterio, que avanza en el río formando una lengua de tierra, y se dispuso á pescar. El señor de Eblis, la señora de Chagres, su marido y yo, permanecimos

en el cementerio, que es uno de los más lindos que sea posible imaginar. La iglesia misma, perdida entre los árboles, es un precioso monumento del siglo XV, cuyo pórtico y ventanas ojivales son obras maestras de cincelado. Eblis se propuso copiarlas. Nos trajeron sillas y formamos un grupo á su alrededor vigilando su trabajo, y admirando al mismo tiempo los efectos de la luz en las aguas y el follaje; porque la tarde era magnífica. Al final del camino que se extiende á uno de los lados del cementerio, hay un viejo puente de madera sobre el río, y enfrente, en la orilla opuesta, una colina de rocas coronada de verdura. Contemplábamos el paisaje que se ofrecía á nuestra vista sentados á la sombra de un añoso pino, que bajo los rayos del sol despedía un fuerte olor á resina.

Al poco rato vimos aparecer á Cecilia, aburrida pronto de la pesca, y quizá también de la ausencia de Eblis. Comenzó á agitarse y revolotear en torno suyo como

una mariposa, y después se puso á recorrer el cementerio leyendo los epitafios en alta voz. Pero había algo que atraía sobre todo su atención, y que no tardó en absorberla por completo, alguien sin duda acababa de morir en el pueblo, pues habían cavado en medio del cementerio una gran fosa, que debía tal vez ocuparse á la mañana siguiente. Esta fosa vacía despertó en un grado extraordinario el interés de Cecilia; después de acercarse á ella varias veces con una mezcla de curiosidad é inquietud, fué poco á poco cobrando valor, y por último concibió el deseo de ver el fondo. Pero la empresa era difícil, porque al borde de la tumba había un montón de escombros y güijarros retirados al excavar, y que se hundían bajo los piés. Firme en su idea, y con objeto de asomarse á la fosa sin peligro, se asió fuertemente con una mano á las ramas de un ciprés plantado en un montecillo inmediato, y apoyándose con la otra en su sombrilla, la vimos inclinar su busto deli-

cado y mirar la fosa con ojos ávidos. Eblis levantó de pronto la cabeza; sorprendió de una ojeada aquella escena extraña, iluminada por un sol ardiente de verano, aquél talle esbelto y flexible, suspendido sobre aquella siniestra sepultura, aquel rostro fresco y sonrosado, medio risueño, medio aterrado; volvió con rapidez la hoja de su album como para estampar aquel recuerdo en una de sus páginas; pero levantándose precipitadamente:

—¡Cuidado, señorita! —gritó. —¡Dios mío, ved lo que hacéis!

Nos levantamos todos movidos por un mismo impulso. El ciprés á que Cecilia estaba asida con una mano tenía las raíces medio tronchadas por el trabajo de excavación de la fosa, y cedía lentamente al peso de Cecilia; al mismo tiempo los escombros se hundían bajo sus plantas... Perdió el equilibrio, echó los brazos al aire, lanzó un grito y desapareció en el fondo de la fosa.

Corrimos todos en su socorro, penetrados

de un sentimiento imposible de describir. Un frío glacial se apoderó de todo mi cuerpo. Llegamos apresuradamente: Cecilia se había levantado, y estaba de pié en el fondo de la fosa con los cabellos sueltos, inmóvil, horrorizada y mirándonos con una sonrisa de loca.

Los señores de Valnesse habían acudido también precipitadamente al grito lanzado por Cecilia. Todos emitían en desorden su parecer para sacarla de aquella horrible tumba. La tendíamos las manos; pero la profundidad de la fosa hacía inútil esta tentativa. Unos pedían cuerdas, otros sillas, otros una escala: entre tanto Cecilia era presa de una exaltación nerviosa, que de prolongarse más tiempo hubiera podido tener consecuencias fatales.

La voz firme é imperiosa de Eblis impuso á todos silencio.

Nos apartó con un ademán.

—Vamos, señorita,—dijo sonriendo— no os apuréis... esto no vale nada... un poco

de serenidad y demin de un tronuto estaréis en salvo... Soy un gran gimnasta, como vais á ver... ¡Atención! Dejad que pase mis manos por debajo de vuestros brazos.

Se arrodilló sobre el borde de la fosa: levantó á Cecilia por los hombros sonriéndola y animándola con la mirada, é irguiéndose poco á poco la hizo tomar pié en tierra. En este momento Cecilia se sintió desfallecer, sus ojos se cerraron, y cayó insensible en sus brazos, pálida como una muerta y con los labios entreabiertos.

—Debemos evitar que se encuentre en este sitio cuando vuelva en sí—dijo Eblis. —Voy á conducirla al huerto...

Y salió del cementerio sosteniendo contra su pecho á Cecilia desmayada; abrimos delante de él la puerta de la empalizada del huerto: en el instante en que se inclinaba para depositar suavemente sobre la hierba su preciosa carga, Cecilia abrió los ojos, le miró por un momento sin darse cuenta de lo que le pasaba, pero evocando de repen-

te sus recuerdos, y sonriendo al señor de Eblis:

—¡Siempre un padre!—murmuró.

Y volvió á cerrar los ojos, desmayándose de nuevo.

Trajeron agua: humedecí sus sienes, aflojé un poco su corsé, y no tardó en recobrar el sentido.—Un cuarto de hora después volvíamos al castillo. Por el camino afectamos todos echar la aventura á broma, riendo con estrépito; pero sin lograr disipar por completo la impresión supersticiosa que había dejado en el ánimo de Cecilia, que al esforzarse por reir con nosotros, permanecía muy pálida y pensativa.

Quizá deba su dicha á este lúgubre incidente. Me encontraba al lado de Eblis cuando conducía á Cecilia en sus brazos, y pude observar la expresión de su rostro, inclinado sobre aquella linda cabeza: ví retratarse en él, no sólo la simpatía y el interés, sino la más tierna admiración... Hay, sin duda, en la debilidad misma de esta criatura delica-

da, que tiene á cada momento necesidad de protección, un atractivo poderoso para un alma grande.

—¡Ah, Cecilia! ¡La Providencia se declara en tu favor!

XIII

30 de Julio.

No ha ocurrido ningún nuevo incidente. Cecilia se halla cada vez más bajo el yugo fascinador de Eblis: todos empiezan á apercibirse. En cuanto á él, no sé qué pensar Es para mí un enigma. Hay, sin duda, en su conducta con Cecilia curiosidad excitada, interés vivo, ternura y aun afecto; pero ningún sentimiento apasionado; nada, si me atrevo á decirlo así, que valga lo que una de esas miradas que en otro tiempo veía fijas en mí, y que todavía me parece sorprender de vez en cuando. Su misma voz, al dirigirme la palabra, tiene inflexiones

singulares, de que carece cuando habla con Cecilia... ¿Qué pasa en su corazón?

Me paseaba esta mañana por el parque haciéndome esta pregunta, y al hacérmela confieso que lloraba. No tengo las lágrimas muy fáciles; pero esta agitación incesante y contenida de que soy presa; esta rivalidad sorda con mi mejor amiga; estos combates interiores entre mi conciencia y mi deber, entre mi pasión y mi amistad; este martirio, en fin, me produce una excitación nerviosa insoportable. Al doblar la solitaria alameda donde me paseaba, ví aparecer de pronto á la señora de Louvercy con su pañuelo en la mano; y al enjugar mis lágrimas con precipitación, creí sorprender en ella el mismo movimiento. Acababa de llorar también, y no pudo reponerse tan fácilmente como yo.

—Hija mía—me dijo—me sorprendéis en un momento de gran desconsuelo.

—¿Está peor Roger?—la pregunté.

—Físicamente, no... pero su estado moral

me desespera... Durante algunos días, desde que consintió en distraerse un poco en nuestra compañía, abrigué la esperanza de que mejorara su condición; pero me engañaba... por el contrario, estoy convencida de que su vuelta al mundo ha servido sólo para hacerle sentir con mayor intensidad el rigor de sus desgracias, y ha exacerbado su infortunio, su humillación... Hay momentos en que tiene exaltaciones de demente, furores de ángel caído, que me asustan como madre y me espantan como cristiana... ¡Ah! ¡Hija mía—añadió tomando mis manos entre las suyas—contra semejantes desdichas no hay más recurso que Dios!.. ¡Pero mi hijo no cree en Dios, ó lo que es peor, está reñido con Él! Huye de la iglesia como un leproso... Estoy segura de que si rezara una sola vez se sentiría aliviado, ya que no consolado... Pero no quiere... me ama mucho, y sin embargo no he podido conseguir que rece... me he arrojado á sus piés... ¡todo inútil!..

Y la pobre señora dió libre curso a sus lágrimas. Guardamos silencio y nos miramos mutuámente con expresión de dolor, hallando cierto alivio secreto al pesar que aquejaba nuestros corazones.

XIV

1.º de Agosto.

Esta fecha hará época en mi vida.

Como de algún tiempo á esta parte reina poca animación en el castillo, no había preparada ninguna excursión para hoy, permaneciendo todos encerrados en sus habitaciones ó conversando en el salón. Después de escribir las líneas que preceden, tuve la idea de volver á la solitaria alameda donde encontré á la señora de Louvercy, para reanudar mis melancólicas meditaciones, interrumpidas por su presencia. Iba á internarme en ella cuando oí á mi espalda pasos precipitados, y al volverme me encontré con el señor de Eblis.

—Perdonad, señorita—me dijo con aire de profunda gravedad—¿queréis dispensarme el honor de concederme algunos minutos de entrevista?

A estas palabras, mi corazón se detuvo de repente; y cuando comenzó de nuevo á latir, la sacudida fué tan violenta que creí morir. Comprendí que había llegado el momento en que iba á decidirse mi destino.

—Caballero—respondí disimulando, aunque mal, mi turbación—os escucho.

Eblis me pareció también muy conmovido; caminaba á mi lado en silencio.

—Señorita—exclamó al fin—mi indiscreción os parecerá, sin duda, grande; pero al menos os probará la profunda y respetuosa confianza que me inspiráis, porque voy á haceros árbitro de la felicidad ó la desgracia de mi existencia... Os encontráis en condiciones de conocer mejor que nadie á la señorita Cecilia de Stele; sois amigas de la infancia y habéis sido condiscípulas en el convento...

—En efecto, caballero.

—Habéis tenido, por lo tanto, ocasión de juzgar y estudiar á fondo su carácter, sus inclinaciones... Antes de ofrecerle mi mano, de consagrarle mi vida, ¿me será lícito preguntaros vuestra opinión respecto á Cecilia?

—Mi opinión respecto á Cecilia, caballero, es altamente favorable.

—Ya comprenderéis, señorita, que no hay nada de trivial en mis preguntas y desearía por lo mismo que no hubiera tampoco nada de trivial en vuestras respuestas... La señorita de Stele es una jóven encantadora, llena de gracia y seducción, brillante, distinguida, lo sé... pero su carácter es algo extravagante: me admira, me asusta un poco, lo confieso... Acudo, pues, á vos, que habéis debido penetrar los misterios de su carácter, para que me digáis lo que debo esperar ó temer.

—Cecilia, caballero, no ha conocido á su madre; su padre se ha encargado de su educación, y como es su hija única la ha mi-

mado quizá demasiado... Esta circunstancia explica las desigualdades de su genio, los caprichos, las extravagancias que hayan podido chocaros en ella. Pero tiene un corazón excelente: es la más cariñosa, la más fiel y constante de las amigas, y confío, por lo tanto, en que será la más cariñosa, la más fiel y constante de las esposas, á condición sin embargo, de que sepan guiarla y de que ame á su guía.

—¿Y creéis que pueda amar á un hombre de carácter tan opuesto al suyo como el mío, y cuya seriedad casi austera forma un contraste tan vivo con su ligereza, al menos aparente?.. ¿No me respondeis?..

— Perdonad; vacilaba buscando palabras con que expresarme... no mi pensamiento, que jamás vacila... Creo, caballero, que si hay alguien capaz de dominar á Cecilia, de corregirla de sus ligeros defectos, de desarrollar sus grandes cualidades, de hacer de ella, en fin, una mujer buena, fiel y dichosa, sois vos.

Hizo una profunda reverencia.

—En fin—dijo después de una pausa—¿amáis mucho á Cecilia, no es verdad?

—Mucho.

—Ese es para mí su mejor elogio... Gracias, señorita, mil gracias... le recibo de vos con absoluta confianza.

Nos encontrábamos cerca del castillo: el señor de Eblis regresó después de darme de nuevo las gracias con el ademán y la mirada; cuando le hube perdido de vista, me senté sobre uno de los bancos de la alameda, porque después de mantenerme firme durante esta entrevista por un esfuerzo de valor y de orgullo, sentí que mis fuerzas me abandonaban y que la tierra faltaba á mis plantas.

Todo había concluído para mí; desde este instante quedaba rota mi existencia; mi corazón de veinte años acababa de recibir una herida incurable.

¿Cómo comprender en un hombre de honor y de tacto tan exquisito un paso se-

mejante? ¿Qué impulso maligno, qué refinamiento bárbaro ha podido inspirárselo? Renuncio á averiguarlo.

¿Tenía conciencia del suplicio horrible á que me sometía? Lo ignoro.

Desde sus primeras palabras, desde que recibí el primer golpe, no abrigué más que un solo deseo: el de salvar á sus ojos mi dignidad de mujer y dominar el movimiento de celos que hubiera podido impulsarme á calumniar á Cecilia. Tal vez esta preocupación fué exagerada, y me llevó en el elogio más allá de mi pensamiento y de la verdad; pero el exceso en este sentido era preferible al extremo contrario.

No habian terminado todavía mis pruebas de la jornada. En cuanto pude sostenerme en pié, me puse en marcha procurando calmar mi agitación. Caminaba sin saber adonde... Atravesaba una de las principales avenidas del parque, cuando el ruido de un carruaje me hizo volver la cabeza, y ví á Roger de Louvercy en su carretón. Iba solo,

pues á pesar de las súplicas de su madre se niega siempre á que le acompañe un criado, siguiendo su manía de rechazar toda ayuda extraña, excepto en caso de absoluta necesidad.

Marchaba con rapidez, según su costumbre: al verme moderó con dificultad el paso de su caballo, que parecía muy fogoso; después, haciendo un esfuerzo hasta obligarlo á levantarse de manos, lo detuvo bruscamente á dos pasos de mí.

—¿Queréis pasear, señorita?—me dijo con su sonrisa siempre amarga é irónica.

—No, gracias.

—Vamos, sed franca; ¿os asusta mi caballo, ó yo?

—Ni el uno ni el otro.

—En ese caso concededme el placer de vuestra compañía.

—No me parece decoroso, caballero...

—¡Bah! ¡Decoroso!..—respondió sacudiendo la cabeza.—¡Por desgracia, conmigo todo está bien!.. Además, no saldremos

del bosque... ¡Vamos! ¿No queréis?.. ¡Decididamente os causo horror!

Ví redoblar su palidez y la tristeza habitual de su rostro, y no pude reprimir un sentimiento de lástima. Además, en aquel momento me convenía cualquier distracción, y por último, en el estado en que me hallaba todo me era indiferente.

—Si no se trata—le dije—más que de un paseo por el parque, consiento.

Subí entonces al carretón no sin dificultad, porque el caballo, un potro de pura raza, negro como el azabache, se encabritaba á cada momento, logrando á duras penas Louvercy contenerle con su única mano útil, y partimos á escape.

—Habéis errado vuestra vocación, señorita—me dijo Louvercy sonriendo.

—¿Qué queréis decir?

—Que habéis nacido para Hermana de la Caridad... Había una en el hospital de Orleans cuando estuve en él, que se parecía mucho á vos... La primera vez que os ví me

sorprendió la semejanza... No era, sin embargo, tan bella... ¿Sois acaso de orígen criollo?

—No, soy parisién... ¿Y os cuidó mucho vuestra Hermana de la Caridad?

—Demasiado—respondió suspirando.

—¿Demasiado?..

—Sí; ¿por qué esforzarse en conservar una existencia que había de ser una carga enojosa para mí y para las personas que me rodean?

—Permitidme, caballero, que os diga que me parecéis algo injusto con la Providencia. Es cierto que os ha tratado cruelmente; pero ¿no os mostráis ingrato con ella por los consuelos que os ha dejado, y de que carecen tantos infelices?

—¿Qué consuelos?

—Vuestra madre, en primer lugar, su incomparable ternura; después, los cuidados de una amistad tan entrañable y tan rara; el estudio, en fin, el ocio necesario para entregaros á él, los goces que propor-

ciona, la consideración que promete...

—Sí—replicó con amargura—todo eso sirve sólo para impedir que me vue va loco... Y sin embargo, hay momentos en que creo estarlo... ¡en que lo estoy realmente!..

Guardó silencio durante algunos segundos, sacudiendo distraído las riendas y atormentando la boca de su caballo, sin advertir que el animal comenzaba á impacientarse.

—¿Habéis visto esta mañana á Eblis?—me preguntó de pronto.

—Sí. Acabábamos de separarnos cuando me encontrásteis.

—¡Ah! ¡Qué cumplido caballero! ¿No es verdad?

Hice una ligera inclinación de cabeza en señal de asentimiento, y me miró sorprendido.

—Estáis muy pálida, señorita... ¿Qué tenéis?.. ¿Os sentís mal?

—No.

Vagaba por sus labios una sonrisa ma-

ligna, y como á propósito sacudió de nuevo las riendas de su caballo, que acabó de encabritarse y partió desbocado... En su carrera furiosa y desordenada, estuvo á punto de estrellarnos contra las barras de la avenida; giró violentamente á la derecha, y se lanzó á todo escape por un camino que conducía á un lavadero en la orilla del río, muy escarpada en este sitio.

Roger se esforzaba inútilmente por calmar su caballo con la voz y el ademán: corríamos con la rapidez del viento; los árboles desfilaban como fantasmas á nuestro paso; sentía apoderarse de mí el vértigo; tocábamos á la extremidad del camino, y divisábamos ya el reflejo del sol en las aguas...

Louvercy se volvió hacia mí.

—Señorita Carlota—me dijo friamente, con la mirada salvaje que lanza en sus arranques de frenética desesperación—¿tenéis en mucho la vida?

A decir verdad no tenía en mucho la vida

en aquel momento; y así se lo dió á entender una ligera contracción de mi rostro.

—No importa—repuso.—¡Sería lástima!

No sé si posee algún secreto para domar su caballo, y al que no había querido recurrir hasta entonces; pero de repente, con algunas palabras acompañadas de ligeros movimientos de brida, el animal se sosegó y se puso á un paso moderado; y evitando la orilla del río, nos internamos por otro camino en distinta dirección.

Louvercy, cuya sangre fría no pude menos de admirar en medio del peligro inminente que habíamos corrido, me dijo con acento reposado:

—Que yo tenga en poco la vida, se comprende; ¡pero vos!.. ¡Es muy extraño!

—Muy extraño, en efecto—repetí sonriendo.

—¿Pesares de amor tal vez?—añadió con tono de punzante ironía.

Y después de una pausa:

—¡Tan bella y desdeñada!..

—Caballero—repuse con viveza—vuestra desgracia os concede grandes privilegios pero no creo que os dé el derecho de insultar á una dama.

—¿No os he dicho que estaba loco?

—Ya lo veo, por desgracia, caballero; pero debíais haberme prevenido.

Guardó silencio durante un largo intervalo, mordiéndose los labios con tal violencia que me pareció verlos teñirse en sangre.

—Señorita—dijo al fin con voz conmovida—reconozco que soy indigno del honor que me habéis dispensado, y os pido humildemente perdón.

—Está bien, caballero... Regresemos.

Me apercibí entonces de que nos habíamos alejado demasiado, porque á través de los árboles se divisaba la pequeña iglesia de Louvercy.

—¡Regresemos!—repitió tristemente.—Pero, ¡Dios mío¡—añadió—¿regresaremos reñidos, en abierta enemistad?.. Vamos, señorita, ¿creéis que haya algo en el mundo

que un desdichado como yo pueda hacer para probaros su profundo respeto y borrar el recuerdo de una palabra odiosa?

Me asaltó una idea súbita: recordé cuanto la señora de Louvercy me había dicho de dōlor que la causaba la rebelde impiedad de su hijo... ví la iglesia del pueblo á algunos pasos de distancia...

—Sí— le respondí —podéis hacer una cosa que os devolverá mi estimación, y quizá mi amistad... Venid á la iglesia á orar conmigo.

Su frente se nubló; pero exclamó sin embargo con voz dulce:

—¿Mi madre os ha hablado tal vez?..

—Sí.

—¿Deseáis que os acompañe?

—Sí.

—¡Vamos, pues!

A los pocos minutos llegamos al jardín del presbiterio, contiguo á la iglesia, y en el que trabajaba el criado del cura, que le vantó la cabeza al sentir el ruido de pasos;

Louvercy lo llamó y le confió su caballo. Descendí del carretón, y ayudé á bajar á Roger; penetramos en el cementerio, y franqueamos el pórtico ojival de la iglesia con gran sorpresa del criado, que no tenía costumbre de ver al señor de Louvercy por aquellos parajes.

El interior de la iglesia es muy sencillo y consiste en una nave blanca y desnuda. Yo precedía á Louvercy, cuya muleta resonaba sobre las losas bajo la bóveda. Atravesamos dos filas de sillas, y llegamos al sitio reservado á la señora de Louvercy. Le indiqué una silla de tijera cubierta con un cojín, y le dije en voz baja:

—El sitio de vuestra madre.

Le sostuve del brazo mientras se arrodillaba, dejándose guiar con la pasiva obediencia de un niño. Apoyó la cabeza en su mano, y me arrodillé á su lado. Mientras oraba por los dos con todo el fervor de mi alma, su corazón cedió á la profunda emoción que lo embargaba, y lo oí sollozar.

Cuando nos levantamos, me dijo mostrándome su rostro inundado de lágrimas:

—¡Ved lo que hacéis de un soldado!

—¡Estáis perdonado!—le respondí tendiéndole la mano.

Nos pusimos en seguida en marcha de buen humor, aunque sin bullicio. Calmada su emoción, mostró cierta alegría desusada en él, interpelando á los campesinos que encontrábamos al paso, informándose de sus asuntos, y refiriéndome con interés su historia. Por lo demás, yo no ignoraba que su misantropía no le impide hacer mucho bien en el país, donde es muy querido.

Apenas entramos en el parque, divisamos al volver en una alameda tres personas caminando lentamente: la señora de Louvercy, Eblis y Cecilia. Se sorprendieron al verme en compañía de Roger.

—Madre mía—exclamó éste sonriendo—me propuse robar á la señorita de Erra, y ha sido ella la que me ha robado á mí... ¿y sabéis adonde me ha conducido?.. No; no

podéis sospecharlo... Vamos, quiero proporcionarle el placer de anunciároslo.

Salté á tierra: llevé aparte á la señora de Louvercy, que nos miraba perpleja, y le dije al oído:

—Lo he llevado conmigo á la iglesia... ¡y ha rezado!

Lanzó un grito.

—¡Ah! ¡hija mía!..—murmuró estrechándome contra su corazón.

Y después de una pausa y un suspiro:

—Todas las dichas vienen á un tiempo... porque supongo que sabéis que Cecilia...

Y me la mostró en compañía de Eblis.

—Sí, ya he sabido...

—¿Quién hubiera pensado que había de hacer una elección tan acertada, y que él por su parte?.. ¡En fin, Dios tiene sus horas!

Cecilia entre tanto me asió de un brazo, y dijo á su tía con tono suplicante:

—¡Dejadme sola con ella!

La señora de Louvercy y el señor de

Eblis se alejaron con lentitud, conversando con Roger, que había puesto su caballo al paso. Cecilia me llevó á través de un estrecho sendero, á un lugar retirado del parque llamado la Ermita. La tradición del país quiere que en otro tiempo hubiera en este sitio una ermita, cuyos vestigios consisten en algunos restos de mampostería cubiertos de musgo. La única ruina intacta que se descubre es un pequeño y vetusto edificio en forma de arco cintrado, al abrigo del cual brota el manantial del arroyo que atraviesa el bosque. Hay además un terreno bastante extenso que parece haber servido de jardín á la vivienda derruída, y en el que se conservan todavía algunos grupos de frondosos árboles. Es un paraje de un aspecto dulce y agreste, una especie de valle sagrado, de apacible soledad, que hace soñar en esos risueños paisajes donde al pié de una fuente antigua se colocan las escenas de las ninfas y los pastores.

Cecilia me condujo á aquel sitio en si-

lencio: en seguida, mirándome con cierta ternura inquieta, y con los ojos preñados de lágrimas:

—¡Ah!—exclamó abrazándose á mi cuello—¡te lo robo!.. ¡te lo robo!

Mezclé mis lágrimas á las suyas, devolviéndole sus caricias y murmurando:

—¡Qué locura!.. ¿En qué piensas?

—¡Has sido tan buena para mí—añadió llorando—tan generosa, segun él mismo acaba de decirme!.. ¡Ah! ¡Tú sola eras digna de él!.. ¡Sí, tú sola!.. Pero no le amabas demasiado, ¿verdad?

—¡No, querida mía, puedes estar tranquila... simpatía no más!

—¡Yo lo adoro!.. Oye... aquí, en este mismo sitio, me ha dicho que me amaba... me ha pedido ser su esposa... aquí desearía que me enterraran cuando muera... ¿Crees que será posible?

—¡No sé, Cecilia; pero dices unas cosas tan absurdas!

—Es que estoy loca... sí, loca de júbilo...

Pero dime, ¿crees que será feliz conmigo?.. ¡Deseo tanto que lo sea!

—Lo será, no lo dudes.

En fin, he apurado la copa hasta las heces. Abrevio este relato, porque su recuerdo me desgarra el corazón. ¿Qué debo hacer, Dios mío? Mañana veré... Consultaré con mi abuela, á quien estoy decidida á revelarlo todo.

XV

2 de Agosto.

Mi abuela supo ayer, como todos en el castillo, el gran acontecimiento de los esponsales de Cecilia. Aunque contrariada é indignada en alto grado, recibió la noticia con una calma y serenidad ejemplares. Se limitó á decirme al despedirse en la escalera:

—¡Tiene un gusto muy extravagante ese caballero!

Esta mañana entró en mi habitación en el momento en que me despertaba de un sueño breve é inquieto. Después de abrazarme:

—Hija mía—me dijo—las señoras de

Sauves y de Chagres acaban de anunciarme que parten hoy mismo con sus hermanos. Te declaro que encuentro esta conducta ridícula, mezquina, miserable; es confesar su derrota, su despecho... ¿Verdad que nosotros tenemos más orgullo?

—Sí, abuela.

—Sabemos sufrir con entereza, y por doloroso que nos sea permaneceremos todavía en el castillo quince días ó tres semanas para salvar nuestra dignidad... Tal es al menos mi opinión... ¿Tendrás valor?

—Haré lo posible.

—Por otra parte, querida, la fuga en su mejante caso, además de vergonzosa, es poco razonable... Es preferible acostumbrarse á las cosas, mirarlas de frente, gastar su impresión... ¿no te parece?

—No sé, abuela.

—En fin, tú verás... Si no te sientes con fuerza bastante, partiremos... Perdóname, hija mía, si irrito tu pesar en vez de enternecerme contigo... pero es más prudente...

no conviene acariciar el dolor... Abrázame... ¡te amo tanto!

Y se refugió en su habitación, sin duda para llorar á solas.

En cuanto al resultado de mis meditaciones de la noche; hélo aquí: he visto tan á menudo ridiculizar en el mundo los amores eternos, y tratar de fabulosa la constancia del corazón, sobre todo en mi sexo, que experimento algún escrúpulo al considerarme en este punto una excepción; me es imposible, sin embargo, suponer por un momento que mi corazón se abra nunca, aun en porvenir más remoto, á un sentimiento que reemplace al que había admitido en él; con razón ó sin ella, estoy persuadida de que amaré siempre al hombre que he amado una vez con todo el poder de mi alma, con toda la energía de mi sér. No me es siquiera permitido imaginar que con un sentimiento semejante pueda nunca unirme á otro hombre. A menos, pues, que se opere en mí un cambio total, que no espero ni deseo, no me casaré

jamás. Mientras conserve á mi abuela permaneceré á su lado, viviré para ella; si la sobrevivo, me encerraré en el convento donde he pasado mi juventud. Llevaré sin duda conmigo amargos recuerdos, pero encontraré en cambio grandes consuelos. Aparte de la poesía del claustro y de la dulce familiaridad de las cosas divinas, hallaré en mis humildes funciones de institutriz la grata ilusión del afecto maternal, ya que no me es dado conocer sur goces verdaderos. Lo que hice en otro tiempo por Cecilia, lo haré en adelante por mis discípulas, que serán mis hijas.

Trazado este plan para lo futuro, me conformaré por el presente con las intenciones de mi abucla: su orgullo está de acuerdo con el mío. Me sonrojaría de manifestar por una brusca partida un despecho humillante. Sufriré mucho sin duda; pero creo haber apurado ya en el dia de ayer todos los tormentos de este género.

XVI

8 de Agosto.

Mi abuela ha tenido hoy una larga conferencia con la señora de Louvercy, cuyo objeto me ha sido imposible adivinar, y que ha dado por resultado el modificar nuestros proyectos. En lugar de partir dentro de quince días, como habíamos convenido, partimos mañana. Así acaba de anunciármelo, alegando que habíamos hecho bastante por nuestra dignidad. Parecía muy preocupada, y por su parte la señora de Louvercy, al salir de la estancia de mi abuela, tenía el semblante descompuesto. Sin embargo, no ha debido ocurrir nada de carácter ofensivo entre ambas, como lo prueba

su mutua conducta, que es deferente y afectuosa, aunque distinguiéndose por cierta reserva. Renuncio á penetrar este nuevo misterio, que no me preocupa en lo más mínimo, pues lo único importante para mí es que partimos pronto. Además, me había hecho ilusiones respecto á mi valor, que en realidad estaba agotado. La partida de los señores de Valnesse y sus hermanas me dejaba á menudo sola en presencia de los novios, siendo el testigo risueño de sus entrevistas, de sus amores, de su felicidad... sí, el testigo risueño y desesperado al mismo tiempo. La pasión de los celos es de una complicación terrible; á más de desgarrar el corazón, lo degrada, nos atormenta y nos envilece á la vez. La herida es profunda y emponzoñada; el orgullo ulcerado, la envidia, el odio la envenenan. No hay en mi opinión ninguna alma apasionada que no sea capaz en ciertas horas malditas de estos sentimientos indignos; el mérito consiste, no en sustraerse á ellos, sino en detestarlos

y vencerlos. Tal es lo que he procurado hacer con ayuda de Dios; pero de cualquier manera, me felicito de partir.

He prometido á Cecilia volver para su casamiento si se celebra aquí; pero creo que la ceremonia tendrá lugar en París, de lo que me alegraría infinito.

Roger no ha bajado hoy á almorzar, y creo que no asistirá tampoco á la comida por encontrarse seriamente indispuesto. He notado, en efecto, desde hace algunos días que su aspecto es más débil y enfermizo que de ordinario. Siento partir sin verle; probablemente no nos volveremos á ver más, porque no abandona el castillo, y por mi parte no espero volver nunca á Louvercy.— ¡Pobre Roger! Le agradeceré siempre lo que ha hecho por mí.

XVII

9 de Agosto.

¡Qué noche!

La inspección de nuestros equipajes me tuvo en vela hasta la una de la madrugada. Acababa de despedir á mi doncella, y empezaba á desnudarme, cuando me pareció oir abrirse una puerta con sigilo en el descanso de la escalera, en frente de la mía, y á poco un leve ruido de pasos y el roce de un vestido sobre los escalones, como si alguien bajara con misterio. Sorprendida y agitada por cierto vago temor, abrí la puerta con precaución, ví el reflejo de una luz en el tramo de abajo, y percibí un murmullo de palabras entrecortadas y de sollozos aho-

gados. Me incliné sobre la barandilla y pude reconocer á la señora de Louvercy en el tramo del piso bajo con una bujía en la mano, con la frente apoyada contra la puerta de la habitación de su hijo, y prestando el oído atentamente. Abrió la puerta con gran precaución y se deslizó en la estancia.

Hacía algunos minutos que me hallaba escuchando, inquieta y jadeante, cuando un grito agudo, un grito de angustia y de dolor, se dejó oir en el silencio de la noche. Me precipité, bajé aceleradamente la escalera, y me detuve delante de la puerta que la señora de Louvercy había dejado entreabierta, y que da á una especie de gabinete de estudio que precede al cuarto de Roger. Este gabinete estaba sumido en las tinieblas, pero algunos rayos de luz penetraban en él á través del portier que lo separa del aposento inmediato. Escuché á mi vez con ansiedad y con el corazón latiendo violentamente. La señora de Louvercy había penetrado en la estancia, sollozaba, y su voz

se elevaba por grados con acentos de desesperación y de súplica. Ninguna voz le respondía. Se apoderó de mí un terror mortal; creí que había ocurrido alguna desgracia... Dí maquinalmente algunos pasos por el gabinete, y levanté con sigilo una punta del portier. Enfrente del sitio en que yo me encontraba se hallaba Roger de Louvercy, sentado en una butaca cerca de una mesa; tenía la inmovilidad y la palidez de un cadáver, y miraba en silencio y con la vista fija á su desolada madre, que estaba arrodillada delante de él, con las manos cruzadas y golpeando con su frente las rodillas de su hijo. Sobre la mesa había una carta sellada, y cerca un estuche oblongo, de esos qne sirven para guardar pistolas de valor. En fin, Roger murmuró sordamente con tono irritado:

—¡Juan hubiera hecho bien en callar!.. (Juan es un viejo soldado y su criado de confianza.)

—¡Oh! ¡por piedad!..—respondió la se-

ñora de Louvercy sollozando—¿y yo no soy nada... nada para tí, Dios mio?

Pareció vacilar aún; cogió después entre sus manos la frente de su madre, y estampó en ella un beso.

—¡Perdonadme, madre mía!—dijo—esta hora de locura ha pasado... ¡pasado para siempre, os lo prometo!

—¿Me lo prometes?.. ¿Me lo prometes de buena fe, hijo de mi alma?

—Sí, os lo prometo... pero haced que parta... ¡que no vuelva á verla!..

—Sí, parte mañana... hoy mismo.

—Que no sepa jamás...

—¡No, jamás!

—Retiraos, pues, y dormid en paz... perdonadme, madre mía... id tranquila... os doy mi palabra... os lo prometo... os lo juro! ¡Llevaos las armas si queréis!

Mientras permanecían abrazados, salí apresuradamente, subí la escalera y entré en mi habitación. He pasado el resto de la noche haciendo extrañas reflexiones.

Apenas amaneció me levanté y me dirigí al cuarto de mi abuela, celebrando con ella una larga entrevista, en la cual me ha revelado las razones que movieron á la señora de Louvercy á suplicarle que anticipáramos nuestra partida; pero esta revelación era ya inútil, porque desde hacía un momento lo sabía todo.

Me encuentro rendida, voy á dormir algunas horas, y continuaré después.

XVIII

El mismo día.

La resolución que he tomado esta noche, ha sido vivamente combatida por mi abuela.

—Querida mía —me dijo— sabes muy bien que en principio no odio el romanticismo; pero esto supera la medida... ¡A tu edad, con tus prendas personales, tu educación, tu fortuna, casarse con un inválido es sin duda una acción muy noble, muy generosa, muy loable, pero, francamente, me parece demasiado!.. Además, si adoptaras una resolución semejante en condiciones normales, con calma y sangre fría, en plena posesión de tí misma... enhorabuena!..—Pero no sucede así. Acabas de experimentar

un desencanto, una decepción dolorosa... ¡Dios mío! Entre paréntesis, no comprenderé nunca lo que ha podido pasar en el cerebro de ese caballero... Pero, en fin, sea lo que quiera, te encuentras en uno de esos estados en que se engendran las falsas vocaciones... Desconfía mucho de un primer arrebato de entusiasmo, que quizá no sea más que un impulso de desesperación. Esperemos al menos; dejemos pasar algunos meses, y si esta idea se confirma y consolida... entonces veremos. Pero no cumpliría con mi deber si te permitiera empeñarte en semejante aventura bajo la influencia de un pesar amargo, y dominada por la emoción que te ha causado la escena trágica de anoche.

Tales han sido, en resúmen, las objeciones de mi abuela, que he combatido á mi vez con toda mi energía y mi elocuencia.

Sin duda mis instintos eran algo románticos; ¿pero no había sido ella la primera en estimularlos? ¿No me los había recomenda-

do como garantías de dignidad y aun de dicha?.. Sin duda tenía el corazón lacerado; ¿pero no necesitaba por lo mismo, para cicatrizar sus heridas, del cumplimiento de un gran deber, de un generoso sacrificio? ¿No debía hallar en la dicha de los demás el consuelo y el olvido de la perdida felicidad?.. No le oculté la resolución que había tomado de entrar en un convento si tenía la desgracia de encontrarme sola en el mundo; sacrificio por sacrificio, aquel cuya ocasión se me ofrecía, ¿no tenía un carácter más elevado, más piadoso, más noble, menos egoísta, en fin, que la simple renuncia al mundo y la fácil abnegación de mis funciones de institutriz?..— En cuanto á dejar pasar algún tiempo, sería tal vez aventurar el mérito y el efecto benéfico de mi sacrificio; ¿quién sabe si entre tanto el desdichado jóven se vería acometido de un nuevo acceso de desesperación como aquel de que acababa de verle presa, si su madre recibiría aviso á tiempo y si el infeliz sucumbiría? En

mi opinión, aguardar sería por lo menos privarme de la mejor parte de mi recompensa, del júbilo que me prometía al ver á aquellos pobres seres pasar súbitamente del exceso del dolor á una dicha inesperada, ser yo la causa, descender á su triste vida como un ángel de luz... ¡momento de mi existencia que arrojaría sobre el pasado, sobre el presente y sobre el porvenir una paz, un alivio y un consuelo infinitos!

Mi abuela, que lloraba enternecida, se rindió por fin á mis razones.

—Bien, hija mía—murmuró para concluir—el mundo dirá que estamos locas.

—Son locuras que Dios bendice—la repliqué.

—Convenido—dijo mi abuela—pero se presenta una nueva dificultad.

—¿Cuál, Dios mío?

—¿Cómo nos la compondremos con los Louvercy?.. Debo hacer justicia á la pobre madre, que al confiarme la desgraciada pasión de su hijo no admitió por un momento

la suposición verdaderamente absurda de un matrimonio entre ambos; el mismo joven no la admite tampoco, lo que hace honor á su sensatez... ¿qué haremos en este caso? ¿Será preciso ofrecerse, arrojarse en sus brazos, entregarse á discreción?.. Ya comprenderás que esto es imposible... sería el colmo de la irregularidad.

—Pero, mi querida abuela, estamos seguros de que no nos rechazarán.

—¡Pues no faltaba más que eso!.. En fin, es una negociación muy delicada.

—¿Queréis encargarme de ella?

—¿Por qué no?.. Cuando se navega á vela desplegada por un mar de irregularidades, irregularidad más ó menos importa poco... Pero en fin, ¿supongo que te dirigirás primero á la madre?

—Por supuesto.

...Hé aquí por qué acabo de solicitar una entrevista de la señora de Louvercy.

XIX.

El mismo día.

La señora de Louvercy se hallaba con su hijo cuando recibió mi mensaje, y subió en seguida á mi habitación. Su semblante era de los más nobles que sea posible imaginar; estaba todavía pálido y como herido por las terribles emociones de la noche anterior: me sonrió, sin embargo, pero con aire distraído, como la persona cuyo pensamiento está muy lejos de la sorpresa que se espera.

—Hija mía—me dijo—deseáis, sin duda despediros de mí... sois muy buena. Me alegro despedirme de vos sin testigos para expresaros con más libertad mi sentimiento por vuestra partida y mi gratitud por vues-

tras bondades... ¡Habéis sido tan compasiva, tan buena con nosotros!..

Cogió mis manos entre las suyas, y percibió mi turbación y mi estremecimiento. Sus facciones, contraídas por el pesar, se dilataron de pronto, y sus ojos buscaron los míos con una expresión de desconfianza y de vaga sospecha.

—Señora—la dije balbuceando—deseo que me perdonéis... anoche cometí una indiscreción...

Me miró con fijeza.

—Os sentí pasar... me pareció oiros sollozar... temí que tuviérais necesidad de socorro... y bajé...

—¿Lo sabeis todo?—exclamó temblando á su vez.

—Sí, todo... Me conmueven profundamente los sentimientos que he inspirado á vuestro hijo; me conmueve también su infortunio... en fin, señora—continué acercándome á ella—¿queréis que sea vuestra hija?

Todo su sér fué presa de una sacudida violenta: sus ojos dilatados, estupefactos, casi extraviados, permanecían fijos en los míos, y débiles convulsiones agitaban sus labios entreabiertos.

—¡No, no es posible!—murmuró en voz baja.

—¿Me queréis por hija?—repetí sonriendo.

—¡Ah!..

¡Qué grito lanzó! ¡Grito de madre feliz!

No olvidaré nunca lo que pasó después. Ambas estábamos á punto de perder el sentido. Me estrechaba, me abrazaba, me ahogaba entre sus brazos, me prodigaba los nombres más tiernos, orando, llorando y mezclando mi nombre al de Dios en sus arrebatos... ¡Qué momento!

—¡Pero Dios mío!..—exclamó con ansiedad cuando se repuso algún tanto—¿y vuestra abuela?..

—Consiente.

—Vamos á verla.

Y me arrastró á la habitación de mi abuela. Después de los primeros trasportes, en extremo cordiales por ambas partes, mi abuela observó que antes de aventurarnos más sería prudente sondear las intenciones de Roger.

—¡Pobre hijo mío!—murmuró la señora de Louvercy.—Todo cuanto pido á Dios es que no muera de alegría... ¡Pero no quiero, no quiero hacerle esperar por más tiempo su felicidad!

Y mirándose al espejo, con sus cabellos blancos sueltos y en desórden:

—¡En qué estado me encuentro!.. ¡Va á creer que me he vuelto loca!

Se alisó un poco los cabellos, y se dirigió á la puerta con el paso leve y deliberado de una joven, pues en realidad el brillo de sus ojos y la dilatación de su semblante parecían haberla rejuvenecido diez años. Ya á punto de salir se detuvo indecisa, y volviéndose hacia nosotras:

—¡No me creerá—dijo—decididamente no me creerá!

Y me miraba con timidez. Confieso que me dieron impulsos de seguirla.

—Mi abuela, arrebatada por el entusiasmo del momento, me empujó murmurando:

—Vé, hija mía, puesto que navegamos en un mar de irregularidades...

La señora de Louvercy me cogió del brazo, y nos alejamos corriendo.

—¡Qué contraste con la horrible escena de anoche!—me dijo en la escalera, abrazándome de nuevo.

Abrió la puerta de las habitaciones del piso bajo; me rogó en voz baja que esperara un momento en el gabinete; levantó el portier y penetró en la estancia de Roger.

Apenas me encontré sola en el gabinete, comprendí de repente la extrañeza, ó por mejor decir la inconveniencia, al menos aparente de mi situación. En vano procuré traer á mi memoria cuanto pudiera justificar mi conducta, lo excepcional de las circunstancias en que me encontraba, el estado de Roger y la reserva que necesa-

riamente le imponía; en vano me decía á mí misma que la fuerza de las cosas había trocado los papeles: no por eso dejaba de encontrarme allí, esperando á su puerta, pendiente de su capricho como una esclava de Oriente; y como soy de carácter poco humilde, mi posición me parecía por lo menos muy desagradable. Este sentimiento de malestar se hacía más penoso á medida que se prolongaba mi soledad, y que me dejaban tiempo para reflexionar, circunstancia con que no había contado en un principio. Mi imaginación me había representado la escena que iba á tener lugar como una repetición fiel, viva y rápida de la que tanto me había conmovido momentos antes... una sorpresa, un grito, un arrebato, un trasporte... Pero en vez de esto, trascurrían los minutos; oía á través del portier cuchicheos, confidencias á media voz, un diálogo razonador, una discusión en regla... La sangre me afluía al rostro, y el pavimento desaparecía bajo mis plantas, cuando se alzó el

portier mostrándome el semblante de la señora de Louvercy con una expresión, sino de tristeza, de gravedad y de inquietud.

—¿Queréis entrar, hija mía?—me dijo con dulzura.

Penetré en la estancia.

El señor de Louvercy estaba de pié, con su pierna inútil apoyada sobre una silla; sus facciones, de ordinario ceñudas y de expresión sarcástica, habían perdido este carácter; una melancolía grave y solemne realzaba en aquel momento sus líneas puras; sus ojos, rodeados de un círculo azulado, me parecieron humedecidos. Fijó en mí su mirada, y me dijo hablando con lentitud como para contener una emoción próxima á estallar:

—Señorita Carlota, mi madre acaba de revelarme el sentimiento de bondad angelical que os conduce á este sitio... Si no estuviera inválido, me arrojaría á vuestras plantas... No acepto, sin embargo, vuestro sacrificio... pero la sola idea de esta acción

generosa bastará para endulzar mi existencia, para que mi gratitud más profunda, más tierna os siga á todas partes bendiciéndoos!.. Y ahora, señorita, os suplico que no prolonguéis por más tiempo una prueba dolorosa, que supera á las fuerzas de un hombre... dejadme firme en la resolución que el honor me impone, y que me realzará á vuestros ojos... ¡Gracias, señorita, gracias... y adiós!

Y se inclinó saludándome.

Su madre lloraba en silencio.

Me adelanté algunos pasos hacia Roger, y le tendí mi mano, que estrechó con efusión.

—¡Dios mío!—murmuró en voz baja— Perdonadme, señorita—añadió mirándome con ternura—no encuentro palabras con que expresaros lo que siento... mi corazón rebosa... tengo el ánimo tan turbado... paso tan bruscamente del abismo de la desesperación al cielo de la dicha! Pero al menos permitidme que os manifieste la sinceridad

con que os hablaba hace poco, y el temor que abrigo de abusar de un impulso de generosidad, de entusiasmo... Os suplico que os toméis algún tiempo para reflexionar... Dentro de algunos meses, de un año, por ejemplo, si persistís en vuestra resolución, si no os asusta el sacrificio que queréis imponeros, aceptaré... Sí, aceptaré. Pero hasta entonces os desligo de todo compromiso y os devuelvo vuestra entera libertad.

Como retenía mi mano entre las suyas, no tuve necesidad de alargársela de nuevo para sellar nuestra convención, de que pareció muy satisfecha la señora de Louvercy, esperando, y con razón, que tendría la misma suerte que muchos de los tratados modernos.

—Como gustéis, caballero—me limité á responder—pero mi resolución es irrevocable... Hasta la vista, ó mejor dicho, hasta luego... porque supongo que no insistiréis en que partamos hoy mismo... ¿nos concederéis un respiro de algunos días?

Sacudió la cabeza sonriendo, y me besó la mano. Su madre y yo abandonamos la estancia.

Mi abuela, al saber el resultado de la entrevista, declaró que la conducta del señor de Louvercy le parecía altamente honrosa. Soy del mismo parecer, y después de la mortificación que experimenté por la poca diligencia que manifestó en recibirme y responderme, sentiría en extremo que hubiera obrado de otra manera. Le agradezco sus vacilaciones y sus escrúpulos, aunque comprenda, reflexionándolo bien, que hay en su conducta algo más de lo que se ha atrevido á decirme. Sin duda alguna teme abusar de un movimiento de entusiasmo romántico de que pudiera arrepentirme; pero es evidente que teme también aceptar un corazón herido, y que probablemente no se curará jamás. Porque estoy persuadida de que sospecha por lo menos mi pasión por Eblís. No podía, sin embargo, pedirme explicaciones sobre este punto; pero por deli-

cadas que sean se las daré algún día, y como es bueno y honrado, estoy seguro que quedará contento de mí... Le ofrezco, es verdad, un corazón herido, cruelmente lacerado, pero puro y fiel.

XX

25 de Agosto.

Me felicito de la inspiración que tuve. No quiero, sin embargo, engañarme á mí misma. No soy feliz ni lo seré jamás. La felicidad que he entrevisto era demasiado grande, demasiado perfecta para que me consuele nunca de haberla perdido. Pero la fascinación de este pensamiento único ha desaparecido; mi vida tiene un fin y un objetivo; me he trazado un deber que llenará el vacío de mi existencia. Es, en efecto, una tarea interesante salvar poco á poco á un alma desolada, sustraerla á la desesperación, devolverla la paz y la esperanza, y restaurarla á la sumisión, á la dicha, Dios. Tales son

los cuidados á que me he consagrado con un interés que aumentará sin duda de día en día, como el afecto de una madre por su hijo enfermo, y que espero labren la felicidad del hombre que es objeto de ellas.

Comprendo cuanto le doy y la sinceridad de mi conducta. Le indico algo, adivina lo demás y parece feliz. Como sospechaba, nuestro pacto no se realizará; insiste, es cierto, en que observemos el plazo convenido; por mi parte no insisto, pero no parto, lo que no parece disgustarle. Creo que nos casaremos dentro de algunas semanas.

Confiamos el gran secreto á Cecilia y á su prometido, quien, al tener noticia del suceso, se limitó á decirme:

Señorita, es una acción digna de vos.

En cuanto á Cecilia, después de algunos segundos de estupor, fué presa de una convulsión de júbilo que la dura todavía. Seremos primas, medio hermanas: su sueño dorado. Cree que este matrimonio estrechará aún más nuestra intimidad, y que nues-

tras dos existencias acabarán por confundirse; pero en este punto se equivoca; concontinuará siendo la mejor de mis amigas, pero al menos por algún tiempo viviremos más separadas que antes.

El desaliento continuo que le dominaba había impedido á Louvercy ceder á los consejos de los médicos que le recomendaban la residencia en el Mediodía, á la orilla del mar. Ahora manifiesta deseos de vivir; le he propuesto la idea de pasar el invierno en Niza, que ha aceptado gustoso, quizá por más de un motivo.

Cierro aquí mi libro de memorias, que espero no volver á abrir, porque creo que la mujer, una vez casada, no debe tener más confidente que su marido. ¡Adiós, pues, romántica y apasionada Carlota!

SEGUNDA PARTE

EL DIARIO DE UNA DAMA

I

1878.

Las circunstancias extraordinarias en que me encuentro colocada, me mueven á reanudar mis memorias después de cinco años de silencio. Atravieso por una crisis peligrosa; nunca he tenido mayor necesidad de poner orden en mis ideas y de tranquilizar mi conciencia. Deseo ante todo evocar los principales sucesos que me han traído á la situación presente, para hallar la luz y los consejos de que tanto necesito. Empiezo además á comprender que estas páginas podrán leerse algún día por una persona extraña, y no

quiero que reine en ellas la menor oscuridad.

Como había previsto, mi matrimonio tuvo lugar, al mismo tiempo que el de Cecilia, en la pequeña iglesia de Louvercy. Los esposos de Eblis partieron al día siguiente para Italia, donde se proponían viajar por algunos meses, y cinco ó seis semanas después partía yo á mi vez con mi esposo y mi madre política para Niza. La salud de mi marido me ocasionó los únicos cuidados graves que conocí durante los cuatro años que pasamos en este clima delicioso. No puedo decir que mi corazón careciera de pesares y de recuerdos melancólicos; pero puedo, sin embargo, afirmar que Dios bendijo la locura de mi matrimonio deparándome todas las satisfacciones que de él me había prometido. Creemos á menudo que los goces de la pasión no tienen más que una forma; pero es indudable que hay también goce en la pasión bajo la forma del deber, de la abnegación, del sacrificio y aun del martirio.

No ha habido por de contado martirio alguno por mi parte: pero una tarea como la que me había impuesto no carece de dificultades, la mano más tierna y más querida no puede domar en un día un alma rebelde por naturaleza y exacerbada por el infortunio; ¡pero qué goce tan santo el disputar este alma á la desesperación y á la duda, rescatarla entera y pura de las ruinas del cuerpo en que se hallaba sepultada, y devolverla á la luz y á la esperanza! Por algunas lágrimas de desaliento que haya podido derramar en secreto, ¡cuántas lágrimas de ternura, de felicidad, de reconocimiento, á medida que veía recompensados mis esfuerzos! Por último, llegó un momento en que me bastaba la más ligera señal, la más leve sonrisa para ver desvanecerse las terribles tempestades de cólera á que mi pobre Roger tenía costumbre de abandonarse.

Debo decir también en honor de la verdad que este milagro no me pertenecía por completo; pues á contar del nacimiento de

mi hija, su padre acabó por reconciliarse con Dios.

Me hallaba indispuesta de mi embarazo cuando Cecilia y su marido, á su regreso de Roma, vinieron á pasar algunos días en nuestra compañía en la villa de las Palmas, donde estábamos instalados. Temía en secreto el momento de volver á ver á Eblis; pero el gran acontecimiento que se preparaba entonces para mí, me hizo un tanto indiferente á su presencia. Por otra parte, le encontré conmigo tan ceremonioso y tan glacial, que me atormentó la idea de que abrigara contra mí algún resentimiento; ¿estaba descontento de Cecilia? ¿Me reprochaba tal vez el haberle hecho de ella, cuando me consultó, un retrato demasiado lisonjero? Me extrañan ciertos detalles en su conducta con su esposa; no parecía hallarse sometido á su influencia en el mismo grado que antes; siempre cortés con ella, empleaba sin embargo, á veces, tonos de una ironía algo amarga; le impacientaban con

frecuencia las relaciones extravagantes que Cecilia nos hacía de sus viajes, sus confusiones á menudo voluntarias de nombres, cosas y fechas, su erudición endiablada y su locuacidad de cotorra. Louvercy, á quien comuniqué mis temores, me aseguró que el comandante de Eblis estaba, por el contrario, más enamorado que nunca de su mujer, inspirándole sólo cierta celosa inquietud el verla tan radiante, tan seductora y tan admirada. No volví á preocuparme de ello, pues á la sazón era demasiado dichosa, y me encontraba demasiado ocupada con mi próxima maternidad para pensar en otra cosa.

Entraba en nuestros proyectos el abandonar á Niza á fines de la Primavera, y regresar á Louvercy á pasar el verano, pues mi marido rechazó resueltamente la idea de nuestra instalación en París. Los médicos, sin embargo, temieron que le perjudicara la residencia en el campo y el clima húmedo de la Normandía; y siguiendo sus

consejos, decidimos permanecer en el Mediodía hasta que su salud se restableciera por completo. Los dos años que siguieron fueron de una calma perfecta. Mi abuela vino á visitarnos dos ó tres veces; yo era objeto por parte de la señora de Louvercy de una ternura apasionada; en fin, tenía á mi hija, y como he dicho, su nacimiento acabó de reconciliar á mi marido con la existencia. Reanudó con ardor sus trabajos, en los que yo le secundaba humildemente en calidad de secretaria, clasificando los documentos que nos suministraba el señor de Eblis, haciendo extractos y copiando con mi mejor letra sus ininteligibles patas de araña. No era ya para mí un misterio la viva y profunda amistad que había inspirado á Eblis, y que no había acertado á explicarme en otro tiempo, cuando sólo conocía sus defectos; desde que había cesado de creerse condenado á una existencia aislada, sin afecciones y sin porvenir, sus grandes cualidades de corazón y de inteligencia habían

reaparecido con todo su brillo y con todo su encanto irresistible. Habia recobrado también una jovialidad de que estaba muy lejos de creerle capaz al principio de nuestras relaciones. Me halagaba en extremo la idea de no ser extraña á estas metamórfosis.

Pero lo que me lisonjeaba más que nada, era su absoluta confianza en mí. Al unirme á él formé el firme propósito de renunciar á la vida mundana, pues no consideraba lícito en mi nuevo estado gozar de placeres de que no pudiera participar mi esposo. Me exigió, no obstante, que acompañara á su madre á algunas de las tertulias de la colonia francesa y extranjera que nos rodeaba. No abusé del permiso, pero me agradó aprovecharlo para dar algunas reuniones en casa. Me expuse naturalmente, por parte de algunos de nuestros convidados y vecinos, á esos ataques de galantería que se dirigen á toda mujer de exterior agradable ó de *toilette* elegante. Un marido enfermo é inválido, puede parecer á algunos un estímulo

de ataque; pero opuse siempre esa reserva tranquila y digna, por medio de la cual es fácil á una mujer dar á entender á las gentes la inutilidad de toda tentativa. Mi marido, muy astuto y previsor, me hablaba riendo de estas pequeñas miserias, esforzándose por probarme con su soberana indiferencia cuán alta me tenía en su estimación para estar á cubierto de la menor sombra de sospecha. Le agradecía infinito esta confianza; pero sucedió, sin embargo, que llegó á parecerme excesiva, porque me ocasionó serias dificultades, que se relacionan por desgracia con el pesar más grande que he experimentado en mi vida.

Había entonces, como siempre, en Niza una mezcla social en la que es preciso elegir. Soy de carácter asaz exclusivo, y no me presto gustosa á ciertas transacciones convencionales muy en boga en el día. Louvercy, como su sexo en general, era más tolerante que yo en estas materias: pretendía que mi salón era un redil donde

sólo admitía corderos sin mancha y ovejas incapaces de descarriarse; que esto era altamente insípido, que desterraba todo interés, y que además no era caritativo, porque desalentaba á los pecadores y pecadoras, y los reducía á la impenitencia final, cerrándoles las puertas de una casa honrada donde hubieran podido enmendarse con el buen ejemplo. Me hacía sorda á estos argumentos, y le contestaba con tono jovial que no tenía la misión de regenerar la sociedad; y que después de haberle regenerado á él, creía haber hecho bastante para edificación de mí vida.

En la primavera del tercer año que pasamos en Niza, el joven príncipe de Viviane vino á instalarse en una villa vecina á la nuestra con un gran tren de caballos, y una dama que pasaba por inglesa, y que debía serlo en efecto, á juzgar por los colores prismáticos de sus trajes. Aunque mi abuela mantenía relaciones con la princesa viuda, no recordaba haber visto nunca á su hijo,

que llevaba una vida poco recomendable en París, y más á menudo en los diferentes establecimientos balnearios. Apenas llegado, escandalizó nuestra colonia con su elegante desorden, su juego desenfrenado y su conducta equívoca. Mi marido, que había sido su camarada de colegio y que le profesaba cierto afecto de compañero de la infancia, se mostró contrariado de su llegada, y sobre todo de su vecindad. La casualidad había hecho, sin embargo, que no le encontráramos durante los primeros meses de su residencia en Niza.

Me paseaba una mañana con mi hija y la nodriza por el jardín de nuestra villa, que tenía varias terrazas comunicándose entre sí por grandes escaleras de mármol. La más baja de estas terrazas daba al camino público por una escalinata de una docena de peldaños, cuya verja estaba abierta durante el día. Nos hallábamos apoyados sobre la balaustrada, viendo deslizarse las velas blancas sobre la superficie azulada del mar, lo

que hacía las delicias de mi hija. Pasos de caballos en el camino atrajeron nuestra atención y vimos á poco acercarse al paso á un caballero, acompañado de una dama en traje de amazona de gran suntuosidad y de pésimo gusto. Entre otros adornos extravagantes lucía una magnífica pluma blanca, arrollada á su sombrero de montar. Me pareció, por lo demás, de extremada belleza. En el momento en que pasaban por delante de nuestro jardín, se apoderó de mi hija una agitación violenta, que no tardó en degenerar en un acceso de furor: extendía las manos gritando con todas sus fuerzas, mientras la nodriza, que era italiana, le cantaba, todo su repertorio para calmarla. Este concierto hizo levantar los ojos al caballero, que me apercibió, me miró fijamente y me saludó con el sombrero. Deteniéndose de pronto:

—¿Qué tiene la criatura, buena nodriza?—gritó sonriendo.

Sorprendida de esta familiaridad, me eché

hacia atrás, encargando á la nodriza que no contestara; pero la buena mujer no me comprendió, y entabló tranquilamente un diálogo con el caballero.

—Creo—acabó por decir—que la niña quiere la pluma blanca de la señora...

—Dadle la pluma, Sarah—dijo el joven volviéndose á su compañera.

Esta arrancó la pluma de su sombrero y la arrojó en dirección á la terraza; pero como la pluma era muý ligera, descendió á la mitad del camino. El joven la cogió al vuelo y la arrojó de nuevo con más fuerza, pero con el mismo resultado.

—¡Bah!—dijo en voz muy alta—se la llevaré yo mismo.

En este instante su caballo comenzó á piafar sobre el mármol de la escalera: el animal se defendía, resbalaba, reculaba y volvía á avanzar; yo presenciaba la escena desde el fondo del bosquecillo de naranjos adonde me había rofugiado, y me preguntaba con cierto terror si aquel joven estaba

loco, cuando le ví aparecer bruscamente como una estatua ecuestre sobre el terraplén de la terraza, y avanzar con aire de triunfo hacia donde estábamos. Me saludó de nuevo con una profunda reverencia, se inclinó para entregar la pluma á la niña, á quien esta súbita aparición había apaciguado de repente, me volvió á saludar é hizo bajar la escalera á su caballo no sé cómo.

Cuando algunos minutos después referí esta aventura á mi marido:

—¡Ese debe ser Viviane!—me dijo.—Son sus maneras.

Era él en efecto. Por la noche se presentó en nuestra casa recomendándose con las antiguas relaciones que le habían unido á Louvercy. Era un joven rubio, delgado, de mirada atrevida y de facciones finas, pero gastada, una figura de la corte de los Valois. Era risueño y espíritual. Mi marido lo acogió con franca cordialidad; yo me mostré fría, y apenas le dí las gracias por la pluma, no sabiendo exactamente á quién

se había dirigido él cumplimiento, si á mi hija, á la nodriza ó á mí.

A ésta siguieron otras muchas visitas con breves intervalos. Su ingenio y su carácter algo original divertían á mi marido, razón por la cual no creí oportuno revelarle mis sentimientos respecto á su amigo. El príncipe tenía sobrado talento y mundo para no apercibirse de la reserva glacial con que lo acogía, y á pesar de su perfecto aplomo, había momentos en que parecía desconcertado. Mi marido se apercibió tambien y llegó á inquietarse.

—Hija mía—me dijo un día, en el momento en que el príncipe nos abandonaba—Viviane se retira incomodado... Tenéis, cuando os conviene, maneras capaces de petrificar á las gentes... Veamos, ¿qué os ha hecho ese pobre muchacho?

—Nada, amigo mío.

—¿Os molesta acaso?.. ¿Le encontráis demasiado amable?.. Ya sabéis que me río de semejantes galanteos... pero le recibiré

menos cordialmente si su presencia os incomoda.

—Os aseguro que no—le respondí.—No he encontrado nunca al príncipe fuera de mis salones, y ya sabéis que en ellos es en extremo cortés.

—En ese caso, querida mía, permitidme que os diga que no sucede lo mismo con vos... Le tratáis con una sequedad verdaderamente ofensiva.

—Pero, amigo mio, si lo alentara en lo más mínimo, se presentaría el mejor día con la joven con quien vive.

—¡Bah!.. no creo que eso no sea serio.

—Convenido; pero ¿qué queréis? tengo horror al desorden en todas sus manifestaciones. Sabéis que no puedo sufrir un mueble fuera de su sitio, de la misma manera no puedo tolerar á un hombre fuera de las reglas del honor... Por mi parte, y aunque os desagrade, estoy muy lejos de experimentar la debilidad que se atribuye á mi sexo hacia los libertinos, y éste tiene

títulos especiales á la antipatía que me es imposible ocultarle. No ignoráis la amistad de su madre con mi abuela, he sido á menudo testigo de las lágrimas y la desesperación de la pobre princesa á causa de su hijo, que hace tiempo ocupa en mi estimación un puesto que, como convendréis conmigo, su conducta actual no es la más á propósito para hacerle perder.

—En buen hora, querida mía... Pero en cuanto á la pobre princesa, no me inspira la menor lástima... Ella es quien ha perdido á su hijo idolatrándolo de rodillas y persuadiéndole de que el cielo y la tierra se habían creado para su recreo particular... Resultado: que se casará, según se dice, con esa cómica de Drury-Lane... ¡Es muy lógico!

—Sí, amigo mío, muy lógico; pero muy horrible.

Trascurrió una semana sin que volviéramos á ver al príncipe. Apareció al fin una mañana y se encerró con Roger, celebrando ambos una larga conferencia, de que mi

marido me dió cuenta en seguida. Viviane, según parece, se excusó de escasear sus visitas, alegando con tristeza que había llegado á comprender que no me eran agradables. Mi marido, compadecido de su mortificación, le respondió como buen camarada que no debia extrañarse de que su vida, algo excéntrica, asustara un tanto á una joven educada en los principios más rígidos; que dependía siempre de él disipar las prevenciones que tanto le mortificaban, y que sus amigos de ambos sexos le agradecerían infinito los esfuerzos que intentara para hacer sus relaciones más fáciles é íntimas.

—Soy, en general, indiferente á la opinión del mundo—dijo entonces el príncipe—pero confieso que no puedo soportar el desprecio de la señora de Louvercy.

—No se trata de desprecio, amigo mío, sino de timidez solamente—replicó mi marido.

Y aquí se separaron, retirándose el príncipe muy pensativo.

Dos días después, al regresar de paseo, me dijo mi marido que Viviane acababa de despedirse.

—Le he invitado á comer para mañana— añadió:

Abrí los ojos con extrañeza, y se echó á reir diciendo:

—Ha despedido á su inglesa, y ha escrito llamando á su madre... Esto bien merece una recompensa.

Convine en ello, y al dia siguiente, cuando se presentó el príncipe, le tendí la mano con más cordialidad que de costumbre. A partir de este día fuimos mejores amigos, y quedó decididamente admitido en mi intimidad.

Sin embargo, para desquitarse sin duda se arrojó con desenfreno en el juego, y aunque perdía á menudo, lo que le hacía honor, me confesó no obstante una noche que acababa de ganar treinta mil francos á la banca.

—¡Sois, en verdad, un hombre terrible!—

le respondí encogiéndome de hombros—cuando os levantáis de un lado caéis del otro.

Sacó en seguida de su bolsillo un fajo de billetes de Banco, y presentándomelo,

—Tomad—me dijo—para vuestros pobres.

—Acepto—le dije—á condición de que me prometáis no volver á tocar una carta.

—Os lo prometo.

Al día siguiente remití á mi abuela, merced á esta circunstancia, treinta mil francos para sus obras de caridad.

Por último, como el príncipe tenía un surtido completo de vicios, se presentaba á veces algo alegre, por no decir ebrio. Nada me inspira tanta repugnancia como un hombre en este estado, y no puedo menos de admirarme de las mujeres, en gran número por desgracia, que toman la cosa á chiste ó la pasan por alto. El príncipe no podía ignorar los sentimientos que me inspiraba en semejantes ocasiones; los tuvo en cuenta,

y fué en adelante más sobrio, coronando de esta suerte la serie de reformas cumplidas bajo mi invocación y que parecían dedicadas á mí. Estos pequeños triunfos, que hacían las delicias de mi marido, que reía mucho al ver al príncipe devanar modestamente su madeja de lana basta á mis piés, no dejaban de interesarme y halagarme; pero al mismo tiempo me alarmaban. Desconfiaba de semejantes sacrificios, preguntándome si el que los hacía no se prometía alguna recompensa, y estos temores me mantenían respecto á él en una actitud defensiva que no le pasaba desapercibida. Nos paseábamos cierta vez por una de las terrazas; la belleza de la noche, el arema embriagador de los naranjos y las violetas que se exhalaba del ambiente, produjeron el efecto de elevar sus pensamientos á regiones poéticas y sentimentales. Al llamarle una de las veces bruscamente á la realidad:

—Dios mío—me dijo—no sé, en verdad, qué hacer para desarmar vuestra preven-

ción; por complaceros me he despojado uno á uno de todos mis vicios... me privo de todo... no juego, no bebo, etc... ¿qué más exigís de mí? ¿Queréis que me haga monje? Decidlo.

—Solo deseo—me limité á contestarle—que no me hagáis dudar de la amistad que os une á mi marido.

Se inclinó respetuosamente, y desde este momento desapareció de sus conversaciones todo lenguaje equívoco.

Por esta época, Cecilia y su esposo vinieron á visitarme por segunda vez á Niza. Mi correspondencia con Cecilia habia continuado siendo frecuente, y á juzgar por sus cartas era feliz, aunque me pareció que buscaba sus principales placeres en el bullicio de la vida mundana. La encontré radiante y encantadora, pero no modificada por el matrimonio, y siempre frívola. En su trato con su marido descubría cierta timidez que me extrañó. En cuanto á él, se mostraba con ella afectuoso, pero reservado. Me causó

gran sorpresa y alarma esta segunda vez el ver el dominio que ejercía aún sobre mí; á pesar del tiempo trascurrido, no podía oir el timbre de su voz sin conmoverme en lo íntimo de mi ser. Apenas hacía veinticuatro horas que se encontraba á nuestro lado, cuando comencé á buscar algún pretexto para alejarle y abreviar su estancia entre nosotros. Él mismo me lo proporcionó por una indiscreción imprudente que me he explicado después, pero que á la sazón me pareció incomprensible.

¿Tenía mi marido algún presentimiento de lo que pasaba en mi corazón, ó sentía quizá los primeros síntomas de la enfermedad cruel que le amenazaba? Lo ignoro; pero desde los primeros días que siguieron á la llegada de los esposos de Eblis, su humor se agrió visiblemente. El señor de Eblis me preguntó con tono de confianza si había observado esta alteración en el carácter de Roger. A mi respuesta afirmativa, se permitió entre risueño y grave aludir á la

asiduidad de las visitas del príncipe de Viviane, dando á entender que podrían despertar la susceptibilidad de mi marido. Sabía muy bien que Louvercy estaba tranquilo respecto al príncipe, tranquilidad tal vez excesiva: era, pues, evidente que Eblis no era su intérprete en esta ocasión y que hablaba por su propia cuenta. Esta circunstancia me sorprendió en alto grado. No soy una santa: bien ó mal, le había perdonado el haber preferido á Cecilia y el haberse casado con ella después de hacerme la corte; pero el que pretendiera además arrogarse sobre mí un derecho de vigilancia conyugal, me parecía demasiado.

—Amigo mío—le respondí—puesto que sois tan bueno que os interesáis en los secretos de mi vida y en la paz de mi hogar, os diré que tenéis razón y que os equivocáis en vuestras suposiciones: creo que tenéis razón en atribuir la displicencia de mi marido á un ligero sentimiento de celos; pero os equivocáis en el objeto que lo inspira.

A estas palabras se puso pálido, me saludó y se retiró. Dos días después nos anunció que algunos asuntos exigían su presencia en París, y partió la misma noche dejando á su esposa en nuestra compañía.

Recuerdo que al día siguiente de su partida, Cecilia me hizo una brusca pregunta.

—¿Crees—me dijo—que mi marido sea feliz?

—Querida mía, tú debes saberlo mejor que yo.

—Temo—repuso sacudiendo su linda cabeza—temo que no lo sea... Soy demasiado frívola, demasiado mundana, demasiado dada á los placeres... Le arrastro en pos mío como á un mártir... ¡pobrecillo! Me acuso de ello, y sin embargo continúo... ¡Siempre el diablillo que me domina! ¿No se ha quejado, verdad? ¿No te ha dicho que es desgraciado?

La respondí con franqueza que Eblis no me había hecho la menor confidencia, á lo cual recobró su jovialidad. Permaneció á

nuestro lado unos quince días; y aunque mi amistad hacia ella fuera tan viva como siempre, no la ví partir sin experimentar cierta secreta satisfacción. Aunque de honestidad irreprochable, era, sin embargo, una mujer demasiado brillante para ser de guarda fácil. Los representantes de las cinco partes del mundo que había en Niza, revoloteaban á su alrededor como un enjambre, y era preciso, según mi marido tenerla noche y día guardada bajo un fanal. Aunque molestada por estos continuos homenajes, le agradaban sin embargo, y abrigaba cierto rencor contra aquellos que se negaban á prestárselos, razón por la cual le mortificaba la marcada indiferencia del príncipe de Viviane, y me decía que lo había convertido en un idiòta y que debía llevarlo conmigo á todas partes atado con un cordón de color rosa...

¡Ay! Toda alegría desapareció con ella. Algunas semanas después de su partida, la salud de mi marido, que parecía restable-

cida, sufrió una crisis terrible, sucediéndose los síntomas más alarmantes con creciente gravedad. El resto de su vida fué para ambos una lenta agonía, y á fines del invierno siguiente tuve la inmensa desgracia de perderle. Después de agudos sufrimientos espiró en mis brazos dulcemente, dándome las gracias por haber endulzado los últimos años de su vida. El señor de Eblis, que vino á asistirle en su agonía, le lloró con trasportes de desesperación. Paso brevemente sobre estos amargos recuerdos: por viva que fuera la expresión de mi dolor, Dios es testigo de que no carecería de sinceridad; pero en los momentos en que escribo estas líneas pecaría contra las leyes de la conveniencia y el decoro.

II

Pasé los primeros meses de mi luto al lado de mi suegra en Louvercy, y vine después á instalarme con mi abuela en París, decidida á compartir en adelante mi existencia entre estos dos seres queridos.

Las grandes sacudidas morales como las que acababa de experimentar, parecen suspender el movimiento de la vida y detener su curso para siempre; nuestros gustos, nuestras pasiones, nuestros sentimientos quedan paralizados por el choque, hasta el punto de creerlos extinguidos. Pero poco á poco el corazón vuelve á latir, el espíritu á pensar, y experimentamos al principio un

nuevo dolor ante esta persistencia importuna de la vida. Después nos acostumbramos, porque así lo ha dispuesto Dios.

En mi nueva existencia, mi hija ocupaba naturalmente el primer lugar; pero por grande que fuera este interés, no absorbía por completo mi corazón. Había vuelto á reanudar en París mis antiguas amistades y entre las más íntimas y cordiales la de Cecilia y su marido. Veía á Cecilia casi todos los días: me refería con su charla chispeante las historias y anécdotas picantes de la corte; animaba mi soledad; me prodigaba las mayores atenciones, y mi afecto hacia ella renacía en toda su fuerza. Veía con menos frecuencia á su marido, que, sin embargo, no perdía ocasión de serme útil ó agradable. En las dolorosas circunstancias porque había atravesado, en medio de los tristes detalles, consecuencia natural de semejantes sucesos, y de las enojosas cuestiones de negocios que con ellos se relacionan, me había mostrado un interés verdaderamente

fraternal. Por la última voluntad del señor Louvercy quedó constituído en tutor de mi hija, y parecía haber concentrado en ella el único sentimiento apasionado de su vida, la amistad heróica que había profesado á su padre. Creo inútil decir que le había perdonado por completo la extraña indiscreción que se permitió un día con respecto al príncipe de Viviane. El mismo no parecía acordarse sino para reparar su falta, afectando tratar al príncipe con una bondad particular donde quiera que lo encontraba; pero sobre todo en mi casa, porque el príncipe vivía á la sazón en París, y yo lo recibía á menudo y con familiaridad, no teniendo nada que reprocharle durante los últimos meses de mi residencia en Niza.

El único pesar que me causara el señor de Eblis, me lo causaba involuntaria é inconscientemente. Me acusaba á mí misma de la especie de placer inquieto con que aguardaba sus visitas, y de la emoción secreta que me agitaba en su presencia; pero

confiaba en que este desgraciado resto de mi antigua pasión desaparecería poco á poco, ó se debilitaría con la costumbre; confianza tanto más fundada cuanto que la cortesía respetuosa, grave y glacial que empleaba conmigo era más propia para calmar que para turbar mi corazón.

Me preocupaba con una solicitud extremada, y que creía hija sólo de mi amistad de su conducta con Cecilia, del estado de sus relaciones, y del giro que tomaba su matrimonio. Nada me parecía más singular y misterioso que su actitud y su trato mutuo. Como había entrevisto en Niza por ciertos indicios, Cecilia, contra toda lógica, parecía haber asumido la dirección del hogar, sustrayéndose al predominio que debía ejercer sobre ella la superioridad intelectual y moral de su esposo. Eblis se sometía, en apariencia al menos; sufría los caprichos mundanos y disipados de su joven esposa con una indiferencia ó una resignación inconcebibles. Después de haberla acompa-

ñado al mundo, que no le seducía, la dejaba que lo frecuentara sola. Esto me llenaba de asombro, y me preguntaba lo que pasaba entre ambos en la intimidad de su vida, si se amaban, si eran felices. No pudiendo interrogarlos en materia tan delicada, estudiaba con curiosidad, casi con avidez, su lenguaje, su conducta, la expresión de sus semblantes, su trato recíproco para sorprender algunos indicios. Pero el señor de Eblis, en su gracia severa, tenía la impasibilidad ora grave, ora risueña de una esfinge, y Cecilia, por su versatilidad misma, era igualmente inasequible.

El mundo se extrañaba como yo de las singularidades que ofrecía este matrimonio, y empezaba á murmurar. Un día se hallaba en mi casa el comandante de Eblis, cuando llegó el príncipe de Viviane; Eblis siguiendo su costumbre, cortés en demasía, se retiró al poco rato después de cambiar con él algunos frases amistosas. Apenas hubo desaparecido:

—Hé aquí un hombre—dijo el príncipe—que me agrada infinito, pero que es para mí un verdadero enigma.

—¿Por qué?

—Porque con todo su mérito y con todo el honor del mundo, parece haber jurado la perdición de su encantadora esposa.

—No os comprendo.

—¿No veis que la abandona más y más? Y lo que es peor todavía, la deja que se ampare de la tutela de la señora de Godfrey.

—¿Quién es la señora de Godfrey?

—La señora de Godfrey, señora, era en otro tiempo una mujer muy bella y solicitada, por no decir otra cosa; hoy es un astro en su ocaso, que, no pudiendo obtener homenajes directos, trata de recibirlos por el sistema de la oblicuidad, rodeándose de jóvenes satélites y participando de sus reflejos.

—Os agradezco vuestros informes—le dije—y si la señora de Godfrey es, en efecto, una amistad peligrosa, estad seguro de

que Cecilia romperá sus relaciones con ella... Por lo demás, voy á explicaros con una sola palabra lo que os parece tan inexplicable en la conducta del caballero á que habéis aludido: el señor de Eblis tiene confianza en su esposa, y permitidme que os asegure que no ha habido nunca confianza mejor colocada; conozco á Cecilia desde la infancia, y á pesar de su aparente veleidad con la señora de Godfrey ó sin ella, os afirmo que es incapaz del menor pensamiento culpable.

—Hasta hoy, convenido...—replicó el príncipe.—Todas las mujeres empiezan por ser honradas; pero cuando llevan una vida semejante, los malos pensamientos llegan pronto, y más pronto todavía las malas obras. Esto os parecerá extraño, pero es muy cierto.

—Bah, príncipe, esos son recuerdos del hombre de otros tiempos; reminiscencias de la época en que dudabais que hubiera mujeres buenas en el mundo.

—A fe mía, hoy como entonces dudo que las haya... Perdonadme... Me refiero á las mujeres mundanas, ávidas de placeres... dad crédito á mi experiencia, que es grande para mi edad... Tenéis una hija... nacida de vos y educada por vos; no podrá menos de ser una mujer de bien... Creedme, sin embargo, no tengáis nunca la debilidad de lanzarla al mundo... Voy á deciros cosas horribles; pero los hombres profesamos una máxima elevada á la categoría de axioma, y es que una mujer, por buena que sea, deja de serlo después de un carnaval algo agitado, ó — no es horroricéis — después de un cotillón de tres ó cuatro horas..., es un fenómeno fisiológico que me limito á indicaros; no es entonces una mujer la que tenemos en nuestros brazos; es una materia palpitante... no es ni siquiera una criatura humana, un ser pensante y consciente... es sólo... ¿qué os diré? una sensitiva pronta á abrirse y replegarse al más leve contacto... Basta entonces la menor oportunidad para

que la mala acción, como tenía hace poco el honor de deciros, preceda al pensamiento... es siempre una mujer buena... ¡pero cae! Juzgo inútil añadir que hay por de contado mujeres que escapan al peligro; y volviendo á vuestra prima, aunque se aventura demasiado, quiero creer, bajo vuestra garantía, que pertenece á este número.

No dí á estas impertinentes teorías más importancia de la que merecían; pero el lenguaje del príncipe, sin dejar en mi animo la menor sospecha de Cecilia, contribuyó á confirmar mis observaciones personales respecto al carácter misterioso de su vida íntima.

Una circunstancia que siguió de cerca á mi conversación con Viviane, acabó de revelármelo todo. Cecilia y su marido comían en mi casa; Cecilia, que estaba fascinadora y en traje deslumbrador, asistía á un baile por la noche con la señora de Godfrey, que vino á recogerla á las nueve y media. Mi abuela, que estaba un tanto, indispuesta se

retiró á su habitación, y mi hija y yo permanecimos solas con el señor de Eblis. Era hora de que mi hija estuviera acostada; pero, como todos los niños, se hacía siempre de rogar para cumplir esta ceremonia, y á instancias de su tutor la concedí un respiro. Apenas partió Cecilia, sintiéndome algo turbada por esta entrevista íntima con Eblis. me senté al piano: Eblis se reclinó sobre un canapé al otro extremo del salón; y mientras tocaba una melodía de Chopin, le oía hablar á media voz con mi hija, á quien mimaba mucho y de quien era el amigo favorito. Al poco rato callaron ambos; tenía un espejo delante de mí, miré, y vi al señor de Eblis recostado sobre la mesa y con la frente apoyada en la mano. Un minuto despues mi hija, que se había acercado á mí de puntillas, me tiró suavemente de la manga; me incliné un poco sin abandonar el piano, y la niña me dijo al oído:

—¡Mamá... está llorando!

A esta confidencia de la niña, una lan-

guidez voluptuosa circuló de repente por mis venas y se apoderó de todo mi ser. Hay en la vida de una mujer momentos terribles.

Abrióse la puerta: vinieron por mi hija, la abracé, abrazó también al señor de Eblis y se retiró.

Continuaba tocando sin atreverme á separar la vista del espejo, y esforzándome por coordinar mis ideas y darme cuenta de mi situación. La emoción súbita de Eblis en presencia de mi hija y de mí después de la partida de su esposa, no me dejaba duda alguna de que era desgraciado. Lo había comprendido al fin, y si no podía leer en su corazón, leía claramente lo que pasaba en el mío, y lo que descubrí en él me aterró. No podía ya hacerme ilusiones respecto al interés que me movía á espiar con avidez los secretos de la intimidad de Cecilia. Era evidente que amaba á su marido, y que lo amaba lo bastante para desear la desunión de su matrimonio.

Mil veces en mi vida he tenido ocasión de reconocer que no depende de nosotros el dejar de experimentar sentimientos culpables, aunque sí el no traducirlos en actos. He comprendido además que el mejor y quizá el único medio de compartir y de vencer los malos instintos, no consiste en oponerles los argumentos abstractos de la razón de la conciencia ó del honor, sino el obrar contra ellos con energía, y el forzar, por decirlo así, la mano á hacer el bien cuando el corazón desea el mal.

Una vez tomada mi resolución, quise empezar á ponerla en práctica sin tardanza. Exigía, ante todo, una explicación franca y completa con el señor de Eblis. Era una prueba cuyos peligros no se me ocultaban, aunque estaba muy lejos de prever toda su gravedad; pero era preciso afrontarlos, y en mi entusiasmo me creí segura del triunfo.

Abandoné de pronto el piano, y me acerqué á Eblis que fingía leer atentamente.

—Deseo hablaros—le dije—tened la bondad de seguirme al jardín.

Me miró con sorpresa, se levantó sin responderme y me siguió.

Nuestro hotel de la calle de Santo Domingo ha conservado por una rara fortuna un jardín secular, que con sus altos muros, un grupo de plátanos gigantescos, una fuente viva y una serie de arcadas, ofrece el aspecto dulce y solemne del patio de un claustro español. El salón del piso bajo tiene acceso al jardín por un umbral de dos ó tres peldaños. Aunque estábamos á mediados de Noviembre, la noche era apacible y tibia. Dimos algunos pasos en silencio... oigo aún y oiré toda mi vida, aquél silencio interrumpido sólo por el crujido de las hojas secas bajo nuestras plantas y el murmullo del surtidor de la fuente.

Por último, reuniendo todo mi valor:

—Caballero—le dije—sabéis hasta qué punto amo el orden y aborrezco el desorden; es una pasión, una manía, de la que

os burláis á menudo, pero que me perdonáis, ¿no es cierto?.. Pues bien; ¿queréis permitirme que trate de restablecer el orden en cierto hogar... en el que me intereso mucho?

—¿En cuál, señora?—me preguntó con severidad, tomando asiento á mi lado.

—Es claro que en el vuestro... Comprendo todo el alcance de mi indiscreción; pero si mi amistad por Cecilia y por vos no es bastante á excusarla á vuestros ojos, recordad que me pedisteis mi parecer antes de casaros con Cecilia, que os aconsejé esta unión, y que tengo por lo tanto mi parte de responsabilidad.

—Pero, señora, no os he dirigido el más leve reproche...

—Y tenéis razón... seríais muy injusto si obrarais de otra suerte conmigo, porque si hubierais seguido los consejos que me permití daros entonces, seríais ambos felices, y no lo sois ni el uno ni el otro.

—Perdonad, señora... pero me parece que

Cecilia, á quien dejo en entera libertad, debe al menos ser feliz.

—Cecilia no se queja—repliqué con viveza—pero suponer que sea feliz cuando vivís cada cual por cuenta propia, cuando la abandonáis, cuando la confiáis á la primera advenediza, cuando la probáis más y más que no os preocupáis ni de su cariño, ni aun siquiera de su reputación... sería suponer que no tiene ni inteligencia, ni corazón, ni honor, cuando sé, por el contrario, que los posee en alto grado.

—¡Dios mío!—replicó con voz contenida pero temblorosa y vibrante—no tengo la costumbre de quejarme, pero verdaderamente me obligáis á ello... Decidme, señora, ¿habéis reflexionado alguna vez en el destino de un hombre preocupado de pensamientos graves, amante del trabajo, ambicioso del honor que proporciona, que sueña con los goces del estudio en la calma y el recogimiento del hogar, y á quien su esposa arrastra día y noche al bullicio ensordece-

dor y á la perpetua locura de la vida mundana?.. En vano se dirá á sí mismo que el deber y la prudencia le aconsejan seguirla; cuando comprende al fin que su existencia se pierde en el vacío, que la niña caprichosa, la insensata á quien se ha unido le roba, le degrada, le destruye su inteligencia, su porvenir, su vida, entonces... ¿qué queréis? ¡le falta el valor, y se detiene desalentado de todo y resignado á todo!

Sorprendida y aterrada de esta expansión violenta de un alma de ordinario tan dueña de sí misma le dije con dulzura:

—Veamos, caballero—decidme de buena fe, ¿habéis hecho esfuerzos sinceros para corregir á Cecilia?

—Ninguno—me dijo fríamente.

—En ese caso, os confesáis culpable... Os dije en otro tiempo, y os lo repito hoy con la misma convicción y certidumbre. que Cecilia era una niña mimada, pero que sus defectos eran superficiales: os amaba y os respetaba; ejercíais un gran imperio so-

bre ella, y no había sacrificio que os hubiera negado.

—¿Y con qué derecho se los hubiera exigido?—replicó Eblis.—Mi conciencia me lo vedaba... ¿Qué podía darle en cambio de los placeres que me hubiera sacrificado? ¡Sólo se exigen semejantes sacrificios á una mujer que se ama!

—¡A una mujer que se ama, gran Dios! ¿Habláis de Cecilia? ¿Será posible? Cuando os casasteis con ella, ¿no la amabais por ventura?

—¡Jamás!—respondió con energía. Y añadió rápidamente en voz baja.

—¡Ah! Dios es testigo de que no la he engañado... Sólo he engañado á dos personas... á mí mismo... y á vos!

A estas palabras, la verdad entera surgió ante mi vista; me levanté consternada... lancé un grito.

—¡Ah, desgraciado! ¿Qué habéis hecho?

—Lo que vos comprendéis mejor que nadie .. Me he sacrificado... ¡Ah, señora, no

he provocado esta explicación, que hubiera rehuído por el contrario, porque quizá nos separe para siempre... sea! Pero puesto que ha llegado el momento, quiero abriros mi corazón... es preciso que lo sepáis todo. Dejadme acabar; os hablo, como veis, con profundo respeto... Evocad vuestros recuerdos; cuando Roger me reveló su fatal pasión por vos, cuando comprendí que debía elegir entre vos y él, que no podía amaros sin condenarlo á la desesperación, al suicidio tal vez... me sacrifiqué.. Y entonces, por un esfuerzo de valor que creí posible y sincero, traté de fijar mi amor en la jóven que vos amabais, y que aparecía á mis ojos envuelta en vuestro reflejo, vuestro encanto y vuestra ternura. Sí, creí amarla; pero en realidad os amaba á vos en ella; y aun cuando estas palabras sean las últimas que pronuncie en vuestra presencia, hoy como entonces, vos, y sólo vos, sois la mujer á quien amo en este mundo!..

Le escuchaba absorta, anonada, con la

vista fija en las sombras de la noche; de pronto, ante la idea punzante de aquella dicha perdida, mis lágrimas se deslizaron á pesar mío. Se inclinó hacia mí y advirtió mi emoción

—¡Lloráis!—me dijo—¿Con que es cierto? ¡Vos también me amabais!.. ¡Habéis sufrido como yo! ¡Ah! ¡Por favor, no me lo digáis si no queréis que pierda lo que aún me resta de honor y de razón!

—No temáis, caballero—le dije colocando dulcemente mi mano en su brazo—que os haga perder el honor ni la razón; pero os he amado mucho... y os amo todavía. Si sois digno de oir semejante confesión de los labios de una mujer honrada, escuchadme. No puedo sofocar los sentimientos de mi corazón; pero puedo al menos y espero que vos también, elevarlos lo bastante para purificarlos... No nos separaremos como dos seres débiles que temen ser juguete miserables de sus pasiones; guardemos con orgullo nuestro afecto mutuo, y prestemos

un carácter nuevo, un vínculo sagrado, uniéndonos ambos para el bien en una complicidad generosa... Sabéis la tarea que me había impuesto antes de conocer toda la verdad; deseo realizarla ahora más que nunca. Ayudadme lealmente á cumplirla, ayudadme á reconquistaros el corazón de vuestra esposa; os prometo en cambio ayudarla á ella á reconquistar el vuestro. ¿Queréis?.. Si consentís, es tan grande el afecto que os profeso que pondré mi mano en la vuestra con absoluta confianza. En caso contrario... ¡adiós!

Reflexionó algunos instantes, al cabo de los cuales me tendió la mano en silencio. Me levanté, y regresamos al salón.

—Traedme á Cecilia mañana—le dije—quiero empezar á predicarla dulcemente. En cuanto á vos no os aconsejaré que seáis bueno con ella, porque lo sois demasiado: reprendedla por el contrario; la encantará el verse reprendida por vos, porque lo que verdaderamente la mata es vuestra indiferencia.

Me saludó, dió algunos pasos hacia la puerta, y volviéndose:

—¡Dios mío! me olvidaba—dijo—mañana parto con mi general por un mes ó seis semanas en un viaje de inspección por provincias. Es una circunstancia sensible.

—Quizá no tanto como creéis—le dije—porque durante vuestra ausencia Cecilia se verá obligada á ser más sedentaria en sus costumbres. Por vuestra parte tendréis tiempo de reflexionar, y á vuestro regreso sabréis mejor si sois capaz de cumplir el compromiso que acabáis de contraer, tal vez con demasiada precipitación.

—No—me dijo con voz dulce y firme.—Os he comprendido; mi vida estaba perdida; vuestra amistad la salva. Lo que me proponéis es una empresa ardua y heroica; pero vos me ayudáis, y esto me basta... Adiós, señora.

Y se retiró.

Pasé una noche de insomnio, pero feliz. Estaba satisfecha de mí misma. Había salido

triunfante de una gran prueba... Si alguna mujer lee las anteriores líneas, y ha encontrado alguna vez en su vida á un hombre á quien hubiera deseado estrechar contra su corazón, aun cuando debiera morir, me comprenderá sin duda.

Cecilia llegó al día siguiente por la tarde, y me anunció que su marido había partido pocas horas antes para Bretaña.

—Querida mía—me dijo—este hombre de hielo me ha sorprendido: figúrate que me ha suplicado que le escriba todos los días. ¿Concibes semejante idea? Estoy segura que ha cometido una distracción y que él mismo piensa lo contrario, y hace bien, porque no le escribiré todos lo días.

—¿Por qué no?

—¿Acaso tengo tiempo? ¡Qué disparate! Le enviaré partes telegráficos: «¿Cómo va? Yo buena. Mil besos.—*Cecilia.*». Y punto final.

—Pero dime, Cecilia, ¿no vas á quedarte

un poco en casa durante la ausencia de tu marido?

—¿En casa?.. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué quieres que haga en casa? Después de todo, que mi marido esté presente ó ausente, la diferencia no es grande.

—Te suplico, Cecilia, que seas formal, y que hablemos un momento en serio.

—¡Sí, angel mío!

—¿No te cansas de la vida que llevas?

—¡No, tesoro!

—Pues empiezo á quererte ménos.

—¡No te creo!—dijo saltándome al cuello.

Intenté aún atraerla al terreno de una conversación íntima y confidencial; pero sin resistir directamente, rehuía sin cesar y escapaba con alguna travesura. Comprendí que la empresa era más difícil de lo que había supuesto al principio, y de que mi buena amiga había tomado un gusto terrible á su vida desordenada; pero continué persuadida de que con un poco de per-

severancia lograría rescatar aquel corazón precioso, cuyas virtudes conocía.

Comenzaba ya á defenderse con alguna dificultad, cuando nos anunciaron al príncipe de Viviane. Se alegró evidentemente de aquella oportunidad para escapárseme aquel día. Se levantó, lanzó algunos sarcasmos al príncipe, á quien guardaba siempre rencor por lo que llamaba su idiotismo, es decir, su indiferencia con ella, y salió.

—Mi bella predicadora—me dijo sonriendo ya en la antecámara—voy á tomarme la revancha. Me reprochábais hace poco mi vida, que confieso es algo desarreglada; pero si consultaras á mi marido, me figuro que preferiría dejarme abandonada á mi torbellino á verme sentada al fuego cuatro ó cinco veces por semana con un caballero como ese... ¿Qué te parece?

—¡Cómo! ¿Acaso Eblis me censura el que reciba al príncipe?

—No precisamente censurarte; pero creo que está todavía celoso, por cuenta de su

pobre amigo Roger, por supuesto, porque no puede sufrir á tu príncipe. Y el hecho es, amiguita, que viene muy á menudo... Te aseguro que se empieza á murmurar.

—Si es así, Cecilia—le dije—te probaré que sé aprovecharme de un buen consejo, y espero que imites mi ejemplo.

—Sí, amor mío, adiós.

Y escapó.

Volví al lado del príncipe, meditando sobre la maliciosa insinuación de Cecilia, que no hizo más que apresurar una resolución que había tomado hacía tiempo. En efecto, las visitas del príncipe se habían hecho demasiado frecuentes y empezaban á molestarme. Sin embargo, su talento me entretenía; su lenguaje conmigo no se apartaba nunca del respeto, y en fin, la enmienda de su vida no se había desmentido en lo más mínimo desde su regreso á París. No podía, pues, entrar en mi ánimo la idea de significarle una despedida ofensiva, y deseaba sólo quitar á nuestras relaciones el carác-

ter sobrado íntimo que afectaba darle cada vez más.

En el curso de nuestra conversación me proporcionó él mismo el pretexto que buscaba, preguntándome si estaría en casa por la noche.

—Sí—le dije sonriendo—pero no para vos.

—¿Por qué?

—Porque vuestro tiempo es demasiado precioso para que os lo robe.

—¿Es decir que os molesta mi presencia?

—De ninguna manera; pero no me gusta en nada, ni poco ni mucho, y evito siempre los extremos, además, supongo que no queréis comprometerme.

—¡Os pido mil perdones!—exclamó alegremente.

—Razón de más entonces. Os profeso una sincera amistad; pero os agradecería infinito que escasearais algo vuestras visitas.

Me sorprendí de la expresión grave que tomaron sus facciones.

—Debo, pues, explicarme—dijo—Quería esperar todavía algún tiempo; pero veo que ha llegado el momento. Es cierto que multiplicaba mis visitas, sin escrúpulo, porque los sentimientos que me inspiráis justificaban á mis ojos esta indiscreción. Os amo, señora, y este amor no data de hoy... ¡Perdonadme! Sé muy bién á quién hablo; sé muy bien que semejante confesión, dirigida á una mujer como vos, no tiene interpretaciones posibles: ofreceros mi corazón es ofreceros mi nombre. Sois dueña de vuestra vida; habéis hecho de mí un hombre nuevo, un hombre regenerado. ¿Queréis completar vuestra acción meritoria? ¿Puedo esperar que un día os dignéis ser mi esposa?

Esta proposición inesperada me causó más sorpresa y embarazo que turbación. Deseando evitar al príncipe la mortificación de una negativa demasiado brusca y absoluta, le dije, mostrando alguna vacilación, que le quedaba altamente reconocida de un testimonio de estimación tan señalado, pero que

me había cogido desprevenida; que no podía quejarme de una proposición tan imprevista, puesto que yo misma la había en cierto modo provocado á pesar mío, pero que mi luto estaba todavía demasiado reciente para que me permitiera siquiera discutirla, y terminé rogándole que no habláramos más del asunto.

Aceptando de antemano los aplazamientos que quisiera imponerle, insistió vivamente por obtener una respuesta menos vaga, una palabra de esperanza. No pudiendo, en conciencia, proporcionarle esta satisfacción me ví en la necesidad de acentuar mi negativa, diciéndole con rodeos muy políticos que había formado el firme propósito de consagrarme á mi hija y de no volver á casarme.

Hubo sin duda sentimiento, pero sobre todo despecho, irritación y amor propio herido, en el semblante y el acento del príncipe después que le hice esta declaración formal. Bajo las formas cortéses y refinadas

del hombre de mundo, descubrí al niño mimado, cuyos caprichos son leyes y que rompe en sus arrebatos los juguetes que se le niegan. Su rostro pálido y casi lívido se contrajo penosamente; sus pupilas se dilataban y contraían en rápidas convulsiones, y sus ojos lanzaban destellos malignos.

Me dijo con palabras entrecortadas que iba á convertirle en un desesperado, un libertino; que iba á sumirlo de nuevo en el fango de donde había salido por complacerme; que no podía abrigar seriamente el pensamiento de permanecer viuda á mi edad; que esperaba, sin duda, un partido mejor; que lo sentiría algún día y me arrepentiría de haberle retirado mi mano; que un hombre desesperado corre á su perdición, y otras muchas cosas por el estilo, que me parecieron de un gusto deplorable. Reconocí con tristeza que allí por donde el vicio ha pasado una vez, queda siempre un fondo de cieno; verdad que debía conocer en breve con mayor fundamento.

Acabó por comprender que me faltaba al respeto, ó mejor dicho, que se faltaba á sí mismo: se repuso, se excusó, trató de convertir en chanzas sus furores, y se retiró en bastante buenos términos, suplicándome que le conservara mi amistad. Se lo prometí así, aunque decidiendo en mi interior lo contrario, porque no había tenido nunca gran confianza en él, y menos después de lo ocurrido.

Trascurrieron cinco ó seis días. Sorprendida de no ver á Cecilia, que no tenía costumbre de retardar tanto sus visitas, me decidí á ir á su casa, aunque sin esperanza de encontrarla, porque estaba *convidada* siempre con alguna amiga. La encontré, sin embargo, pero en compañía del príncipe de Viviane, que estaba sentado enfrente de ella junto al fuego. Al verle, no pude menos de experimentar una impresión penosa y cierta angustia en el corazón; sabía que hasta entonces el príncipe no había puesto nunca los piés en casa de Cecilia, de lo que ésta

se quejaba amargamente. Este cambio brusco me alarmó, y mi alarma aumentó cuando comprendí, por algunas alusiones que se les escaparon, que á aquella visita había precedido otra algunos días antes, y que además debían reunirse por la tarde en casa de la señora de Godfrey, adonde estaban invitados á comer. Me fué imposible no establecer una relación entre estas extrañas circunstancias y las frases equívocas, casi amenazadoras, que me dirigió el príncipe al despedirse. Conocía mi cariño de hermana por Cecilia; ¿había quizá formado el propósito de inquietarme al menos, haciendo á la mejor de mis amigas objeto de las atenciones que yo rechazaba, de atacar mi corazón en el suyo, y de vengarse de mí en su persona? Por indigno y detestable que me pareciera tal designio, no era tan novicia en el mundo para ignorar que el alma ofendida de un libertino era capaz de concebirlo. Es cierto que aquel hombre, al ofrecerme su mano, había dado pruebas de

algunos sentimientos honrados; pero esto consistía tal vez en que me había encontrado bella, y no había visto otro medio de lograr mi posesión.

Aguardé con impaciencia á que partiera; apenas me encontré sola con Cecilia, me arrojé á sus piés y la besé las manos.

—Déjame que te hable... ¿quieres?

—¡Habla, boca de oro!.. pero habla pronto, porque tengo que vestirme. Ya sabes que no como en casa.

—¿Quieres prestarme un gran favor? No te vistas; envía una excusa cualquiera á la señora de Godfrey, de quien no se habla muy bien, y ven á comer con tu antigua y fiel amiga.

—¡Ahí estamos todavía!—dijo Cecilia riendo, pero con poca franqueza.—Hablemos claro, Carlota. Decididamente, ¿qué me reprochas? Veamos, ¿crees que me conduzco mal? No, ¿verdad que no lo crees? Sabes que soy lo que he sido siempre, una criatura atolondrada que tiene azogue en

las venas, que gusta de la agitación, del bullicio, de la alegría, de los cumplimientos, del baile, del movimiento de la vida, en fin; pero una criatura siempre honrada, amante de sus amigos y fiel á su esposo. ¿Qué más quieres?

—Querida mía, no te censuro el que ames los placeres, sino el que los ames con exclusión de todo lo demás. Permíteme que te recuerde que en otro tiempo tenías una idea más elevada y exacta de la vida. En nuestras confidencias de colegialas imaginábamos algo mejor que esa disipación sin tregua y esa especie de embriaguez en que únicamente te complaces; reservábamos un gran lugar en nuestra existencia futura á goces más íntimos, más puros, más dignos. Es cierto que no haces mal; pero tampoco haces bien: no haces nada, por ejemplo, para elevar tus gustos, tus sentimientos, tus ideas; desarrollas sólo tus defectos, y, además, créeme, esa ligereza continua de maneras y de lenguaje no carece á la larga

de peligros, porque todo lo que es serio se encadena en este mundo. La honradez, la virtud, son cosas graves que necesitan apoyarse en un fondo sólido de la existencia; se disipan en el vacío y en la frivolidad de una vida exterior; pierden poco á poco la consistencia y solidez que le son esenciales, y sin las cuales son impotentes para dominar nuestras pasiones, y de esta suerte una mujer se encuentra de pronto desarmada ante la menor tentación, el menor incentivo. En fin, te suplico que te detengas en la pendiente, y déjame que añada que la ausencia de tu marido te proporciona un pretexto muy natural y te impone al mismo tiempo el deber.

¡Ay! Me escuchaba con impaciencia y golpeando la alfombra con su piececito.

—¡Bien, sea!—me respondió—es posible; quizá haya algo de verdad en tu sermón; reflexionaré... pero en cuanto á esta noche, lo he prometido formalmente á la señora de Godfrey, é iré.

¡No vayas, te lo suplico!.

—Pero en fin, ¿por qué esa insistencia? ¿Por qué ese empeño especial en que no vaya esta noche á casa de la señora de Godfrey? Vamos, sé franca: ¿es la causa el príncipe de Viviane? ¿Te ha contrariado el verle en mi casa?

—¡Dios mío, Cecilia! ¿Eres capaz de suponer?..

—¡Bah! ¡Tiene gracia! Te lo reservas exclusivamente, según parece.

—Me lo reservo tan poco, que he rehusado su corazón y su mano que me ofreció hace cinco días. Te descubro este secreto porque me veo obligada á ponerte en guardia contra un hombre que considero en extremo peligroso. En adelante estaré tranquila, porque al hacerte la corte comprenderás desde luego la sinceridad de los sentimientos que le inspiras. Conozco tu delicadeza y tu altivez, y sé la acogida que puede esperar de tí un amante desdeñado que osa pedirte consuelos.

Se irguió ante mí, con los ojos chispeanpeantes.

—¡No te creo!—exclamó—¡no creo una palabra de cuanto acabas de decirme! ¡Confiesa la verdad: tienes celos!

—Cecilia, ¿qué estás diciendo?

—¡Sí, lo repito, tienes celos! ¡Cómo!.. ¡Hace dos años que ves al príncipe todos los días, ó poco menos, y esto te parece muy sencillo, muy natural... y en el momento en que viene dos veces á mi casa, todo está perdido! ¡Vamos, estás celosa! ¡Dios mío, tranquilízate, te devolveré á tu príncipe!

—¡Desgraciada! ¿Qué te pasa? ¿No ves que me insultas?

—¡Tú eres quien me está insultando hace más de una hora, tratándome como á una niña sin discurso y una mujer sin pudor!.. ¡Adiós!.. Voy á vestirme.

Mis ojos, extraviados por la sorpresa y el dolor, buscaron los suyos, pero en vano, porque esquivaba mi mirada. Dí algunos pasos hacia la puerta.

— ¡ Carlota ! — me dijo — vamos... tu mano.

—¡No!—la dije—¡no la mereces!

Y salí.

Volví á mi casa con el alma afligida. En los primeros momentos que siguieron á esta escena mi vista se nubló, y me parecía que todos los objetos giraban en torno mío. Perdía la amistad más entrañable de mi vida, y con ella el inmenso interés y el gran estímulo con que había contado para calmar mi corazón. Por el extravío obstinado de Cecilia me veía imposibilitada de cumplir el compromiso que había contraído con su marido. ¿Cómo exigirle en adelante su buena voluntad y su concurso para una reconciliación á que su mujer se negaba á prestarse? ¿Cómo participarle esta triste verdad? ¿Cómo, en fin, volver á verle?

Sin embargo, después de alguna reflexión, se calmó un tanto mi inquietud. Me dije que era imposible que Cecilia se hubiera trasformado y endurecido hasta el

punto de trocarse en una persona completamente distinta; recordé que en otro tiempo se había abandonado conmigo á accesos de mal humor de que en seguida se había arrepentido, acabando siempre por triunfar su buen corazón. Confié en que sucedería lo mismo esta vez y en que se presentaría al día siguiente confusa y contrita.

Pero yo no debía encontrarme al día siguiente en París. Por la mañana temprano recibí una carta de la señora Hemery, ama de gobierno de la señora de Louvercy, en que me anunciaba que mi madre política se encontraba gravemente enferma, y deseaba verme, así como á su nieta. Olvidé mis demás inquietudes, y partí inmediatamente con mi hija para Louvercy.

La señora de Louvercy se hallaba atacada de una violenta bronquitis, que ofreció al principio síntomas alarmantes; pero por fortuna el mal cedió pronto, y á los ocho días de nuestra llegada se encontraba fuera de peligro. Tuve deseos de regresar á París,

pero me fué imposible realizarlo por encontrarnos ya en Diciembre, y como según lo convenido debía llevar todos los años á mi hija al lado de su abuela á pasar las fiestas de Navidad y Año nuevo, y como éstas estaban próximas, no tenía pretexto para no prolongar mi estancia hasta esta época.

Un día recibí una carta de Cecilia que desvaneció parte de mis cuidados, pero que me inspiró otros nuevos y muy graves, y que debía representar un papel importante en una circunstancia harto dolorosa. Héla aquí:

CECILIA DE EBLIS Á CARLOTA DE LOUVERCY.

«Queridísima Carlota: El lunes corrí á tu casa como una loca; la noticia de tu partida me consternó. Regresé á la mía con una angustia horrible en el corazón... ¡Ah, querida mía! ¿Verdad que no hemos reñido? Cuando el otro día me negaste tu mano, me pareció que mi ángel bueno me abandonaba,

y que caía desplomada en un abismo... Carlota de mi vida, no pensé por un momento en las palabras indignas que te dirigí; te pido perdón de rodillas... Tenías razón mil veces en censurar mi vida miserable; pero, ¿qué quieres?.. el fondo de todo es que soy desgıaciada, ¡muy desgraciada!.. Mi marido es excelente, un hombre de honor y de mérito extraordinario; pero tiene una falta terrible... ¡no me ama! ¡Lo he comprendido hace mucho tiempo, quizá al día siguiente de nuestra unión, y esto me mata! ¡No se conduce mal conmigo, gran Dios! Es bueno, pero de una bondad que me hiela... ¡no me ama! ¿Qué quieres, pues, que haga una mujer en semejante situación? No le queda más que un recurso: no pensar, no reflexionar; lanzarse de lleno en el bullicio del mundo, aturdirse con su estruendo. Y aun esto no basta siempre... Hay momentos en que el corazón me abandona, en que mi razón se extravía, en que me siento presa de accesos de desesperación y de una de-

mencia irresistible... ¡Ya ves cuánta nece sidad tengo de tu cariño!—Te adora,

CECILIA.»

Esta carta me inquietó, no sólo por el desorden de espíritu que acusaba, sino por la insistencia extraña con que Cecilia se quejaba por primera vez de la indiferencia de su marido, á la que hasta entonces se había mostrado insensible. Diríase que acababa de descubrirla de improviso, cual si se hubiera ingeniado por encontrar agravios para crear ó preparar excusas.

La contesté el mismo día en una extensa carta. Intenté ante todo calmar su exaltación, asegurándola que mi entrañable amistad por ella, entibiada un momento, no era por eso menos inalterable; traté en seguida de probarle que su marido no había pecado con ella sino por exceso de complacencia; que no podía reprocharle en serio el no haber abandonado sus estudios, su carrera y su porvenir para tomar parte en sus placeres de mujer; que ella misma hubiera sido

la primera en censurarle; que en justicia el señor de Eblis tendría más motivos para quejarse de falta de cariño, puesto que él había hecho muchos sacrificios, mientras ella no le había hecho ninguno; que tal vez, en lo íntimo de su corazón, su esposo le dirigiría los mismos reproches de que era objeto; que dependía por completo de ella el derretir el hielo que los separaba, y que tenía razones para creer que el menor esfuerzo de su parte para reconciliarse con su marido sería acogido con reconocimiento y efusión; que además yo me había prometido poner fin á este triste estado de cosas, y que si me ayudaba un poco, el año que iba á empezar vería la felicidad asentada en su hogar. La recordé, para concluir, que su marido la había rogado que le escribiera todos los días, y la supliqué respondiera con menos ligereza de lo que lo había hecho al principio á esta recomendación, que no era en verdad una prueba de indiferencia.

Algo tranquilizada después de enviar esta

carta, lo fuí aún más al recibir algunos días más tarde un billete de Cecilia, bastante lacónico, pero en el que demostraba gran calma y prudencia. Me daba las gracias en términos muy afectuosos; me decía que tenía razón, que era ella la que había enturbiado su dicha; pero que estaba decidida á reparar sus faltas; que esperaba con impaciencia el regreso de su marido para comenzar la serie de sus reformas; pero que lo aguardaba, sin embargo, añadía, con cierta ansiedad temerosa, porque al afecto profundo que le profesaba se había mezclado siempre cierta especie de terror.

Este lenguaje, aunque en contradicción singular con el tono de su carta precedente, me pareció natural y sincero, y sabiendo que Eblis regresaba á París la semana siguiente, me ví al fin libre de la penosa inquietud que me acompañara á Louvercy.

El 17 de Diciembre por la noche, acabábamos de comer la señora de Louvercy, mi hija y yo, cuando creímos oir ruido de cas-

cabeles y el chasquido de un látigo por el lado de la avenida. Prestamos las tres atento oído, en extremo sorprendidas, porque vivíamos muy retiradas; á excepción del cura y del médieo, que habían estado á visitarnos aquel mismo día, no recibíamos á nadie, y estábamos tanto más ajenas de la visita de un extraño cuanto que la estación era excesivamente rigurosa. Reinaba una fuerte helada, y desde la víspera había caído gran cantidad de nieve, que nos sepultaba en el fondo de nuestros bosques, separándonos del resto del mundo. La curiosidad se excita fácilmente en el campo. Mi hija corrió á la ventana.

—¡Un coche!—gritó—¡veo los faroles que vienen!..

Me levanté también; limpié con mi pañuelo uno de los vidrios empañados por la acción de la escarcha y el calor del interior, y distinguí, en efecto, la forma negra de un coche, destacándose sobre el fondo de la nieve, y avanzando lentamente hacia el

castillo, costeando el estanque helado. A excepción del débil repique de los cascabeles, no se percibía ruido alguno, pues las ruedas se deslizaban en vez de rodar sobre la espesa alfombra blanca que cubría el suelo.

La señora de Louvercy y yo nos interrogábamos, cuando la puerta se abrió de improviso, y no pudimos reprimir un grito de sorpresa al ver entrar á Cecilia. Se precipitó hacia nosotras con su ademán rápido y aturdido; abrazó á su tía, luego á mí, y riendo con cierta risa nerviosa:

— He querido daros una sorpresa — nos dijo. — Mi marido me ha escrito que no podrá regresar antes de ocho días; se me ocurrió la idea de pasar estas fiestas á vuestro lado, y aquí me tenéis. ¡Temí que nos quedáramos en el camino con esta nevada; hemos tardado más de tres horas en venir de la estación... estoy yerta, aterida!

En efecto, sus miembros tiritaban; me asombró al mismo tiempo la palidez y alte-

ración de sus facciones, que atribuí al frío que había experimentado y á la molestia del viaje.

Mientras su tía la reprendía dulcemente por su locura y la daba las gracias por su atención, la hice sentar junto al fuego, y dí orden de que la sirvieran de comer; pero se negó á tomar nada, diciendo que había comido en Nantes. Se puso entonces á referirnos con agitación febril los accidentes del viaje, los apuros que había pasado para encontrar un coche en la estación, el terror de su doncella en medio de los bosques cubiertos de nieve. Se interrumpía por intervalos, y permanecía con la mirada vaga y errante. En seguida reanudaba atropelladamente su relato y lanzaba carcajadas infantiles. A las nueve, la señora de Louvercy, que estaba todavía convaleciente, la rogó que la excusara y se retiró.

—Harás bien — dije á Cecilia — en retirarte también á descansar. Estás fatigada. Mañana hablaremos á nuestro sabor.

—¡No, no!—me dijo—me siento bien... Vamos á tu habitación; allí podremos charlar con más libertad.

Mi habitación era la misma que había ocupado seis años antes durante mi primera residencia en Louvercy, en la torre del castillo. La había preferido por los recuerdos que para mí tenía; daba, además, á la que había ocupado mi abuela y en la que había instalado á mi hija. Cecilia y yo nos dirigimos á mi cuarto, precedidas por la señora Hemery, el ama de gobierno, que llevaba un candelabro para alumbrarnos. Reanimó el fuego y se retiró. Apenas hubo salido, Cecilia tiró su sombrero sobre el lecho, corrió á cerrar la puerta que estaba entreabierta y volviendo hacia mí con paso vacilante, fijó sus ojos en los míos con una terrible expresión de extravío, posó sus manos sobre mis hombros, y me dijo con un acento sordo y apagado que no olvidaré jamás:

—¡Carlota... estoy perdida!

Un frío mortal circuló por mis venas.

—¡Dios mío!—exclamé á media voz—¿qué dices?

—¡La verdad!—replicó en el mismo tono—¡estoy perdida!

Permanecí algunos segundos aterrada, sin voz, sin movimiento; después interrogándola con la mirada:

—¿El príncipe?—la dije.

Hizo tristemente con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Eres suya?—la pregunté, siempre en voz baja.

—¡Lo he sido... sí... ayer... al salir del baile... ¿Cómo? ¿por qué? lo ignoro. Me entregué... sin conciencia... sin pasion... sin placer... sin excusa... ¡como una miserable cortesana!

Ví que vacilaba; la sostuve y la ayudé á ganar un diván, donde se lanzó desplomada. Caí de rodillas delante de ella, con el rostro entre mis manos, y rompí á llorar.

Sentí que sus dedos acariciaban mis cabellos.

—¡Mi buena Carlota!—murmuró—¡lloras! ¡Ah! ¡había sido honrada hasta aquí, te lo aseguro! ¡y pensar que ya no podré serlo nunca... nunca... que llevaré esta mancha en la frente toda mi vida!.. ¿Es cierto? ¿Es posible? ¡Qué pesadilla, gran Dios!.. ¡Ah! ¡si lo supieran!.. ¡si lo supieran!..

—¡Pobre amiga mía!—la dije besándola las manos.

Me las retiró.

—¡No, no!—me dijo.—¡No soy digna de tus caricias... me causo horror!.. ¡Ah, Dios mío! ¡Compadeceos de mí! ¡Enviadme la locurà!..

Y juntaba convulsivamente sus manos con ademán suplicante.

—Y bien—exclamó irguiéndose de repente—¿qué hacer?.. ¿Por qué os mentí hace poco cuando os dije que mi marido regresaba dentro de ocho días?.. ¡Llega mañana! ¿Lo oyes? mañana... ¡Por eso me he escapado, y he venido á arrojarme en tus

brazos para pedirte consejo... No puedo volver á verle... ¡imposible! ¡Era tan bueno conmigo... tan bueno... tan honrado!

—Hija mía, es preciso que le veas—le dije anegada en lágrimas.

—¿Quieres que le vea?.. ¡no, no es posible... á menos que se lo confiese todo!.. Sí, se lo confesaré todo, suceda lo que quiera... que me mate ó que me perdone... me libraré de este peso horrible... ¿No es verdad que debo confesárselo todo?.. ¿Me lo aconsejas?

Callé.

—¡En ese caso—dijo levantándose bruscamente—no me queda más recurso que morir!

La obligué dulcemente á que se volviera á sentar, y tomé asiento á su lado.

—Cálmate, calmémonos, Cecilia, te lo ruego. Déjame pensar... reflexionar... Todo esto es tan súbito, tan horrible... Veamos: me preguntas si debes confesar tu falta á tu marido. ¡Dios mío! no me atrevo á disua-

dirte, porque, después de todo, es un buen impulso... Y sin embargo, no me parece prudente... Hay ofensas que un hombre no perdona nunca. Además, trataría de vengarse... no nombrarías á nadie, lo sé; pero se informaría, y sería difícil que dejara de averiguar la verdad, y ya prevés las consecuencias... En fin, aun evitando este peligro, y aun soponiendo el perdón, creo que confesar tu falta sería aventurar y perder seguramente la poca dicha que podéis esperar.

—¿Qué dicha, gran Dios, quieres que yo espere, ó que le proporcione, separándonos para siempre el secreto de esta falta?

—Al menos—repliqué—esa falta la conocerás tú sola, y tú sola la sufrirás en silencio. Sería agravarla el hacer partícipe á tu marido de tus dolores y de tu afrenta, y es expiarla un tanto el reservarte para tí sola toda la amargura.

—¡No podré!—exclamó en voz baja, sacudiendo la cabeza con abatimiento.

Sus hermosos cabellos en desorden cubrían sus hombros, y ocultaban parte de su frente y de su rostro; sus brazos pendían inertes; sus ojos secos miraban el vacío con una fijeza espantosa. Era, en fin, una imagen tan viva y conmovedora de la desesperación, que creí necesario reanimar ante todo su valor.

— ¡Querida mía! — la dije estrechándola contra mi corazon — no te creías amada, y esto te ha perdido... No trato de atenuar demasiado tu falta, que es muy grande... pero no carecías de excusas, ó al menos creías tenerlas.

—¡Excusas!—dijo con amargura.—¡Ni la más leve sombra!

—Recuerda que me escribías no hace mucho que la indiferencia, el abandono de tu marido te arrastraban á una vida de aturdimiento y de desorden... ¿Te acuerdas?

—¡Te mentía!—exclamó con voz lúgubre.—¡Lo sabes muy bien!.. ¡Yo soy quien ha infundido el desaliento en mi mari-

do... yo quien le he abandonado; quien ha preferido los estúpidos placeres á su afecto, y á la dicha, y al honor!.. ¡Tú misma me advertiste del fin que me esperaba!.. No, Carlota, no tengo ni una excusa... ni una sola!

—Sea; pero, á pesar de todo, no debemos desesperar... Vamos, ¿quieres que te diga lo que yo haría si fuera culpable como tú, y estuviera como tú arrepentida?.. ¿Quieres que te diga el sentimiento, la esperanza á que me aferraría con toda la fuerza de mi ser?

—¡Habla!

—Oye: pasaría el resto de mi vida reparando mi falta con una conducta opuesta á la que había provocado mi delito y mi ruina; me encerraría en mi deber como en un claustro; me haría amar y bendecir del hombre á quien hubiera tenido la desgracia de ultrajar en un momento de extravío; me impondría los mayores sacrificios por complacerle; viviría sólo para él; me consagra-

ría á él; haría, en fin, por él lo que una religiosa por Dios!.. ¡Y entonces te aseguro que llegaría un día en que me sentiría consolada y perdonada!

Sus ojos se iluminaron, y me abrazó.

—¡Creo que me salvas!—me dijo.—¡Si, me salvas!.. ¡Pero no puedo pensar ahora... mi cabeza estalla!.. ¿Crees de veras que puedo volver á verle?

—Sin duda; puedes y debes.

Me miró con el aire de un niño asustado, añadiendo:

—¿Y abrazarlo?

Hice un movimiento afirmativo.

—En ese caso—repuso—debo partir para París mañana temprano, porque llega á las cuatro.

—Es lo más prudente; conviene que te encuentres en París á su regreso. Te acompañaré yo misma á la estación, y tomarás el tren de las nueve.

Quedó convenido. Debíamos fingir un telegrama del señor Eblis para explicar esta

brusca partida á la señora de Louvercy. Conduje á Cecilia á su habitación; la ayudé á desnudarse, y no la abandoné hasta que se hubo acostado. Rendida, extenuada por la violenta exaltación de que había sido presa, me pareció más tranquila y próxima á conciliar el sueño. La abracé por última vez, y me retiré en busca de un reposo que no pude encontrar.

A la mañana siguiente, poco antes de las siete, y cuando empezaba apenas á amanecer, me levanté y me dirigí á la habitación de Cecilia. Llamé á la puerta: no me respondieron. Entré: dos bujías ardían sobre la chimenea... Me acerqué al lecho; estaba vacío. En extremo sorprendida, lancé una mirada en torno mío: su traje de la víspera, su manto de pieles, su sombrero, se hallaban esparcidos sobre los muebles donde los habíamos depositado. En un ángulo de la estancia estaba su maleta de viaje abierta y con su contenido revuelto. La noche anterior había visto con alguna sorpresa un traje de baile,

de seda verde, que, según me dijo Cecilia, su doncella Julia había metido en la maleta por distracción. El traje había desaparecido. Se apoderó de mí un vago terror y me sentí desfallecer. Iba á llamar, á gritar, cuando mis ojos se detuvieron en una carta, colocada entre las dos bujías encendidas sobre el mármol de la chimenea. La cogí; el sobre tenía mi nombre, y la letra era de Cecilia. La abrí, y leí lo siguiente:

«Carlota de mi corazón... Decididamente no puedo resolverme á verle... A pesar de mi falta, soy todavía demasiado honrada para arrostrar su presencia... voy á morir, mi pobre amiga... perdóname el pesar que te causo... Creo que Dios, á pesar de todo, me recibirá con bondad en su seno, porque vé cuánto sufro... Amaba tanto la vida... ¡pero no hay remedio, y muero!

»Ayer concebí la idea en el trayecto de la estación al castillo... Durante el camino, al ver la espesa capa de nieve que cubría el suelo, me asaltó el deseo de sepultarme en

ella para siempre... Es la muerte que he elegido... He leído en no sé donde que no se sufre mucho; que, una vez pasado el primer estremecimiento, sobreviene un dulce sueño... Confío en que así suceda...

»¿Sabes el sitio donde me encontrarás?.. Recuerdas que te dije un día qúe deseaba que me enterraran en él?.. No creo que sea posible; pero quiero al menos morir allí... Allí me dijo que me amaba... allí me pidió ser su esposa... Allí acepté loca de alegría... ¡porque le amaba tanto, estaba tan orgullosa de su amor... de su amor ¡ay! que no he sabido conservar!

»Díselo todo... Díle mi falta, mi infamia; pero mi arrepentimiento también... ¿Lo harás, Cárlota?..

»A tí sola debiera haberte elegido, á tí sola debiera haberte amado... tú sola eras digna de él... Yo lo he pensado muchas veces... ¡Plegue al cielo que algún día lo conozca!.. Es mi último deseo... Dentro de poco ambos seréis libres... además, si de esta

suerte me debéis la dicha, os inspiraré más lástima, y perdonaréis de mejor corazón á la pobrecita muerta!..

CECILIA.»

He humedecido á menudo esta carta con mis lágrimas; pero entonces no pude... Estaba loca; me veía privada del pensamiento, de la voz, de las lágrimas... De repente, la idea de que cualquier minuto perdido podría ser irreparable, me sacó de mi estupor. Corrí á mi habitación; llamé á uno de mis criados, Juan, el antiguo soldado de mi marido, que había continuado á mi servicio y que poseía toda mi confianza. Le dije en pocas palabras que tenía necesidad de recorrer el parque y le rogué que me acompañara. Se sorprendió evidentemente de la alteración de mi voz y lo demudado de mi semblante; pero no me interrogó. Estuvimos dispuestos en un momento, y salimos del castillo por la puerta de las caballerizas para no despertar sospechas.

Debía, sin embargo, confiar á aquel

hombre cuanto podía decirle de la terrible verdad. Comencé, pues, á darle mientras caminábamos la explicación que había preparado á toda prisa.

Le dije que la señora de Eblis se había acostado con una violenta fiebre, á consecuencia de la fatiga del viaje á través de las nieves; en su agitación me había dicho delirando cosas extrañas... que tenía la cabeza abrasada, que quería salir, respirar el aire libre, pasear por el parque, acostarse en la nieve... Por desgracia no había prestado importancia á estas palabras, sobre todo al verla quedarse dormida; pero por la mañana, al ir á informarme de su estado, no la había encontrado en su habitación; me había asegurado de que no estaba en el castillo... otros indicios además me hacían temer que durante la noche se hubiera recargado su fiebre, y que en un acceso de delirio hubiera intentado realizar sus siniestros sueños. Debíamos primero buscar sus huellas en dirección á la parte retirada

del parque llamada la Ermita, pues soponía que en su desvarío se había encaminado maquinalmente de aquel lado, porque la Ermita había sido siempre su sitio predilecto de paseo. En fin, no había prevenido á nadie, excepto á él, porque deseaba evitar á la señora de Louvercy la ansiedad consiguiente mientras hubiera un rayo de esperanza.

Juan, después del primer grito de sorpresa, tuvo una idea que no se me había ocurrido: volvió pasos atrás hasta el pabellón de la verja, y envió al conserje á buscar al médico del castillo. Continuamos entonces nuestra marcha, que la profundidad de la nieve hacía más lenta de lo que convenía á mi deseo. En el parque se cruzan varios caminos que conducen del castillo á la Ermita. Tomamos el más corto; la nieve presentaba una superficie unida é intacta, y no había el menor rastro de que nadie hubiera pasado por allí. Empecé á concebir alguna esperanza; pero al volver la primera

avenida, Juan, que me precedía, se detuvo de improviso lanzando una exclamación: me precipito, y veo con un sentimiento de angustia indescriptible las huellas de dos piés diminutos, de dos zapatos estrechos y finos, que rompían la uniformidad de la nieve. Nos miramos consternados.

—¡Vamos pronto!—grité.

Y aceleramos nuestra marcha. ¡Ay! Seguimos aquellas huellas por algún tiempo en medio del silencio aterrador del bosque, y bajo el cielo grís y lúgubre de aquella triste mañana de invierno. Nos condujeron á la salida del parque; torcieron de pronto y se perdieron en la senda que atraviesa el soto, y que termina á pocos pasos de la Ermita.

—¡La señora tiene razón—me dijo Juan en voz baja—allí está!

Vió que me detuve y vacilaba; me rogó que me apoyara en su brazo, pero lo impedía lo estrecho del sendero. Pasé adelante y avancé. En efecto, ¡allí estaba!

He descrito ya en estas páginas la Ermita, su excepcional y poética soledad, sus grupos de añosos árboles plantados á largos trechos, su fuente en arco cintrado, su aspecto de apacible retiro... ¡allí estaba! Al salir del sendero, la percibí á la primera mirada, aunque era difícil distinguirla. Estaba tendida con su vestido de seda y sus encajes, con la cabeza apoyada contra el tronco de una de las hayas que prestan sombra á la fuente. Había caído durante la noche un poco de nieve que la había cubierto de una especie de gasa; recuerdo también que de cuando en cuando algunos copos se desprendían de las ramas sobre su cabeza, y se depositaban dulcemente sobre su cuerpo.

Me precipité.

—¡Cecilia! ¡Cecilia!

Caí de rodillas, cogí, estreché su mano más fría que la nieve misma... Su corazón no latía ya... su rostro estaba lívido, azulado... ¡estaba muerta!

¡Ah! ¡Pobre amiga de mi alma!.. En-

tonces encontré al fin el raudal de mis lágrimas.

No podía resolverme á creerlo; á pesar de las tristes afirmaciones de mi compañero, confiaba todavía... Recordé que había poca distancia de la choza de los carboneros; dije á Juan que la condujera en sus brazos; quizá podríamos reanimarla, volverla á la vida. El buen muchacho, que lloraba como un niño, la tomó en sus brazos yerta y rígida, y nos dirigimos en silencio á la cabaña. ¡Qué marcha!.. ¡Qué escena, Dios mío!.. ¡Aquella naturaleza desolada, aquella muerta en traje de fiesta! He pensado después que se había puesto aquel traje por un sentimiento de extraña coquetería para poner su muerte en armonía con su vida, y también sin duda para que su última imágen apareciera en nuestros recuerdos más interesante, más conmovedora y más digna de compasión.

Mientras las gentes de la cabaña se agolpaban á nuestro alrededor, supliqué á Juan

que corriera al castillo y trajera consigo al médico, que debia ya haber llegado... Pero ¿á qué insistir en estos tristes detalles? El médico llegó sólo para confirmar la terrible verdad.

Dos horas después la trasportaban al castillo.

Repetí á la señora de Louvercy la explicación que había dado á Juan, ahuyentando toda idea de suicidio.

Cecilia había tenido un acceso de fiebre y de delirio; había salido por la noche presa del desvarío producido por la calentura; el frío la había sorprendido y le había causado la muerte. El estado febril en que la había visto la noche anterior, daba á esta explicación algunos visos de verdad.

Por la tarde dirigimos un despacho al señor de Eblis, llamándole con toda urgencia y en el que le anunciábamos que su esposa se encontraba gravemente enferma. Llegó por la noche: la señora de Louvercy y yo lo recibimos, y apenas nos vió comprendió

que todo había concluído. Nos pidió que lo dejáramos solo con el cadáver, y por largo rato le oímos sollozar con desconsuelo.

Dos días después, Cecilia reposaba para siempre en el pequeño cementerio de Louvercy, cerca de la fosa en cuyo fondo se precipitara viva un día.

III

El señor de Eblis permaneció con nosotras el resto de la semana. Le veíamos poco; estaba casi siempre encerrado en su habitación, ó hacía solo largas excursiones por el parque. Aparecía preocupado, sombrío, silencioso. No me dirigió la menor pregunta, y pareció acoger sin vacilación, y sin la más leve sombra de incredulidad el relato que había imaginado para explicar la muerte de su esposa, y que le repetí yo misma con los detalles que juzgué más apropósito para prestarle verosimilitud.

Un mes más tarde, á los pocos días de mi vuelta á París, á mediados de Enero, vino á visitarme por la primera vez después de

mi regreso. Cambiadas algunas frases indiferentes, se levantó, se acercó á mí, y me dijo colocándo su mano en la mía:

—Vamos, señora, ¿por qué se mató Cecilia?

Esta brusca pregunta me cogió de sorpresa; pero le respondí, no obstante, sin turbarme:

—¿Qué decís?.. Cecilia no se mató.

—Me lo ocultáis—me dijo—como lo ocultáis á todo el mundo; pero estoy convencido de lo contrario.

—En ese caso—le dije—estáis mejor informado que yo, lo que me parece difícil, porque yo me encontraba á su lado, y vos estabais ausente.

—Perdonad—me dijo—pero sé que los detalles que me disteis de las circunstancias que precedieron á esta desgracia son imaginarios. Exagerásteis el estado febril en que dejasteis á Cecilia la víspera; Julia, su doncella, entró por primera vez en su cuarto cuando acababais de salir, y la encontró

triste y preocupada, pero tranquila. Entró segunda vez poco después de las doce, porque creyó oír ruído; Cecilia estaba levantada y envuelta en su bata; dijo á su doncella que se encontraba bién, pero que, no pudiendo dormir, iba á escribir para matar el tiempo y llamar el sueño; parecía haber llorado y estaba muy pálida, pero era por completo dueña de su razón, de su voluntad y de sus palabras... No había el menor indicio del delirio que, según vos, la arrastro á un acto de locura... Me habéis, pues, engañado... Estoy seguro que habréis tenido para ello excelentes razones... pero, en fin, el hecho es que se mató... ¿Por qué?.. ¿Podéis decírmelo?

—Os lo repitó, caballero—le respondí con todo el aplomo de que fuí capaz—ignoro cuanto me decís.

—¿No queréis, pues; no podéis decirme la causa de su suicidio?

—Si hubo suicidio, ignoro la causa.

—¡Ah, señora! No tenéis costumbre de

mentir... Os pido de nuevo perdón; no insistiré más... Sé ya bastante... Se suicidó la víspera de mi regreso... antes de verme... quizá por no volver á verme... ¡Si es así, hizo bien!

¿Cómo describir lo que pasaba por mi espíritu, por mi corazón y por mi conciencia durante este terrible interrogatorio?

No había abrigado por un momento la idea de abusar de las últimas y febriles palabras de Cecilia para descubrir el secreto de su culpa, pero ¿qué hacer cuando su marido lo adivinaba á pesar de mis sincesos esfuerzos para ocultárselo?

No podía, en manera alguna, resolverme á denunciar, á deshonrar á la que se había confiado á mí. Me dije, además, que debía por todos los medios imaginarios evitar al señor de Eblis el resentimiento, la amargura y la degradación de un ultraje imperdonable para un hombre de honor. Preferí desgarrar su corazón con una herida franca antes que humillarlo, proporcionándole sin

duda un pesar más hondo, pero evitándole al menos toda afrenta. En fin, si lo confirmaba en la sospecha de la culpa de Cecilia, buscaría activamente á su cómplice, lo descubriría y se empeñarían ambos en un lance mortal.

—Pues bien, caballero—le dije resueltamente—¿lo exigís?... sea... Sí, Cecila se suicidó. ¿Por qué? lo sé, en efecto... y vos mismo vais á saberlo.

Abrí un cajón secreto de mi tocador, y cogí la carta que Cecilia me dirigió desde París poco después de nuestra querella y algunos días antes del fatal suceso. En esta carta, que he trascrito algunas páginas más arriba, Cecilia, como se recordará, trataba de excusar sus faltas con el desvío de su marido y se quejaba en los términos más vivos de no ser amada. Con gran apariencia de verdad, que, sin embargo, no era más que apariencia, como me confesó después, se suponía desgraciada, cansada de la vida, del abandono de su esposo, y terminaba con esta

frase cruelmente equívoca: «¡Hay momentos en que el corazón me abandona, en que mi razón se extravía en que me siento presa de accesos de desesperacion y de una démencia irresistible!»

Alargué la carta á Eblis; miró la fecha, la leyó, y durante su lectura fué tal la contracción de su semblante, que me arrepentí de lo que había hecho. Cuando terminó, dejó caer los brazos con abatimiento, y fijando en mí sus ojos espantados:

— ¡ Dios mío ! — murmuró — ¿ será posible?

Enjugué sin responderle mis lágrimas.

Volvió á leer aquella triste epístola. No queriendo dejar la menor sospecha en su ánimo, acabé de convencerle diciéndole que Cecilia había pasado la noche que precedió á la catástrofe repitiéndome que sus fuerzas estaban agotadas que había huido de París la víspera de su regreso por no poder soportar la idea de vivir por más tiempo á su lado, bajo el peso de su indiferencia y de

su desprecio. Añadí que había apurado todos mis argumentos y mis caricias para calmar su desesperación, y que creí con sobrada ligereza haberlo conseguido, puesto que la catástrofe había tenido lugar.

—Entónces—exclamó con voz ahogada—¡soy yo quien la ha matado!

Se dejó caer sobre un sillón, y permaneció largo rato con la cabeza oculta entre sus manos, por entre cuyos dedos ví deslizarse algunas lágrimas.

Sufría horriblemente al verle en tal estado; pero obligada á elegir entre dos dolores, me persuadí de que le había evitado el más acerbo.

Ya era tarde; el señor de Eblis, un tanto repuesto de su primera emoción, se levantó, me dió las gracias con tono dulce y afectuoso por haberle revelado la verdad, por dolorosa que fuera, y me abandonó.

... Hace hoy dos meses que ocurrió aquella escena entre ambas. Por la noche, y todos los días y noches siguientes, me he pre-

guntado con ansiedad si no produciría consecuencias que estaba muy lejos de prever, y menos aún de desear. Quiero explicarme aquí con entera sinceridad: la primera impresión que me causó la muerte de Cecilia, estaba exenta de toda reserva personal; fué un golpe que me aterró, y me sumió en la desesperación; pero mentiría si osara afirmar que, cuando el tiempo comenzó á ejercer en mi su acción calmante y reparadora, no me asaltó el pensamiento de que mi unión con Eblis era en adelante posible. La última carta de Cecilia, su adiós postrero, hubiera bastado á inspirarme esta idea. Ambos éramos libres, y ambos inocentes de las causas dolorosas que nos habían devuelto nuestra libertad. No veía en mi conciencia, ni suponía en la suya, ningún obstáculo que se interpusiera entre los dos y que separara nuestros corazones, unidos hacía mucho tiempo por un afecto profundo y mutuo.

Sin embargo, desde el día mismo en que para desvanecer las sospechas de Eblis le

entregué la carta de Cecilia, y en que se creyó la causa de su suicidio, me preguntaba si no había despertado yo misma en la conciencia honrada de aquel hombre escrúpulos de que pudiera ser yo la víctima. Su alma generosa y delicada, ¿no se creería, á consecuencia de mi fingida revelación y de mi piadosa mentira, ligada por deberes expiatorios á la que había dejado de existir?

Me era imposible desear que así sucediera. Por desgracia, muchos síntomas me inducían á temerlo; la extremada reserva de Eblis para conmigo, lo raro de sus visitas, su abatimiento continuo y aun creciente.

Hé aquí la prueba solemne y terrible que sufro ó que me amenaza. En estos días de crisis he sentido la necesidad de evocar en mi memoria sin disimulo ni reticencias todos los acontecimientos de mi vida desde el día de mi matrimonio. He continuado este diario; lo he confiado todo á sus páginas, para buscar en ellas la inspiración de mi conducta... Pues bien; ni en mis actos, ni

en mis sentimientos, ni en mis ideas encuentro nada que pueda encadenar la libertad que Dios me ha devuelto, ni me impida aceptar la dicha con que he soñado tantas veces y que al fin me es lícito gozar.

... ¿Pero y él?.. ¡Ah! Espero todavía que su actitud y su silencio se expliquen por el exceso del pesar que creí de mi deber causarle, por su luto aún reciente y por la reserva natural que le impone... ¡Sí, lo espero!.. Pero en fin, ¿y si me engañara? ¿si la mentira que aventuré para salvar su honor y el de Cecilia se alzará entre los dos y nos separará para siempre? ¿Qué hacer entonces, Dios mío?.. ¡No quiero pensarlo siquiera!..

IV

Ocho días después.—20 de Marzo de 1878.

Nada falta á la prueba por que atravieso: es completa y cruel.

Eblis llegó esta noche en el momento en que acababa de acostar á mi hija. Deseaba hablarme á solas, y lo recibí en mi gabinete.

Apénas tomó asiento:

—Señora—me dijo—voy á abandonaros... parto mañana...

—¿Partís?—exclamé.

—Sí: he obtenido el segundo puesto de agregado militar en la embajada de Rusia. Parto mañana por la noche... y os pido permiso para venir por la mañana á despe-

dirme de mi pupila, á quien no quiero despertar ahora.

Me sentí desfallecer; durante algunos minutos me fué imposible articular una sola palabra.

—Nos hemos entendido siempre—añadió en voz baja—y estoy seguro de que nos entendemos en este momento... Cuando me revelasteis la verdadera causa del suicidio de Cecilia, comprendí en seguida, porque os conozco bien, el deber que me imponíais; comprendí que me ordenabais amar y respetar en la muerte á la que había ofendido en vida... ¿Verdad que lo queréis así?.. Os obedezco; pero para ello debo partir, alejarme de vos.

No respondí.

Se levantó.

—Adiós, pues... Os he amado mucho... Puedo decir que os he amado más que á mi honor mismo; porque, aunque os repugne mi bajeza, os diré que cuando creí descubrir que Cecilia había sido culpable, que se

había dado la muerte para ahogar sus remordimientos, por horrible que fuera esto idea, mi corazón miserable la aceptaba con júbilo secreto, porque me separaba de ella y me devolvía á vos!

Al pronunciar estas solemnes palabras, el desgraciado Eblis me interrogaba tenazmente con la mirada, con expresión de duda y de ansiedad.

Guardé silencio.

Me estrechó la mano, y salió.

...Pero en fin, veamos... ¿puedo dejarle partir?.. ¿es esto posible?.. ¿debo hacerlo?.. ¿tengo fuerzas bastantes?.. ¡Dios mío, inspiradme!.. ¡Lo he amado tanto!.. ¡lo amo tanto!.. y dejarle partir para el destierro... la muerte tal vez... ¡cuando con una sola palabra puedo retenerle para siempre á mi lado! Me creerá si le digo la verdad; guardo además la última carta de Cecilia con la confesión de su culpa, escrita de su mano. ¡Ella misma me recomendó que la entregara á su marido! ¡Sí, es justo, y además

nos hemos sacrificado ambos por tanto tiempo! ¡La felicidad nos aguarda... sólo nos separa de ella un escrúpulo exagerado, insensato! ¡No! no le dejaré partir. Estoy resuelta.

V

He pasado toda la noche en vela pensando en lo mismo. En mi insomnio he creído ver en su lecho de nieve á la adorada amiga de mi infancia, y he jurado hacer lo que hubiera deseado que hiciera por mí; proteger su memoria hasta lo último; aun á costa de mi felicidad, y, si es preciso, de mi vida; defender su honor á todo precio, dejar, en fin, á la pobre muerta pura é inmaculada en el recuerdo de los vivos... ¡Duerme en paz, mi pobre amiga! Sólo Dios y yo conocemos su delito.

Acabo de quemar su última carta, única prueba de su culpa, y he escrito á Eblis rogándole que me evite la emoción de su des-

pedida. No le volveré á ver nunca... ¡Héme ya sola para siempre!

...Pero aún me quedas tú, hija mía... Escribo estas últimas líneas junto á tu cuna... Espero algún día depositar en tu canastillo de boda estas páginas, que te enseñarán á amar á tu pobre madre... En ellas aprenderás que el romanticismo y la pasión son buenos á veces con la ayuda de Dios, que elevan los corazones y los instruyen en los deberes santos, los grandes sacrificios, los goces puros de la vida... ¡Lloro, es verdad, al decírtelo; pero hay lágrimas que los ángeles envidian!

FIN



